Alejandra Kollontai

La

BOLCHEVIQUE ENAMORADA

Alejandra Kolontay

LA BOLCHEVIQUE ENAMORADA

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

EDICIONES CYMA
SANTIAGO
—
1935

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA
CHILE

PRÓLOGO

La literatura rusa del siglo pasado y contemporáneos de éste ha tenido siempre numerosos y selectos lectores. Hay un público devotamente partidario de toda la producción literaria rusa. Las novelas rusas tienen un carácter completamente popular.

No es menos el interés que existe en este núcleo de lectores por conocer la literatura rusa post-revolucionaria, es decir, por la producción de aquellos escritores rusos que se han dado a conocer después del gran acontecimiento histórico de la Revolución de Octubre de 1917.

La literatura rusa se distingue, ante todo, por su profunda humanidad. Los protagonistas de las obras de Tolstoy, Gorky, Dostoievsky, etc., son todos esencialmente humanos. Un régimen de despotismo político y de esclavitud económica no podía dar otro género de literatura. La vida social de nuestra época se refleja profusamente en la literatura. La fuerza de las pasiones de las novelas rusas tiene mucho de las tragedias del vivir español y del continente latino.

Nuestro propósito no es, sin embargo, profundizar la cuestión. Nos basta con señalar el hecho de que la literatura post-revolucionaria rusa tenga una completa aceptación entre el público de habla hispana.

• • •

La autora de LA BOLCHEVIQUE ENAMORADA no es por excelación novelista. Esta cualidad es en ella puramente ocasional. Hasta ahora conocíamos algunas novelas del período post-revolucionario de literatos por temperamento y vocación, a quienes la guerra civil había obligado a reflejar los hechos de dicho período. Con la autora de esta novela se da el caso contrario. La guerra civil le ofrece ocasión para vulgarizar en la novela las opiniones que ha expuesto y difundido antes de la Revolución. Se convierte en novelista para la mejor defensa de sus opiniones, no por mera afición literaria.

Alejandra Mikallowna Kolontay ofrece un ejemplo de heroísmo revolucionario como se encuentran pocos en la Historia. Pertenece a la legión de revolucionarios rusos que, sin escatimar ninguna clase de sacrificios, se entregaron resueltamente, en Rusia, a defender la causa del pueblo. Con el sacrificio y heroísmo de mujeres y hombres como la Kolontay, el pueblo ruso ha podido terminar resueltamente con el zarismo y con los grandes terratenientes que lo esclavizaban.

De origen noble, Alejandra Kolontay, desde su juventud, se entregó resueltamente a la causa revolucionaria, como tantos otros en Rusia. Su padre era general del ejército zarista. La Kolontay estuvo casada con un coronel; posteriormente contrajo matrimonio con Dubenko, uno de los líderes revolucionarios de los marinos de la flota del Báltico durante la Revolución. La familia de Alejandra Kolontay poseía extensas tierras y suntuosos palacios en Tcherniegoff y San Petersburgo. En lugar de aceptar la tranquilidad burguesa que la familia le ofrecía, Alejandra prefirió imprimir a su vida un rumbo de rebeldía y generosidad hacia los obreros y campesinos martirizados por el zarismo.

Desde muy joven comenzó a viajar por todo el Mundo, logrando llegar a dominar los numerosos idiomas cuyo conocimiento posee. En los Congresos del Partido Comunista ruso, nadie como ella ponía tanta pasión en los debates. En ningún lugar del Mundo olvidaba la embajadora soviética de hoy su carácter revolucionario. Desde la estación de las ciudades que la persecución de la policía y la disciplina del partido la obligaban a visitar, Alejandra Kolontay se dirigía inmediatamente a los centros revolucionarios para poner a disposición de los compañeros su actividad de militante. Pertenció

desde el primer momento de actuar en política al Partido Bolchevique, y contaba con la admiración de Lenin, a pesar de haber estado algunas veces en discrepancia con él y de que el gran jefe comunista no sentía mucha simpatía por algunas de sus teorías con respecto al amor y a las relaciones sexuales en el régimen comunista.

Al estallar la guerra, Alejandra Kolontay no quiso aceptar la política guerrera llevada a cabo por todas las Secciones y jefes de la Segunda Internacional en todos los países beligerantes. Se sublevó contra los viejos jefes que no habían sabido oponer el impulso revolucionario de las masas obreras a la locura imperialista del capitalismo. Durante los años de la guerra recorrió Suecia, Noruega, Dinamarca e Inglaterra haciendo propaganda contra la guerra y denunciando la traición de la social-democracia internacional.

Después de regresar a Rusia, Alejandra Kolontay ocupó su puesto de combate. Fracasada la tentativa de Julio de 1917, se vió obligada a esconderse en Moscú para no caer en poder del jefe Perevereff, que la reclamaba con Lenin, Zinovief y otros significados bolcheviques, que se vieron también forzados a esconderse para eludir la persecución policíaca.

Triunfante la Revolución de Octubre, la Kolontay fué designada Comisario de Asistencia Pública, cargo que desempeñó demostrando gran competencia. A fines de 1921, un problema interior del partido, la condujo a enfrentarse con Lenin y a crear la "oposición obrera". Ante el trabajo sectarista realizado por la fracción creada por Alejandra Kolontay, el Comité del partido adoptó medidas represivas contra ella y sus partidarios. Algunos fueron desterrados a Siberia y otros encerrados en las prisiones de Moscú.

Posteriormente, liquidada la fracción anarco-sindicalista denominada "oposición obrera", Alejandra Kolontay fué designada embajadora de la Unión Soviética en Oslo, cargo que desempeñó durante cinco años. Fué la primera mujer que ocupó en el Mundo un puesto de tal importancia. Todavía recordarán muchos la campaña de prensa que con tal motivo se realizó en todo el Mundo.

Realizó en Oslo una excelente labor diplomática, a pesar de haber encontrado desde el primer momento la oposición de la prensa conservadora noruega. Obtuvo el reconocimiento de JURE del Gobierno de los Soviets y la firma de un tratado de comercio, cuan-

do precisamente Rusia encontraba en todos los otros países una gran oposición a su reconocimiento.

En 1926, al parecer por una discrepancia con Litvinoff, comisario adjunto de Negocios Extranjeros, Alejandra Kolontay abandonó el cargo de embajadora de la Unión Soviética en Oslo.

Al poco tiempo fué nuevamente designada para ocupar un alto puesto diplomático: la embajada soviética en Méjico. Hasta llegar a aquel país encontró grandes obstáculos en su camino. Los Gobiernos de los países capitalistas, que conocían la historia revolucionaria de la Kolontay, se negaban a permitir el paso por sus países a la "embajadora roja". La policía de La Habana impidió que Alejandra Kolontay desembarcase en aquel puerto, cuando se dirigía a Méjico para tomar posesión de su cargo. Los mismos obstáculos policíacos encontró al desembarcar en Nueva York para dirigirse en ferrocarril hasta Méjico. A pesar de que el Gobierno de Méjico hizo gestiones de carácter oficial para que se le permitiera el paso hasta la nación donde iba debidamente acreditada, sus buenos oficios no fueron atendidos.

Sin embargo, una vez posesionada de su cargo, realizó una excelente labor diplomática que mereció plácemes de todos los ciudadanos imparciales de Méjico. Su actuación contribuyó eficazmente al acercamiento entre Méjico y Rusia Soviética. Gracias a sus esfuerzos se establecieron líneas de vapores directos entre los puertos de ambos países.

No obstante esto, encontró la oposición resuelta de la prensa conservadora mejicana y de la norteamericana, que la acusaba de fomentar el bolchevismo en Centro América. El embajador de Méjico en Guatemala, señor Gravleto, llegó incluso a acusar a Alejandra Kolontay de fomentar la propaganda contra Méjico en Europa.

Antes de abandonar su cargo en Méjico, la Kolontay asistió a un banquete dado en su honor por sus amigos y compañeros. La policía creyó que se trataba de una reunión de católicos que asistían a una misa secreta. Rodeó la casa y detuvo a todos los asistentes al banquete. Solamente cuando los secretarios de la embajada rusa identificaron la personalidad de los detenidos, éstos fueron puestos en libertad.

A fines del año pasado, Alejandra Kolontay fué de nuevo designada embajadora en Oslo.

— V —

* * *

Alejandra Kolontay, defensora activa de un ideal, pone toda su actuación al servicio del mismo. LA BOLCHEVIQUE ENAMORADA no es una novela más. Ella misma ha expuesto de la siguiente forma cuál ha sido su propósito:

"Esta novela no es ni un estudio "ético", ni un cuadro de la vida en Rusia Soviética. Es sencillamente un estudio psicológico de las relaciones sexuales del período de la post-guerra.

"He escogido mi propio país como medio y mis compatriotas como protagonistas, porque los conozco mejor y puedo dar un cuadro más vivo de su interior y de sus caracteres.

"Muchos de los problemas que presento en mi libro no son exclusivos de Rusia Soviética, son hechos que se dan en todos los países. Los dramas psicológicos sicarianos originados por los cambios ocurridos en las relaciones sexuales; la evolución que ha tenido lugar, especialmente en los sentimientos de la mujer, son hechos bien experimentados por la joven generación europea.

"¿Juzgamos a un hombre por su conducta en sus relaciones amorosas? Generalmente, al éste no pasa de ciertos límites, muy flexibles, decimos que la vida sexual del hombre es un "asunto privado". El carácter de un hombre se valoriza, no por su conducta en la moral familiar, sino por su habilidad para el trabajo, por su voluntad o por la utilidad que reporta al Estado o sociedad. Como la mayoría de las mujeres no tienen deberes directos con respecto al Estado o a la sociedad; como, en general, toda su actividad ha estado concentrada hasta ahora dentro de los límites del hogar, las naciones civilizadas no exigían a la mujer otras cualidades que las "éticas" con respecto a la vida sexual y familiar.

"Pero ahora que más de la mitad de las mujeres de la mayor parte de los países trabajan y luchan al igual de los hombres, la sociedad exige nuevas cualidades a la mujer. La habilidad de la mujer para responder a sus deberes sociales como ciudadano empieza a tener más valor que su "bondad" y la "pureza inmaculada" de la moral del hogar. La vida de familia no es el único campo de actividad de la mujer de nuestro tiempo. Muy a menudo sus deberes ciudadanos se contraponen en amargo conflicto con su trabajo fuera del hogar y sus deberes ciudadanos.

"Aun cuando una mujer pueda conseguir en nuestra época actual la "perfección" a que aspira el ideal de la moral familiar y llegue a ser "estimada" por los suyos, puede muy bien no merecer el aprecio real de la sociedad ni el "respeto" del Estado. Su existencia no tendrá ningún valor social. Por el contrario, una mujer puede no estar "sin mancha" desde el punto de vista corriente de la moral sexual burguesa; pero si ha logrado adquirir una personalidad destacada en política, arte, ciencia, etc., nadie murmurará a sus espaldas. Puestas en la balanza dos mujeres: una de "moral buena", pero que nunca realizó ningún trabajo de utilidad para su país o la Humanidad, y otra cuya "moral familiar" no está libre de crítica, pero que haya realizado un trabajo social de provecho, la elección no sería dudosa.

"Nuestro criterio con respecto a la moral de las relaciones sexuales cambia continuamente. Este no es siempre el mismo. Hay simplemente algunos períodos en la historia de la Humanidad en los que la evolución de las ideas morales marcha más rápidamente que en otros períodos en que un cambio parece imposible. Hace apenas medio siglo, Dumas (hijo) escribía de una mujer divorciada como de una criatura "caída". Hoy día Francia discute abiertamente la cuestión de la igualdad de los derechos de la madre natural con los de la mujer legalmente casada. Cada día desaparece más y más la vieja hipocresía burguesa en la manera de pensar y juzgar la moral de las relaciones sexuales.

"Mi intención al escribir este libro es que sirva, aunque sea poco, para combatir la vieja hipocresía burguesa de los valores morales y para demostrar una vez más que empezamos a respetar a la mujer, no por su "moral buena", sino por su actuación, por su sinceridad, con respecto a los deberes de su clase, de su país y de la Humanidad en general".

* * *

Creemos que las palabras anteriores son bastante expresivas sobre los fines que la autora se ha propuesto al escribir esta novela. No estimamos necesario agregar nada por nuestra cuenta. A tra-

vés de Vasilissa, comunista de gran rectitud moral, y de Volodya, anarquista a quien la Revolución no ha corregido de su intransigente individualismo, conocerá el lector un aspecto de las relaciones sexuales en Europa en el período de la post-guerra.

PRECIO: $ 6

"Gutenberg".—Amunátegui 884-890

LA BOLCHEVIQUE ENAMORADA

CAPITULO I

Vassilissa era una muchacha obrera, de veintiocho años. Trabajaba en una fábrica de géneros de punto. Era delgada, anémica; un hijo típico de la ciudad. El pelo, cortado al rape después del tifus, le crecía en rizos. Lisa de pecho; vestía blusa y falda, y un cinturón de cuero. No era bonita. Sus ojos sí eran hermosos; castaños, cariñosos, observadores. Ojos pensativos, de los que no pueden pasar por alto ninguna pena.

Era comunista. Al comienzo de la guerra se había hecho bolchevique. Desde el principio odió la guerra. En la fábrica se había recaudado dinero para el frente; la gente estaba dispuesta a trabajar horas extraordinarias para contribuir a la victoria de Rusia. Pero Vassilissa protestaba. La guerra era un desastre sangriento. ¿Qué había de bueno en la guerra? La guerra ocasionaba desgracias al pueblo. ¡Se siente uno tan triste al ver a los soldados, a los pobres muchachos conducidos al matadero como ovejas! Cuando Vassilissa se encontraba en la calle un destacamento que marchaba hacia el frente, tenía que volverse para no verlo. Iban a reunirse con la muerte, pero cantaban a voz en grito. Cantaban alegremente como si desfilasen en alguna fiesta. ¿Quién les obligaba a ello? Debían negarse: "No queremos matar a otros hombres". Entonces se terminarían las guerras.

Vassilissa sabía leer y escribir bien. Su padre, que era cajista, le había enseñado. Leía a Tolstoi y le gustaban sus obras.

En la fábrica era la única que estaba por "la paz". Podía haber sido despedida, pero todas las manos eran necesarias, y aunque el encargado la miraba con recelo, no prescindía de ella porque no le convenía. Pronto fue conocida Vassilissa en todo el barrio como persona que estaba contra la guerra y como partidaria de Tolstoi. Las mujeres dejaron de hablarle: no quería tener nada que ver con su país. No amaba a Rusia. Era cosa perdida.

El organizador local, un bolchevique, oyó hablar de ella. Conoció a Vassilissa y le habló. En seguida expresó su opinión: "Una muchacha de carácter. Sabe dónde está. El partido debe utilizarla".

Fue admitida en la organización, pero Vassilissa no se hizo en seguida bolchevique. Discutió con los miembros del partido. Les hizo varias preguntas, y se marchó indignada. Después de larga deliberación volvió por su propio impulso, diciendo: "Quiero trabajar con vosotros".

Durante la Revolución ayudó en el trabajo de organización y llegó a ser miembro del Consejo Obrero. Simpatizaba con los bolcheviques y admiraba a Lenin porque se oponía a la guerra de una manera muy resuelta. Cuando discutía con los mencheviques y con los socialrevolucionarios hablaba con sagacidad, con calor, impetuosamente; nunca se quedaba atrás por falta de palabras. Las restantes obreras eran tímidas, pero Vassilissa hablaba sin titubeos siempre que era necesario hacerlo, y todo lo que decía resultaba claro y concreto. Se ganó el respeto de todos sus camaradas. Durante el Gobierno Kerensky fue candidato a la Duma Municipal. Las chicas de la fábrica de géneros de punto estaban orgullosas de ella. Ahora cada una de sus palabras era ley. Vassilissa sabía cómo dirigirse a las mujeres, hablándoles amistosamente o amonestándolas, según los casos. Conocía las cuitas de todas porque estaba en la fábrica desde niña y porque defendía sus intereses. Algunas veces sus compañeras le decían: "¿No puedes olvidar a tus mujeres? No tenemos tiempo para ocuparnos de ellas; hay cosas más urgentes que hacer".

Vassilissa se enfadaba; discutía con los compañeros y se peleaba con el secretario del distrito. "¿Por qué han de ser los problemas de las mujeres menos importantes? Esta idea es un hábito en vosotros. Por eso están las mujeres tan atrasadas. Pero no triunfaréis en la Revolución sin las mujeres. La mujer lo es todo. El hombre hace lo que ella piensa o le insinúa. Si conseguís conquistar para nuestra causa a las mujeres, habremos andado la mitad del camino".

En 1918, Vassilissa era una activa militante. Sabía lo que quería, y, por lo tanto, no transigía. Muchos habían perdido el entusiasmo; poco a poco se quedaron rezagados, hasta que terminaron por quedarse en casa. Pero Vassilissa continuaba igual; siempre luchando, siempre organizando algo, siempre insistiendo sobre un punto determinado. Era

incansable. ¿De dónde sacaba tantas energías? Estaba delicada. Su cara daba la sensación de que no tenía ni una gota de sangre: era toda ojos. Ojos atrayentes, inteligentes, observadores.

Vassilissa recibió cierto día una carta: la carta larga y ansiosamente esperada de su hombre, su compañero, su amado. Estaban separados hacía ya meses; nada podían hacer para evitarlo. El partido tenía necesidad de movilizar a todos sus miembros. La Revolución no era un juego; exigía de todos sacrificios. Y Vassilissa ofreció también su sacrificio a la Revolución. Casi continuamente tenía que vivir sin su compañero; siempre muy lejos de él. Arrancada de sus brazos, vivían en extremos opuestos de Rusia. Sus amigas decían: "Mejor es así. Te querrá más tiempo, porque no podrá cansarse de ti". Tal vez fuese cierto; pero la vida sin él era triste. Verdad es que Vassilissa tenía poco tiempo libre. Desde por la mañana hasta la noche estaba abrumada de trabajo para el partido y para el Soviet local. Trabajo importante, urgente, apremiante. Pero cuando regresaba a su pequeña habitación, su corazón se enternecía llamando al amado. Se sentaba a tomar té y a pensar. Sentía que nadie la necesitaba; que no tenía compañeros, a pesar de haber estado durante todo el día trabajando con ellos; que aquello por lo que luchaba no tenía ninguna finalidad. ¿De qué serviría todo aquello? ¿Quién lo deseaba? ¿La Humanidad? Los hombres no eran capaces de apreciar el esfuerzo. Hoy, una vez más, los compañeros habían echado a perder algo; se habían insultado y quejado. Parecían no querer comprender que tenían la obligación de vivir para la Sociedad. No lo podían comprender.

Hasta la misma Vassilissa había sido insultada, groseramente maltratada; le habían echado en cara que recibía su "payok"[1] de obrera. ¡Que el diablo se la llevase! No la necesitaba. Los mismos compañeros la habían convencido. Ahora se sentía sin fuerzas; estaba mareada. Allí sentada, de bruces sobre la mesa, bebía té, y recapacitaba sobre todas las afrentas del día. En este momento no podía ver nada bueno ni grandioso en la Revolución. Sólo fracasos, vejación y lucha. ¡Si su amante estuviera allí! Tendría alguien con quien hablar y descargar su corazón. Y él la acariciaría tiernamente. "¿Por qué tan desanimada, Vasya? Una muchacha resuelta como tú, que no tiene miedo de nadie, retando siempre a todo el mundo, que no pasa nada por alto, está ahora como un gorrión, con las plumas alborotadas bajo el alero." La levantaría en sus brazos; era fuerte y la podía llevar por todo el cuarto como a un niño. Después le cantaría una tonada. Entonces se reirían. ¡Oh, cómo adoraba Vassilissa a su amado, a su hombre, a su compañero, un guapo muchacho, dulce y cariñoso!

Pensando en él, Vassilissa se sintió aún más desgraciada. ¡Su sotabanco estaba tan triste, tan solo! Suspiró, y al recoger los cacharros del té se regañó a sí misma. "¿Se puede saber lo que quieres? ¿No deseas más que gozar de la vida? Te gusta tu trabajo. Cuentas con el aprecio de tus camaradas. Y, además, tienes a tu amado. ¿No es más que bastante, Vassilissa Dementyevena? La Revolución no es una fiesta; todo el mundo ha de sacrificarse. Todo por el bien común. Todo por la causa de la Revolución."

Así era Vassilissa durante el invierno. Pero ahora es primavera. El sol brilla alegremente; los gorriones pían bajo los aleros. Por la mañana temprano, Vassilissa los contempla sonriendo, porque recuerda que su amante la llamaba gorrión. La primavera cantaba su canción a la vida; cada vez era más difícil trabajar. Vassilissa estaba anémica; tenía una lesión en el pulmón. Vassilissa había organizado una comuna, trabajo que había emprendido por propio impulso y que nada tenía que ver con el trabajo general que realizaba en el partido y en el Soviet. De todos sus trabajos, el de la comuna era el que más amaba. Desde hacía mucho tiempo tenía la idea de organizar una casa modelo, donde prevaleciese el espíritu comunista. No una comuna cualquiera, donde cada uno viviese para sí, donde a nadie le importase su vecino y en donde lo regular fuesen las riñas, las disputas y el descontento; donde nadie estuviese dispuesto a trabajar por el bien común; donde todo el mundo estuviese constantemente pidiendo cosas. No; Vassilissa había plasmado algo completamente distinto. Pacientemente, casi en secreto, preparó la casa. ¡Cuántas dificultades tuvo que vencer! Dos veces le quitaron la casa. Esto le ocasionó innumerables disputas. Pero al fin venció. Todo estaba organizado; una cocina común, un lavadero, un cuarto destinado a los niños, un comedor, el orgullo de Vassilissa, con cortinas y geranios en las ventanas, y una biblioteca amueblada como el salón de un club.

Al principio todo marchó bien. Las mujeres que vivían en la casa cubrían a Vassilissa con sus insistentes besos. "Eres nuestra madrecita, nuestro ángel custodio. Es demasiado admirable tu labor." Pero después comenzaron las dificultades. Se rompían todas las reglas de la casa. Era imposible acostumbrar a las mujeres a que no riñesen en la cocina por los pucheros y las cacerolas. Dejaban que los baños se derramasen, inundando la casa. Y cada falta, cada riña, cada desorden traía quejas contra Vassilissa, como si fuese la "patrona", como si hubiera tenido ella la culpa. Los castigos se hicieron necesarios. Los inquilinos se enfadaron, se sentían ofendidos; algunos se mudaron.

Así siguieron las cosas de mal en peor, con riñas y conflictos diarios. Había una pareja de verdaderos revoltosos, los Fedosseyevs, a los que nada parecía bien. Constantemente protestaban, aunque ellos mismos no sabían por qué, y excitaban a los demás.

[1] Tarjeta para la ración.

Y todo porque habían sido los primeros en ocupar la casa y se creían que les pertenecía. Pero ¿qué era lo que querían? ¿Qué era lo que no les gustaba? Vassilissa no lo podía comprender. Y le amargaban la vida, originándole dificultades todos los días. Vassilissa, fatigada por esta lucha, llegaba incluso a llorar; veía el fracaso de su plan. Todo debía pagarse al contado: el agua y la electricidad. Había que pagar impuestos; los tributos debían cubrirse. Vassilissa se veía bloqueada por todas partes. No veía medio de salir adelante. Nada podía hacerse sin dinero. Vassilissa trabajaba como una esclava. Quizás sería mejor abandonar el asunto. Pero no era de ese tipo de personas; una vez que se ponía a hacer algo, tenía que conseguirlo.

Fue a Moscú y visitó varias oficinas, día tras día. Se acercó a las más altas personalidades. Todos sus informes y cuentas fueron recibidos favorablemente. Por último, recibió su comuna. Hasta le dieron una asignación para reparaciones. Pero, a pesar de todo, tenía ella que procurar que en el porvenir la comuna pudiera sostenerse por sí misma.

Vassilissa volvió encantada. Sin embargo, los Fedosseyevs se mostraron huraños. Estaban resentidos con ella, como si les hiciera daño que triunfase en la lucha por la existencia de la comuna.

Otra vez comenzaron los disgustos. Ahora se extendía el rumor de que Vassilissa no llevaba bien las cuentas de la casa, que sacaba una pequeña ganancia.

Fue muy duro entonces no tener a su amado. Necesitaba un compañero allegado; le escribió, le llamó. Pero asuntos importantes le impidieron ir. Tenía un buen cargo, de gran responsabilidad. Tenía que reorganizar los asuntos de la casa comercial donde anteriormente había sido un empleado. Había pasado el invierno lamentándose; era una tarea difícil. Le era completamente imposible alejarse, pues todo descansaba sobre sus hombros. Así es que Vassilissa pasó sola sus contrariedades, soportando la ingratitud humana. ¿Y quiénes eran los ingratos? Los suyos, sus compañeros, los trabajadores. Esto era lo que más la hería. Cuando los Fedosseyevs iban a ser expulsados de la casa, los dos suplicaron a Vassilissa que les perdonase, asegurando que siempre la habían apreciado. Pero Vassilissa no pudo gozar con su victoria. Estaba cansada, agotada, demasiado extenuada para alegrarse. Se sentía enferma.

Volvió al trabajo. Sin embargo, algo había muerto en su alma. Ya no quería a la comuna. Era como si hubiesen atropellado a su hija. Sentía algo semejante a cuando niña su hermano Koly le enseñó un caramelo, y cuando ella se empinaba para cogerlo, él se echó a reír rencorosamente. "Voy a hacer que te dé asco, para que no lo quieras." Y escupió sobre el caramelo. "¿Por qué no te comes el caramelo, Vassilissa? Está muy bueno." Pero Vassilissa se volvió, llorando: "¡Sucio! ¡Malo! ¡Cobarde! ¿Por qué me has estropeado mi caramelo?".

Esto era lo que sentía ahora respecto a la comuna. Estaba harta de ella. Es verdad que la dirección continuaba en sus manos, pero su corazón no estaba allí. ¡Si hubiera podido marcharse! Sus relaciones con los vecinos se las habían malogrado. ¿No habían estado contra ella? ¿No habían apoyado a los Fedosseyevs? Y todo, ¿por qué? ¿por qué? Perdió en general su interés por la gente. Antes Vassilissa era más afectuosa: siempre estaba pensando en los demás, compadeciendo a todo el mundo, preocupándose de todos. Ahora sólo pedía una cosa: que la dejasen sola. "No me toquéis. Estoy cansada".

CAPITULO II

La primavera se asomaba a través de la ventana del cuarto de Vassilissa, allá en lo alto, bajo el tejado. El sol ardiente penetraba en la habitación y el cielo de primavera brillaba con sus nubes blancas y delicadas, disolviéndose a lo lejos. Al lado, el tejado de la que fue mansión señorial, destinada ahora a casa de maternidad. Detrás de ella se extendía un jardín; los capullos comenzaban a reventar. La primavera, la adorada primavera, que se había retrasado, llegó al fin.

También hoy era primavera en el corazón de Vassilissa, casi helado durante el invierno; siempre abandonado, siempre solo, lleno de constantes inquietudes, luchas y provocaciones. Pero hoy era un día de fiesta, un verdadero día de fiesta. Tenía una carta de su amado, de su adorado Volodya. ¡Y qué carta! Hacía mucho tiempo que no había recibido una carta como aquella.

"No me tortures, Vasya; mi paciencia llega a su límite. ¡Cuántas veces me has prometido venir a verme! Pero siempre me desilusionas. Me haces daño, mi querida niña. ¿Has estado luchando contra todo el mundo otra vez? Hasta a los compañeros de aquí han llegado noticias tuyas. Dicen que has salido hasta en los periódicos. Pero puesto que has vencido en ese asunto, ven ahora a tu amado Volodya, que no puede esperarte más.

"Verás, viviremos como gente distinguida. Tengo un caballo y una vaca de mi propiedad, y un automóvil siempre a mi disposición. Tengo criado, y, por lo tanto, no tendrás nada que hacer en la casa y podrás descansar. Ya es primavera aquí; los manzanos han florecido. Vasya mía, mi niña, vida mía, nunca hemos pasado una primavera juntos. Pero nuestra vida debe ser siempre como la primavera.

"De todos modos te necesito mucho ahora. Tengo dificultades con el Comité local del partido. No me aprecian; no pueden olvidar que fui anarquista. Todo se debe a Savelyev, como ya te escribí. Tendrás que arreglar este asunto. Estoy cansado de todos estos entrometidos, pues apenas le dejan a uno respirar. Pero es difícil que encuentren nada contra mí; yo cumplo con mi deber. De todos modos te necesito

mucho ahora.

Beso tus ojos castaños. Tuyo siempre, *Volodya."*

Vassilissa estaba sentada al lado de la ventana observando las nubes blancas, meditando. Sus ojos sonreían. ¡Qué carta tan hermosa! Volodya la quería mucho, mucho. ¡Y cómo le amaba ella! Dejó la carta sobre su regazo y la acarició suavemente, como si hubiera sido la cabeza de Volodya. No veía el cielo azul, el tejado, las nubes. Sólo veía a su adorado Volodya, con sus inquietos ojos, que le miraban cariñosamente. Vassilissa le adoraba. ¿Cómo había podido vivir todo un invierno sin él? No le había visto en siete meses. Y hasta le parecía que había pensado poco en él, que no le había anhelado demasiado. No encontró tiempo para pensar en su hombre, para suspirar por él. ¡Cuántas preocupaciones e inquietudes tuvo todo el invierno! El fruto de su corazón, su hijo, la comuna, se había salvado, pero había tenido que luchar con gente necia, incomprensiva, sin cultura. Y había escondido su amor hacia Volodya en el rincón más oculto de su corazón. Su amor por él llenaba su alma; no había cambiado, era imperecedero. Pensando en él, sentía Vassilissa que estaba allí en su corazón. Probablemente porque siempre había estado llena de inquietud por él. ¡Si fuera posible que no le sucediese nada malo! Pero no mantenía la disciplina. Los compañeros tenían razón; Vassilissa lo sabía. Le acusaban de ser un "anarquista". No le gustaba seguir las instrucciones; prefería hacer las cosas como mejor le parecía. Pero esto se le podía dispensar por el trabajo que realizaba.

Esta era la causa de vivir separados; de este modo el uno no distraía al otro. Porque ella también se daba a su trabajo en cuerpo y alma. Pero cuando Volodya estaba a su lado, ella se sentía atada a él y su trabajo se resentía.

"Primero nuestro trabajo y luego nuestro amor. ¿No piensas así, Vasya?", decía Vladimir. Y Vasya asentía. Tenían las mismas ideas. ¡Era tan hermoso que no sólo fuesen marido y mujer, sino compañeros también! Ahora, una vez más, la llamaba para que le ayudase como a un camarada, a fin de que resolviese sus contratiempos. ¿Qué clase de contratiempos? Vassilissa leyó la carta otra vez.

Parecía que una niebla se alzaba ante sus ojos. Si era a causa de Savelyev debía ser una cuestión poco honrada. Este Savelyev era un especulador, un individuo poco honrado. ¿Por qué tenía Volodya relaciones con él? Un director como era Volodya tenía que ser intachable; debía evitar el trato con toda clase de tunantes. Volodya, sin embargo, era un ser confiado. Le daba pena de Savelyev; hasta condescendía con él. Sin embargo, nadie debía compadecer a hombres de esa clase, que estaban robando lo que era propiedad del pueblo. Dejarlos que sufran el castigo de sus fechorías. Pero Volodya era un bonachón y los otros no podían comprenderle; siempre darían otras explicaciones a esta amistad. Volodya tenía muchas enemistades porque era vehemente y no podía dominar la lengua. ¡Si todo pudiera resolverse como hace tres años! ¡Si no tomaran ninguna decisión contra él! Era muy fácil perder la reputación, porque una acusación podía ser lanzada contra cualquiera. La experiencia le había enseñado eso a Vassilissa. ¿No había estado la gente molestándole todo el invierno? Ahora le tocaba a Volodya.

Tendría que ir con él y ayudarle. Tenía que estar a su lado para que los compañeros de allí se avergonzasen de sí mismos. No había que pensar más; lo dispondría todo y partiría.

Pero ¿y su casa? No le importaba. No había nada que salvar ahora, porque de todos modos se iba a venir abajo. Aunque Vassilissa había ganado la batalla, los Fedosseyevs eran los verdaderos vencedores. Era imposible salvar nada. Vassilissa suspiró. Acercándose a la ventana miró al patio, como si mandase el adiós a la casa. Allí estuvo mucho rato. De repente, algo la agitó: "Pronto volveré a ver a Volodya." Sus mejillas se sonrosaron; su corazón saltaba de gozo. "Mi adorado, mi vida. Voy, voy contigo, Volodya mío."

Vassilissa, sentada en el departamento, dormitaba; era el segundo día de viaje. Todavía le quedaban veinticuatro horas más.

Este viaje era completamente distinto a todos los demás que había hecho. Iba cómodamente instalada, con todo confort, como una "burshuita"[2]. Vladimir le había enviado el dinero para el viaje (todo en estos tiempos tenía que pagarse), y le había pedido que fuese en coche-cama. Además, le había enviado un corte de tela para un vestido. La señora de un director debía ir bien vestida. Vassilissa se echó a reír cuando un compañero vino de parte de Vladimir Ivanovitch, el director, y le trajo el dinero y la tela. Alabó la calidad del paño, como un perfecto tendero. Vassilissa se rió y gastó bromas al compañero; pero él pareció ofenderse. No bromeaba; la tela era verdaderamente excelente. Vassilissa ya no dijo nada. Estos nuevos compañeros, los economistas, estaban más allá de su comprensión.

Durante un gran rato estuvo Vassilissa dándole vueltas y más vueltas a la tela. No estaba acostumbrada a pensar en los vestidos. Pero si Volodya lo deseaba, para que su mujer no llamase demasiado la atención, estaba bien. Encargaría que le hicieran un vestido a la moda, como los que todo el mundo llevaba.

Fue a ver a una amiga, la costurera Grusha, y le contó lo que pasaba. "Hazme un vestido bonito y elegante, Grusha, como los trajes que lleva todo el mundo." Grusha sacó varias revistas de modas que un compañero le había traído de Moscú el otoño

[2] Burguesa.

pasado. Había estado todo el invierno guiándose por ellas y toda su parroquia había quedado satisfecha. "Magnífico, Grusha; elige tú. Yo no entiendo de estas cosas. Si lo que llevo está aseado y no roto, me contento. No conozco la moda."

Humedeciendo la punta de los dedos, Grusha estuvo pasando y repasando las hojas de la ya manoseada revista. Finalmente, encontró lo que deseaba. "Aquí está. Este modelo te sentará bien. Eres delgada y necesitas algo que te haga aparecer más ancha. Este parece hecho para ti. Un poco de vuelo a los lados y pliegues en el delantero. Así no parecerás tan lisa. Ya verás cómo lo hago para que le gustes a tu amado."

Quedaron conformes en el precio y se besaron. Era una buena cosa que existieran modistas en el mundo, porque ella no hubiera podido hacerse nunca un vestido. Volodya, sin embargo, conocía las modas de los vestidos de las mujeres. Claro es que en los Estados Unidos había estado empleado en una tienda de modas. Ahora esta práctica le era útil. Los comerciantes rojos debían saber algo de los trajes de las mujeres, porque eran como otra mercancía cualquiera.

Vassilissa iba sentada junto a la ventanilla de su departamento, en el coche-cama. Estaba sola. Su compañera de viaje era una muchacha de la "Nep"[3], muy llamativa, vestida con sedas, perfumada, con pesados pendientes; se había pasado al compartimiento de al lado, donde se reía de una manera tumultuosa con varios "admiradores".

Había recibido a Vassilissa fríamente, torciendo los labios con desprecio. "Perdón, querida, pero te has sentado sobre mi chal y vas a arrugarlo." En otra ocasión le dijo: "¿Por qué no te sales al pasillo, querida, mientras me desnudo para acostarme?" ¡Como si ella, aquella muchacha de la "Nep", fuese la dueña del coche y se aviniese a compartirlo con Vassilissa sólo por caridad! A Vassilissa no le gustaba que aquella muchacha de la "Nep" la llamase "querida". Pero no se sentía con ganas de reñir. ¡Que se fuese al diablo!

Era casi de noche. Sombras grises, azuladas, se extendían por los campos. Sobre la lejana faja negro-purpúrea de los bosques, el sol colgaba como una pelota de fuego. Las cornejas alzaban el vuelo sobre los campos, describiendo círculos en el aire. Los alambres del telégrafo subían y bajaban entre los postes.

Con la media luz del anochecer una inexplicable ansiedad se apoderó del corazón de Vassilissa. No se sentía triste, sino añorante. Había resuelto el viaje; había arreglado sus asuntos. Y de repente todo el mundo estaba triste porque ella se marchaba; quizás no regresase jamás.

La mujer de Fedosseyev se había acercado a ella, la había abrazado, llorando, y le había pedido perdón. En lo más escondido de su corazón, Vassilissa no sentía ningún rencor contra los Fedosseyevs; pero no les estimaba porque no podía estimar a ninguno de su clase.

Los compañeros de Vassilissa la habían acompañado a la estación. Los niños de la comuna le llevaron flores de papel que habían hecho ellos. Vassilissa se daba cuenta de que no había dado sus fuerzas y energías en vano. La semilla estaba sembrada; algo crecería. Cuando el tren comenzó a marchar, las lágrimas se le saltaron. Agitaban las gorras despidiéndose. De repente sintió cuánto les quería a todos. ¡Era muy duro dejarles!

Pero apenas quedó la ciudad detrás de sí; apenas las fajas de los bosques y los barrios de los suburbios se acercaban a ella para alejarse deprisa, como si corrieran, Vassilissa olvidó la comuna, las alegrías y las penas del invierno. Más ligeros que el tren, sus pensamientos se precipitaban muy lejos, hacia aquel por quien suspiraba.

¿Por qué se sentía ahora tan melancólica? ¿Cuál era la causa de aquel desconsuelo que invadía su corazón? Era como si un frío tornillo lo apretase. ¿Por qué se desconsolaba? Quizás porque con la comuna un pedazo de su vida caía en el pasado para no volver nunca más. Había desaparecido como aquellos estrechos campos que brillaban, lo mismo que el ámbar, bajo el sol primaveral. Se echó a llorar quedamente. Después se secó las lágrimas y se sintió aliviada, como si aquella fría pena que había torturado su corazón se hubiese deshecho juntamente con sus lágrimas, sobre la falda de su vestido nuevo. Dieron luz en el coche; bajaron las ventanillas. Inmediatamente se hizo más agradable la estancia.

El corazón de Vassilissa, no su inteligencia, lo sabía muy bien; dos noches más y entonces vería a Volodya, le vería y le abrazaría. Sentía sus labios ardientes, sus brazos robustos, oía su voz. Una dulce languidez estremecía su cuerpo; sus ojos reían. Si no hubiera sido por la muchacha de la "Nep", que se acicalaba delante del espejo, Vassilissa se habría puesto a cantar. Muy alto, como los pájaros cantan en la primavera.

La muchacha de la "Nep" se había marchado dando un portazo. "¡Qué mujer más estúpida!" Cerrando los ojos, Vassilissa pensó en Vladimir, su amado. Soñando leyó página por página la historia de su amor. Hacía cinco años que se querían. Casi no podía creerlo. ¡Cinco años! Parecía como si se hubieran conocido ayer. Se instaló más cómodamente, con los pies extendidos y los ojos cerrados. El agradable balanceo del coche daba flexibilidad a todo su cuerpo. Sin embargo, sus pensamientos se precipitaban. ¿Cómo fue su primer encuentro?

Fue en una reunión, poco antes de los días de octubre. Una época de inquietud. Sólo había un

[3] Nueva política económica.

puñado de bolcheviques, ¡pero, cómo trabajaban! Los mencheviques y los socialrevolucionarios estaban en el Poder. Los bolcheviques eran atacados por todos lados. La gente empleaba casi la violencia física contra ellos: "espías de los alemanes", "traidores". Sin embargo, el grupo crecía de día en día. Ni ellos mismos sabían muy exactamente lo que iba a pasar, aunque estaban seguros de una cosa: que la paz llegaría y que los "patriotas", los verdaderos traidores, serían expulsados de los Soviets. Porque esto era seguro continuaban luchando, de una manera ardiente, obstinada, incondicional. Una inefable resolución brillaba en los ojos de todos: "Moriremos, pero jamás transigiremos." Nadie pensaba en sí mismo. ¿Había alguien que en aquellos momentos pensase en el individuo?

Al recordar aquellos tiempos, Vassilissa no podía verse a sí misma; veía al grupo. Los diarios mencheviques y socialrevolucionarios habían hablado de ella. Historias, mentiras, calumnias. ¡Qué importaba todo eso! No podía ser de otra manera. De todas formas la gente no leía todo lo que publicaban los diarios; simplemente creía que la justicia estaba del lado del partido, de los bolcheviques. "¿No te da lástima de tu madre? ¡Eres la vergüenza de la familia! ¡Mezclada con los bolcheviques! Estás vendiendo tu país a los enemigos." Y la pobre mujer lloraba.

No queriendo escuchar tales reprimendas en su casa, Vassilissa se fue a vivir con otra muchacha. No podía condolerse de las lágrimas de su madre. Los extraños le parecían más allegados. Sólo un objetivo se levantaba ante ella con toda claridad: la victoria del bolchevismo. Parecía impulsada por alguna fuerza, le era imposible detenerse. Aunque esta fuerza la hubiera lanzado a un abismo, hubiera continuado luchando. Hubiera luchado... La controversia se hacía más aguda y el aire más sofocante. La tormenta era inevitable. Se recibían noticias de Petrogrado: las resoluciones del Congreso, los discursos de Trotski, las proclamas del Soviet de Petrogrado.

Entonces se conocieron. El público se amontonaba; el salón estaba abarrotado. Había gente sobre los poyos de las ventanas, sentada en el suelo, en los pasillos. Apenas había sitio para respirar. ¿Qué clase de mitin era? Vassilissa lo había olvidado. Por primera vez fue elegido presidente del Comité un bolchevique, y el Comité también estaba formado por bolcheviques y socialrevolucionarios de la izquierda. Entre ellos estaba un anarquista, un independiente, conocido en la ciudad por Vladimir "el americano".

Fue la primera vez que le vio. Pero antes había oído hablar mucho de él. Algunos estaban entusiasmados con él y decían: "Es todo un hombre. Sabe lo que hay que hacer para que la gente le escuche." Otros le encontraban faltas. "Es un presumido." Pero le apoyaban el Sindicato de panaderos y los dependientes de comercio. Los bolcheviques se alegraron cuando votó contra los mencheviques y se enojaron cuando dijo algo contra ellos. ¿Qué era lo que quería? El secretario del partido no le podía resistir. "Está loco; mejor estamos sin amigos de esa clase." Pero Stefano Alexenyevitch, el bolchevique más apreciado en toda la ciudad, se reía en sus propias barbas grises y decía: "Espera un poco, ten paciencia. Aún llegará a ser un magnífico bolchevique. Está ansioso de lucha. Espera a que pierda su *spleen* americano."

Vassilissa había oído hablar de él, pero no le había prestado atención. ¡Había tanta gente que aparecía sin que se supiera la menor cosa sobre su vida! No valía la pena de ocuparse de ellos. Llegó tarde al mitin, sin aliento. Había estado hablando en el "tejar". En aquellos días había mítines por todas partes. Tenía que hacerse así. Vassilissa era oradora entonces. A la gente le gustaba escucharla. Sus palabras ganaban aplausos porque era una mujer, una obrera. Vassilissa hablaba de una manera objetiva; no había nada desperdiciable ni inútil en sus palabras. Había dominado esta manera de hablar dura, pero transparente. Casi no podía atender a todas las peticiones que le hacían. Cuando llegó al mitin fue directamente a la plataforma. Se había anunciado que ella hablaría. El camarada Yurotchkin (ya fallecido; murió en el frente) le tiró de la manga: "Hemos ganado. Los bolcheviques han ganado en la elección de presidente. Dos socialrevolucionarios de izquierda y, además, "el americano". Ya es casi un bolchevique. Va a hablar dentro de un minuto."

Vassilissa miró al americano, y algo que había en él la sorprendió. ¡De modo que así era "el americano"! Le habría tomado por un señor. Llevaba cuello duro y corbata, y el pelo con raya. Un hombre guapo, con pestañas largas. Le llegaba el turno. Se adelantó, tosió y se puso la mano delante de la boca. ¡Igual que un caballero! Y no pudo menos de reírse. Su voz era agradable, atrayente. Habló durante un gran rato, haciendo reír frecuentemente al público. Vasya se rió también. Después de todo, el anarquista era un muchacho ingenioso. Cuando se volvía a la mesa de los oradores tropezó, sin querer, con Vasya. Cuando dio la vuelta para pedirle perdón, Vasya se ruborizó. Pero el anarquista no se dio cuenta. Se sentó, se echó hacia atrás en su silla y encendió un cigarrillo. El presidente se volvió hacia él, y señalando su cigarrillo dijo: "No estamos acostumbrados a fumar aquí." Vladimir se alzó de hombros y continuó fumando. "Quiero fumar y seguiré fumando. Vuestras reglas no son para mi." Chupó dos o tres veces más el pitillo, y viendo que el presidente estaba ocupado en otra cosa lo tiró.

Vasya no había olvidado nada. Algún tiempo después gastó bromas a Vladimir sobre esto. Pero en aquel tiempo ni siquiera se había fijado en ella; no se dio por enterado hasta que ella comenzó a hablar,

Vassilissa habló muy bien aquella noche, y, aun cuando él estaba detrás, ella sentía en la nuca los ojos del "americano". Premeditadamente alabó a los bolcheviques en oposición con los mencheviques, los socialrevolucionarios y los anarquistas, aunque no sabía muy bien entonces lo que eran los anarquistas. Quería herir al americano, que actuaba demasiado, como si fuera un señor. Vassilissa recordaba cómo al hablar se le deshizo el moño. Por entonces tenía un hermoso pelo largo que ella trenzaba y arrollaba sobre su cabeza. Estaba hablando con todo su corazón, apasionadamente, y las horquillas se le cayeron. Era desagradable; el pelo le estorbaba; se lo echó hacia atrás. No sabía que su pelo fue el que atrajo a Vladimir. "No me fijé mientras hablabas. Pero cuando el pelo cayó sobre tus hombros vi claramente que no eras una oradora, sino mi Vasya, mi adorada Vasya. ¡Una mujer! ¡Y una mujer tan extraña! Estabas avergonzada, pero te mantenías en tu puesto. Accionabas con las manos y atacabas a los anarquistas cuando el pelo se te deshizo y culebrillas rizadas se ensortijaban sobre tu espalda como hilos de oro."

Vladimir le había dicho esto más tarde, cuando se amaban. Pero ella no lo sabía en el mitin. Cuando terminó el discurso se recogió el pelo. Yurotchkin le recogió las horquillas. "Gracias, camarada." Aquello era muy azorante. Todo el mundo la miraba fijamente. No quería mirar al americano, pero seguramente él lo había notado y ya habría formado su opinión. Había algo que le molestaba; estafa enfadada con "el americano". Pero ¿qué tenía que ver con él? El mitin había terminado. Todo el mundo se fue. El americano se paró ante ella. "¿Puedo presentarme yo mismo?" Le dijo su nombre y le explicó quién era. Le estrechó su mano; alabó su discurso. Otra vez se ruborizó Vassilissa. Empezaron a hablar, a discutir. Ella defendía a los bolcheviques; él, a los anarquistas. Entre la multitud llegaron a la calle. Era una noche de viento y frío.

Un coche del partido esperaba. El americano propuso acompañar a Vasya a su casa. Aceptó ella y subieron al coche. Estaba oscuro y era estrecho. Se sentaron muy juntos. El caballo echó a andar, salpicando el barro con sus herraduras. Vassilissa y Vladimir dejaron de discutir, sentados, juntos y silenciosos. Los dos iban serios, pero contentos. Hablaron de cosas sin importancia: de la lluvia, del mitin que tendría lugar al día siguiente en la fábrica de jabón, de la asamblea en el local central del partido. Pero sus corazones estaban llenos de alegría.

Llegaron a la casa de Vasya y se desearon buenas noches. Los dos sentían separarse tan pronto, pero ninguno lo dijo.

- ¿Estás segura de que no te mojaste los pies? - preguntó con gran interés Vladimir.

- ¿Los pies?

Vasya quedó un tanto extrañada; pero, sin saber por qué, contenta. Por primera vez en su vida alguien había pensado en ella. Y Vasya se rió, enseñando sus dientes iguales y blancos. Vladimir la hubiera cogido entre sus brazos para besar aquellos dientes húmedos, blancos e iguales.

La puerta se abrió; el portero de noche dejó pasar a Vasya dentro de la casa.

- Adiós, hasta mañana en el local central. No te olvides. El mitin comienza a las dos en punto. Hacemos las cosas "a la americana".

Vladimir se quitó el sombrero flexible y se despidió con una inclinación de cabeza. Vasya se volvió en el umbral como si esperase algo más. La puerta se cerró y Vasya se encontró sola en el pequeño y oscuro portal. Y de repente, toda la alegría se le fue. Su corazón estaba inquieto, enfermo de anhelo... Algo le daba pena; algo le causaba daño. ¡Se vio tan insignificante, tan inútil!

CAPITULO III

Vassilissa estaba sentada en su compartimiento, con la cabeza apoyada en su chal de lana hecho almohada. No dormía, sino que veía el pasado como en un sueño; como en el cine: película tras película, escena tras escena; alegría y tristeza; toda su vida con Vladimir, con Volodya. Hermosos recuerdos. Y al recordarlos, hasta sus penas le parecían agradables. Se instaló más cómodamente. El coche se balanceaba deliciosamente.

Con los ojos de la mente, vio Vassilissa el mitin del Sindicato; una reunión ruidosa, con gritos. Los panaderos eran una muchedumbre turbulenta, indomable. Vladimir estaba en la presidencia; sólo él sabía dominarlos. Fue difícil, pero finalmente lo consiguió. Las venas de su frente estaban hinchadas por el esfuerzo; mas consiguió lo que quería. No vio entrar a Vasya, que se sentó modestamente junto a la pared y observaba. Se acordó enviar un voto de censura contra el actual Gobierno y poner el Sindicato en manos de los trabajadores. Inmediatamente fue nombrado entre ellos un Comité. Los miembros de la Duma Municipal y los "burshui" fueron borrados de las listas. Desde ese momento, el Sindicato ya no sería un asunto municipal; pertenecería solamente a los panaderos y a los socios del Sindicato.

Pero los mencheviques no querían que todo esto les sorprendiese dormidos. Enviaron algunos agentes confidenciales a dar cuenta a las autoridades del partido. La reunión comenzaba a disolverse y se iba a quedar solamente el Comité administrativo para celebrar una reunión, cuando, de repente, con gran consternación de todo el mundo, apareció en la puerta el comisario menchevique, la más alta autoridad de la ciudad, un partidario de Kerenski. Detrás de él, los jefes de los mencheviques y de los socialrevolucionarios. Al verlos Vladimir, sus ojos brillaron astutamente.

- Camaradas: el mitin ha terminado. Solamente se quedará el Comité administrativo del Sindicato revolucionario de panaderos, para celebrar una sesión. Mañana celebraremos una reunión para discutir asuntos de carácter general. Ahora todo el mundo a casa.

La voz de Vladimir resonaba tranquila y resuelta. La concurrencia se levantó sin hacer ruido.

- Deteneos, camaradas, deteneos -gritó con irritada voz el comisario-. Os ruego que no suspendáis el mitin.

- El comisario llega tarde. Ya se ha suspendido la reunión. Pero si deseas enterarte de las resoluciones, puedes disponer de ellas. Aquí están. Teníamos intención de enviarte una Comisión. Pero tú has venido personalmente. Mucho mejor. Así debe ocurrir en épocas de revolución. Es tiempo de que la gente aprenda que no es obligación de las organizaciones llevar a toda prisa sus resoluciones a las autoridades, sino que deben ser las autoridades las que vengan hasta los obreros para saber noticias.

Vladimir permanecía impasible, reuniendo sus papeles, y en sus ojos, bajo las largas pestañas, pequeños diablillos reían y bailaban.

- Tiene razón, tiene razón -gritaba la muchedumbre. Algunos reían. El comisario intentó protestar. Subió hasta donde estaba Vladimir. Se excitó y dio grandes voces. Vladimir permaneció sereno; sus ojos sonreían; su voz era fuerte y clara. Su contestación al comisario fue oída en toda la sala. El público reía y aplaudía. Estaban encantados cuando oyeron que Vladimir invitaba al comisario a una cena para celebrar el haber pasado el Sindicato de los "burshui" a los panaderos. "¡Es un muchacho inteligente este americano!"

El comisario tuvo que marcharse sin realizar su propósito. Amenazó con hacer uso de la fuerza. "¡Inténtalo!", gritó Vladimir, cuyos ojos brillaban. Y la sala entera repitió: "¡Inténtalo, inténtalo!" La atmósfera se hacía amenazadora. El comisario y sus mencheviques hicieron una apresurada retirada por una puerta lateral.

Pero en la sala continuó el tumulto. La sesión del Comité administrativo fue aplazada hasta la noche. La gente tenía primero que comer. Estaban extenuados, porque el mitin había comenzado por la mañana. Vasya regresó con la multitud. De repente, se encontró con que Vladimir estaba ante ella. Tranquilo ya, sus ojos reían. ¡Qué distinto de los otros, con su buen traje azul! Pero ahora no veía al "señor". Hoy, pensaba, "nos pertenece". Después de todo, ¿en qué se diferenciaba de un bolchevique? Era valiente, no tenía miedo a nada. Se enfrentaría con las balas si era necesario, a pesar del cuello duro. Repentinamente, se despertó en Vasya, no sólo el pensamiento, sino el deseo de abandonar su mano confiadamente en la fuerte mano de Vladimir. Le gustaría ir a través de la vida con él, a su lado, alegre y confiada. Pero, ¿qué era ella para un hombre como Vladimir? Comparándose con él, Vasya suspiró. Era guapo, había visto mucho, había estado en Norteamérica. ¿Y ella? No era bonita, era ignorante y nunca había salido de su provincia. ¡Cómo iba a fijarse en ella! Tampoco hoy la había visto.

Sin embargo, apenas habían cruzado por su mente estos pensamientos, cuando oyó la voz de Vladimir a su lado.

- Encantado de verte, compañera Vassilissa. ¿Qué tal? Hemos hecho enrojecer la nariz del comisario. Ya no intentará emplear sus trucos otra vez. No volverá más por aquí. Puedes apostarlo. Además, le dijimos lo de las resoluciones por pura fórmula.

Vladimir estaba excitado, entusiasmado. Vassilissa se contagió. Comenzaron a hablar; los dos se reían y estaban contentos. Si los camaradas no hubieran venido a buscar a Vladimir, se hubieran estado mucho más tiempo en el vestíbulo, hablando del comisario y de las resoluciones.

- Bueno, tengo que marchar; no puedo entretenerme más, compañera Vassilissa.

Vasya comprendió que en su voz había pena. Su corazón latió gozosamente. Levantó sus dulces ojos observadores hasta los suyos. El alma de Vasya estaba reflejado en sus ojos. Vladimir se miró en ellos. Silenciosamente, como si se hubiera perdido en ellos.

- ¿Por qué no vienes, compañero Vladimir? No hagas esperar a la gente. Estamos abrumados de trabajo.

- Ya voy.

Precipitadamente estrechó su mano y partió.

Vasya vagó por la ciudad, sin saber a dónde iba, sin ver las calles ni los transeúntes; sólo veía a Vladimir.

Esto era algo nuevo para ella.

Era una mañana clara y helada de invierno. Estrellas, infinitas estrellas, brillaban en el cielo. La nieve, recién caída, todavía blanca e inmaculada, cubría las calles; se había recogido en tejados y graneros; adornaba los árboles como escamas colgantes.

Vassilissa y Vladimir volvían de un mitin. Los "días de Octubre" habían llegado y pasado. Ahora el Poder estaba en manos de los Soviets. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de la derecha habían sido echados. Sólo quedaban los "internacionalistas". La fuerza de los bolcheviques aumentaba. El partido lo gobernaba todo. Los obreros estaban con los bolcheviques. Sólo los "burshuis", los popes y los oficiales del ejército estaban contra ellos. El Soviet les combatía. La vida no había vuelto aún a su curso normal. Las olas de la Revolución no se habían calmado todavía. Por las calles patrullaba la guardia roja; había todavía choques de vez en vez. Pero lo peor había pasado.

Vassilissa y Vladimir hablaban de los días en que

se apoderaron del Poder. Los panaderos de Vladimir se habían mantenido en la brecha. Hombres excelentes, resueltos; Vladimir se sentía orgulloso de ellos. Y éstos le habían llevado al Soviet.

Vassilissa y Vladimir hablaban, uno al lado del otro, por las calles tranquilas. Las patrullas de la Guardia roja pedían la contraseña. Vladimir tenía también una estrecha banda roja en la manga. Llevaba una gorra de piel; se había alistado en la Guardia obrera y había estado bajo el fuego. Una bala le había atravesado uno de sus puños; él se lo enseñaba a Vassilissa. Aunque se habían visto mucho durante este tiempo, nunca tenían ocasión de hablar. No había tiempo para eso. Aquel día, sin embargo, habían salido juntos sin haberse puesto previamente de acuerdo. ¡Tenían tantas cosas que decirse! Sentían como si fueran dos viejos amigos que se reuniesen para contarse todas sus cosas. No obstante, de pronto los dos se quedaron silenciosos. Se sentían más próximos que nunca. Pasaron por delante de casa de Vassilissa sin darse cuenta; habían llegado hasta el extremo del barrio, donde empezaban las huertas. ¡Dónde se habían metido! Se detuvieron y se echaron a reír, llenos de asombro. Levantaron la vista hacia el cielo, en el que las estrellas centelleaban y brillaban. "No tenemos reloj en nuestra aldea; así es que conocemos la hora por las estrellas. Mi padre las conocía muy bien. Siempre podía decir exactamente la hora." Vladimir hablaba de su infancia. Habían sido una familia numerosa en una casa de campesinos pobres. Había demasiado poco de todo. Volodya quiso ir a la escuela; pero estaba demasiado lejos. Así es que hizo un convenio con la hija del pope. El cuidaría de sus gansos y ella le enseñaría a leer.

Vladimir evocaba la aldea, los campos y los bosques de su pueblo natal. Se puso tierno y melancólico. "¡De modo que era así!" Vassilissa estaba sorprendida. Y le quiso más. El le habló de los Estados Unidos, de cómo había ido allí de niño, decidido a abrirse solo camino en la vida. Después de pasarse dos años a bordo de un transporte, había trabajado en los arsenales. Finalmente fue deportado y tuvo que pasar a otro Estado. Tenía hambre, y trabajó en todo lo que se le presentaba. Durante algún tiempo fue camarero en un gran hotel de lujo. ¡Cuánta gente rica vio allí! ¡Y no se diga mujeres! Todas elegantemente vestidas, con sedas, encajes y diamantes. Después fue portero de una gran tienda de modas, donde le pagaban muy bien. Llevaba un uniforme galoneado. Gustaba por su buena figura. Pero pronto se cansó. Todos aquellos compradores ricos le ponían nervioso. Entonces intentó ser chófer y viajó por los Estados Unidos con un rico comerciante en algodón, recorriendo cientos de millas en un auto elegante. Sin embargo, se cansó también de esto. Después de todo, era poco menos que un esclavo. El comerciante le hizo conocer el negocio de algodón donde se hizo dependiente y aprendió la teneduría de libros.

Y después... la revolución. Abandonándolo todo se apresuró a regresar a Rusia. Había pertenecido a la organización de los Estados Unidos. Había estado detenido una vez después de un encuentro con la policía. Pero el comerciante de algodón había venido en su ayuda porque le apreciaba como chófer y le tenía estima, aunque sabía que era un anarquista. También le daba la mano siempre. ¡Los Estados Unidos eran diferentes a Rusia! Vladimir amaba los Estados Unidos a su manera. Y así continuaron a través de las calles. Vasva escuchaba; el torrente de palabras de Vladimir era inagotable. Parecía que le estaba confesando toda su vida. De nuevo se encontraron en la puerta de la casa de Vasya. "¿Por qué no me invitas a tomar una taza de té, camarada Vassilissa? Estoy muerto de sed. Y realmente no tengo ganas de ir a dormir todavía." Vasya no sabía qué hacer. Su amiga debía estar ya en la cama a aquellas horas. "¡Qué más da! La haremos que se levante. Y los tres pasaremos muy bien la velada." ¿Y por qué no había ella de invitar al americano a entrar en su casa? Ella no quería que se marchase, porque eran amigos. Entraron, prepararon el samovar y Vladimir les ayudó. "Uno debe ayudar siempre a las señoras. Eso es lo que hacemos en los Estados Unidos." Tomaron el té tranquilamente, gastando bromas a la amiga de Vasya, a la que habían hecho salir de la cama, medio dormida. De nuevo habló Vladimir de los Estados Unidos, de las bellas señoras con medias de seda que iban en sus autos a la gran tienda, delante de la cual permanecía él con su uniforme galoneado de portero, con una pluma en su sombrero de tres picos. Una de ellas le pasó secretamente una nota citándole. Pero él no fue. No se preocupaba de las mujeres. No daban más que disgustos. Otra le dio una rosa... Escuchando los cuentos de Vladimir sobre las bellas mujeres norteamericanas con medias de seda, Vassilissa se sentía cada vez más insignificante. La alegría de su corazón había muerto y el mundo le pareció negro.

- ¿Supongo que te enamorarías de esas bellezas?

La voz de Vasya sonaba falsa. Estaba pesarosa de haber dejado escapar aquella pregunta. Vladimir la miró atentamente, con cariño. Movió su cabeza.

- Toda mi vida, Vassilissa Demenyevna, he defendido mi corazón y mi amor. Los reservo para una muchacha pura. Pero esas bellas señoras son demasiado ligeras todas ellas. Peor que prostitutas.

Y de nuevo su corazón se inundó de alegría, para vaciarlo otra vez sin acabar de llenarlo. ¿Conservaba su corazón para una muchacha pura? Vasya no era pura ya. Había tenido amores con Pelya Razgulvo, del departamento de máquinas, hasta que se marchó al frente. Después tuvo relaciones con el organizador del partido; ella dijo que estaban prometidos. Este también se había ido fuera y había dejado de

escribirle. Y ella le había olvidado. ¿Y ahora?" ¿Sólo una muchacha pura?" Vasya miraba a Vladímir, escuchando su voz; pero no oía lo que decía. ¡Le dolía tanto el corazón! Vladimir pensó que la aburría con sus historias. Dejó de hablar y se levantó. Rápidamente, fríamente, se despidió.

Vasya luchó para que no se le saltasen las lágrimas. Deseaba echarse en sus brazos. Pero él no la necesitaba. ¡Había visto tantas mujeres hermosas! Y reservaba su corazón para una "muchacha pura".

Vasya lloró toda la noche. Decidió alejarse de este "americano". ¿Qué podría ella significar para él? Vasya había hecho el firme propósito de apartarse del camino del americano, pero la fatalidad decidió aproximarlos aún más. Al llegar un día a una reunión del Comité, se encontró con una violenta discusión. Tenía que ser nombrado un nuevo comandante de la ciudad. Algunos propusieron a Vladimir, otros se negaron a considerar esa proposición. El que más se opuso fue el secretario del Comité del partido. No debía ni siquiera pensarse en eso. La ciudad entera estaba contra "el americano". Recorría la ciudad en el coche del Sindicato como si fuera un gobernador. Exasperaba al pueblo; no quería reconocer la disciplina. Se habían formulado recientemente quejas contra él. No quería cumplir las disposiciones del Sindicato.

Vasya defendió a Vladimir. Le dolió oír hablar de él de aquella manera, oírle llamar anarquista. La sospecha era estúpida. ¿No hacía mejor obra que los bolcheviques? Estéfano Alexeyevitch estaba también en favor de Vladimir. Se decidió ponerlo a votación. Siete en contra de Vladimir, seis a favor. Bien, ya no se podía hacer más. Después de todo, Vladimir también tenía algo de culpa. Había querido destacarse demasiado. Pero Vladimir estaba enfadado. ¿Por qué no tenían confianza en él? ¿No estaba él con la Revolución en cuerpo y alma? Cuando supo la votación del Comité, se puso furioso. Y con toda intención comenzó a insultar a los bolcheviques. ¡Partidarios del Estado! ¡Centralistas! ¡Quieren establecer otro régimen de policía! Habló de los Estados Unidos; mencionó a los I.W.W.[4] todo lo que pudo. El Comité se excitó y exigió que Vladimir obedeciese las órdenes. La separación se hizo más fuerte de día en día. Vasya trabajó intensamente en defensa de Vladimir. Discutió hasta quedarse ronca.

El asunto se elevó ante el Soviet. El Sindicato había dejado otra vez de cumplir las órdenes. Vladimir, sin embargo, repetía una y mil veces: "No reconozco vuestras órdenes. Cada institución es su propio jefe. ¿Disciplina? Me importa un bledo vuestra disciplina. No hicimos la Revolución, derramamos sangre y echamos a los "burshuis" para encadenarnos de nuevo. ¿Para qué necesitamos comandantes? ¿No podemos dirigirnos a nosotros mismos?" Disputas, griterío. "Si te niegas a someterte, te echaremos", amenazó el presidente. "¡Inténtalo! -gritó Vladimir, cuyos ojos ardían-. Sacaré a todos mis muchachos de la milicia. ¿Quién os defenderá entonces? Pronto estaréis en manos de los "burshuis" de nuevo. ¡Y a eso es a lo que va el Soviet! No es el Soviet, es la policía del distrito."

El corazón de Vassilissa dejó de latir. ¿Por qué decía aquello? Ahora todos se apoyarían en esto para ir en contra de él. No se equivocó. El mitin estalló en cólera. ¿Qué? ¿Insultaba a los Soviets? Vladimir permanecía en pie, pálido, defendiéndose. Pero se desencadenó en contra suya una tempestad. La gente se abalanzaba hacia él. "¡Expulsadle! ¡Arrestadle! ¡A la calle!"

Gracias que estaba allí Estéfano Alexeyevitch. Acudió en su ayuda. Dijo a Vladímir que se retirase al cuarto de al lado. El Soviet discutiría la cuestión sin estar él presente. Vladimir se fue y Vasya le siguió. Se sentía abochornada. Había sido estúpido por parte de él. También estaba enfadada con los Soviets. ¿Cómo podían condenar a un hombre por sus palabras? Debían juzgarle por sus hechos. Todo el mundo sabía que Vladimir estaba con los Soviets. Si no hubiera sido por él, los bolcheviques pudieran no haber triunfado en la Revolución de Octubre. Fue él el que desarmó a los oficiales. Fue él también el que obligó al jefe de la ciudad a huir, el que había obligado a salir a los más obstinados enemigos del pueblo. ¿Por qué había que expulsarle del Soviet? ¿Por una palabra ligera? Extraordinariamente agitada pasó Vasya al cuarto de al lado. Vladimir estaba sentado ante la mesa, caviloso, con la cabeza apoyada en la mano. Al levantar la cabeza para mirarle, Vassilissa vio pena, disgusto, angustia en sus ojos. De repente, parecía pequeño y desvalido como un niño.

El corazón de Vassilissa se llenó de compasión. Haría cualquier cosa por amortiguar la pena de Vladimir.

- Bueno, ¿se han alarmado los partidarios del Estado? -preguntó pretenciosamente Vladimir-. ¿Los he asustado con mis amenazas? Las cosas no han llegado aún a tal extremo...

Se paró en seco. Vasya le contemplaba cariñosamente. Había reproches en su mirada.

- Estás equivocado, Vladimir Ivanovitch. Tú tienes la culpa. Te haces daño a ti mismo. ¿Por qué dijiste eso? Ahora parece como si estuvieras contra el Soviet.

- Y estaré en contra si el Soviet va a ser otro departamento de policía.

Vladimir era terco.

- ¿Por qué dices lo que no crees?

Vasya estaba muy cerca de él y le miraba como una madre, gravemente, tiernamente. Al levantar los

[4] Trabajadores Industriales del Mundo, organización anarcosindicalista.

ojos hasta ella, Vladimir permaneció silencioso.

- Reconoce que no sabías lo que decías.

Vladimir inclinó la cabeza.

- No pude evitarlo. Estaba furioso.

Y de nuevo se miró en los ojos de Vasya, como un niño que confiesa la falta a su madre.

- Ahora ya no puede hacerse nada. Todo ha terminado.

La apartó de su lado. Pero Vasya se acercó aún más. Su corazón estaba lleno de tristeza y de ternura. ¡Le era tan querido! Pasó su mano por la cabeza de él, golpeándola suavemente.

- No, Vladimir Ivanovitch. ¿Por qué pierdes el valor? ¿No eres anarquista? Esa no es manera de comportarse, Vladimir. Debes creer en ti mismo.

Vasya estaba inclinada sobre Vladimir, acariciando su cabeza como si fuese un niño. Y él apoyó su cabeza, lleno de confianza, sobre el corazón de la amiga como si buscase su apoyo. ¡Tan grande, y, sin embargo, lleno de angustia como un chiquillo!

- ¡Atravieso una época tan dura! Creí que la Revolución, los camaradas, todo cambiaría.

- Y así será, pero hay que tratar de hacer las cosas amistosamente, como hermanos.

- No, la buena voluntad no sirve para nada. Yo no sé cómo tratar con la gente.

- Ya aprenderás, estoy segura.

Vasya levantó la cabeza de Vladimir y le miró a los ojos. Su mirada estaba llena de ansiedad. Al inclinarla de nuevo, Vasya besó cariñosamente su pelo.

- Bueno; tendremos que arreglar el asunto. Tú tendrás que excusarte, decir que obraste con ligereza, que interpretaron mal tus palabras.

- Está bien -convino obedientemente Vladimir, buscando ayuda en los ojos de Vasya. Repentinamente extendió sus brazos hacia ella y la estrechó contra su corazón hasta hacerse daño. Y sus labios ardientes buscaron la boca de Vasya.

Vasya corrió hacia la plataforma y se dirigió a Estéfano Alexeyevitch. Las cosas eran de este y de este modo. Vladimir tenía que ser ayudado para salir de aquel conflicto.

Se acabó el incidente. Pero la actitud hostil contra Vladimir no desapareció. El Soviet estaba dividido en dos campos. Los alegres días de paz habían pasado.

Vasya no quería recordar más; pero sus pensamientos volaban. No había medio de detenerlos.

¿Cómo se unieron? Fue poco después del incidente en el Soviet. Vladimir la acompañaba a su casa. Siempre salían juntos aquellos días. Se buscaban. Cuando estaban solos, su conversación era amorosa.

La amiga de Vasya había salido. Y Vladimir, cogiendo en sus brazos a Vasya, la besó ardientemente, apasionadamente. Aún recordaba aquellos besos. Pero ella logró desasirse, retrocedió y le miró a los ojos sinceramente.

- Volodya, no debes besarme así. No podría resistir una desilusión.

Sorprendido, no entendió.

- ¿Desilusión? ¿Crees que quiero engañarte? ¿No comprendes que te quiero desde que te conocí?

- No es eso. No es eso, Volodya. Claro que te creo. Pero es que yo... yo... No, no me beses. Reserva tu corazón para una "muchacha pura". Yo no soy pura, Volodya. He tenido amantes.

Mientras hablaba, pensaba temblando: "Mi felicidad quedará ahora hecha pedazos".

Vladimir no le dejó terminar.

- ¿Qué me importan a mí tus amantes? Tú eres mía. No hay nadie más puro que tú. Tu alma es pura.

Apasionadamente la estrechó contra él.

- ¿Me quieres, verdad, Vasya? ¿No es cierto que me quieres? ¿No eres mía? ¡Mía! ¡Y de nadie más! Mira, no me vuelvas a hablar de tus amantes. No me cuentes nada. No quiero saber nada. No quiero. Tú eres mía y basta.

Y así fue el principio de su unión.

CAPITULO IV

El departamento estaba oscuro. La muchacha de la "Nep" se había acostado después de perfumar el coche entero con agua de Colonia. Vassilissa estaba acostada sobre la litera superior. ¡Si le fuera posible conciliar el sueño! Pero los recuerdos del pasado se le presentaban insistentemente. Era como si estuviese ajustando todas sus cuentas. Pero ¿por qué ajustarlas? Tenía toda su vida aún delante de ella. Amor y dicha la esperaban. Sin embargo, en algún rincón oscuro de su corazón Vasya sentía que las cosas no eran como habían sido. Había pasado ya la felicidad de hacía cuatro años; su amor había cambiado y Vassilissa tampoco era la misma.

¿Por qué? ¿De quién era la culpa? Con las manos en la cabeza, Vassilissa pensaba. En aquellos años nunca había tenido tiempo para pensar. Vivía y trabajaba. Pero ahora tenía el sentimiento de haber olvidado o descuidado algo. ¿El qué? Discordia dentro del partido; disgustos en las organizaciones.

Entonces todo era diferente. Volodya también era diferente. Verdad que por él había estado más ocupada. De no ser por ella hubiera reñido con las autoridades. Pero Vasya podía siempre convencerle; él tenía confianza en ella y siempre seguía sus consejos.

Los blancos comenzaron su ofensiva; la ciudad estaba en peligro. Vladimir decidió alistarse para el frente. Y Vasya no le retuvo. Lo único que intentó fue persuadirle para que se uniese al partido antes de marchar. Al principio se resistió. Pero al fin lo hizo.

De este modo se hizo bolchevique y partió. Se escribían poco. De cuando en cuando venía a pasar con ella un día o dos. Y después, semanas y meses de

separación. Como si no pudiera ser de otro modo. Casi no se echaron de menos, porque no había tiempo para tales cosas. Entonces fue cuando Vasya supo, en una reunión del Comité, que se había presentado una proposición contra Vladimir. ¿Qué podría ser aquello? Trabajaba para la artillería y se decía que no llevaba los asuntos debidamente; que no era completamente honrado. Vassilissa se indignó; aquello no era verdad; ella no lo creía. Era una conspiración, un chisme calumnioso.

Se apresuró a saberlo todo. Parecía un asunto serio. El caso no había sido llevado todavía ante el Tribunal, pero le habían destituido de su puesto. Vassilissa suplicó a Estéfano Alexeyevitch que le proporcionase un permiso para un tren de mercancías que llevaba donativos al frente. A los tres días se puso en camino. Era muy difícil llegar. En todas partes retrasos. Los trenes no enlazaban. Sus papeles no estaban en regla. Estaba extenuada e inquieta. Podía haberse celebrado el juicio.

Sólo entonces se dio cuenta Vasya de cómo quería a Vladimir, de lo que significaba para ella. Creía en él todo cuanto es posible creer en alguien. Cuanto más sospechaban los otros, porque a un anarquista le suponían capaz de todo, tanto más intensamente le defendía ella. Nadie conocía su corazón tan bien como Vassilissa. Y su corazón era tierno como el de una mujer; la rudeza y la obstinación estaban sólo en la superficie. Vasya sabía que con cariño y dulzura podría siempre conducirlo por el camino recto. Pero era verdad que su carácter se había hecho más agrio. La vida de los proletarios era dura.

Al fin llegó Vassilissa al local central, donde después de mucho trabajo pudo averiguar dónde vivía Vladimir. Tuvo que atravesar toda la ciudad, en medio de una gran lluvia. Menos mal que un camarada fue acompañándola. Estaba cansada, tiritando de frío. Pero contenta, porque sabía ya que todavía no había terminado la investigación, que no había pruebas, que las opiniones variaban aún dentro del mismo ejército. Los rumores y denuncias eran corrientes. Vasya sólo se turbó con la desagradable sonrisa con que la gente la miraba, como queriendo ocultarle algo, cuando ella abiertamente se decía su mujer. Intentó comprenderlo todo. Después tendría que ir a ver al compañero Toporkoff, de la Administración Central. Conocía a Vladimir y sabía cómo trabajaba. La persecución tendría que cesar. ¿Por qué le acosaban? Otros también habían sido mencheviques o socialrevolucionarios, pero nadie los perseguía. ¿Por qué un anarquista tenía que ser peor que ellos?

Llegaron a la casita de madera donde vivía Vladimir. Las ventanas estaban iluminadas y la puerta cerrada. El compañero llamó, sin obtener contestación. Los pies de Vasya estaban empapados hasta los tobillos; sus vestidos, mojados. Tenía frío. Pensaba, no en la alegría de ver de nuevo a Vladimir, sino en entrar lo más pronto posible en una habitación caliente para cambiarse el vestido y las medias. Había pasado casi cinco noches sin dormir apenas.

- Llamaremos en la ventana -propuso el compañero.

Rompió una rama de abedul y dio con ella en la ventana. Alguien levantó el visillo y Vasya vio la cabeza de Volodya. Parecía que no llevaba puesto más que la camisa. Mientras sus ojos se esforzaban para ver en la oscuridad, una cabeza de mujer asomó por detrás de su hombro, para desaparecer enseguida. Vasya sintió que le herían en su corazón. Un dolor punzante, que le repugnaba.

- ¿Por qué no abres la puerta, compañero? Te traigo a tu mujer.

La cortina cayó, ocultando a Volodya y a la mujer. Vasya y su acompañante subieron los escalones que conducían a la puerta. Esperaron. ¿Cómo tardaban tanto? A Vasya el tiempo se le hacía interminable. Finalmente se abrió la puerta. Vladimir estrechó entre sus brazos a Vasya, apretándola contra sí y besándola. Su cara estaba radiante, sus ojos humedecidos por las lágrimas.

- ¡Has venido! ¡Has venido a mí, mi amiga Vasya, mi compañera!

- Coge al menos sus cosas -refunfuñó su acompañante-. ¿Qué quieres que haga con ellas?

- Pasar inmediatamente adentro. Comeremos algo. Debéis estar calados hasta los huesos.

Entraron en la casa. Estaba reluciente y limpia. Un comedor con un dormitorio detrás. Al lado de la mesa de comedor estaba sentada una enfermera con un pañuelo blanco alrededor del cuello y una banda roja en la manga. Era bonita. Vasya sintió otra punzada en su corazón. Volodya las presentó. "Esta es la hermana Bárbara. Mi mujer, Vassilissa Dementyevna." Se estrecharon las manos y se miraron atentamente, como si cada una quisiera sondear a la otra.

- ¿Qué te pasa, Vasya? Quítate el abrigo. ¿No eres el ama de esta casa? Mira qué bien vivo aquí. Mejor que tu pequeña habitación. Dame el abrigo. ¡Qué mojado está! Debemos colgarlo al lado de la estufa.

La enfermera había quedado de pie.

- Bien, Vladimir Ivanovitch, dejaremos nuestras discusiones de negocios para mañana. No quiero perturbar tu felicidad íntima esta noche.

Dio la mano a Vasya y a Vladimir y se fue con el acompañante de Vasya. Vladimir cogió en brazos a Vasya y la paseó por toda la habitación. La acarició; la besó lleno de alegría.

El corazón de Vasya se sintió menos pesado, y tuvo vergüenza de sí misma. Sin embargo, preguntó casualmente entre dos besos: "¿Quién es esa enfermera?" Y le echó hacia atrás la cabeza para ver mejor los ojos de Vladimir.

- ¿La enfermera? Vino a buscarme para tratar del

aprovisionamiento del hospital. Los envíos deben hacerse más rápidamente. Siempre hay retrasos en la línea. No pueden prescindir de mí, a pesar de que me han suspendido en mi trabajo. Tan pronto como algo va mal, vienen a buscarme.

Cambió la conversación hacia las acusaciones que se le hacían; habló del asunto que les preocupaba a los dos. Puso a Vasya en el suelo y pasaron al dormitorio. Otra vez sintió Vasya aquella punzada. La cama estaba mal hecha, como si alguien la hubiese hecho apresuradamente.

Miró a Vladimir. Este, con las manos en la espalda, una actitud que Vasya conocía y amaba, paseaba arriba y abajo del cuarto. Le contó su asunto, lo que había pasado, cómo había empezado. Escuchándole, Vasya sufría por él. Veía claramente que todo se habría originado por envidia. Las manos de Volodya estaban limpias. Estaba convencida de ello; no podía ser de otra manera.

Sacó un par de medias de su maleta. Pero no tenía otros zapatos. ¿Qué iba a hacer? Vladimir se dio cuenta.

- Así eres tú. Ni siquiera tienes un par de zapatos para cambiarte. Claro es que yo puedo encontrar cuero y nuestro zapatero te hará un par, como favor especial. Déjame que te quite los zapatos. ¡Qué mojados están!

Le quitó los zapatos; tiró las mojadas medias de Vasya al suelo; cogió sus pies fríos entre sus manos calientes.

- ¡Qué pies más chiquitos tienes! Como los de una muñeca.

E inclinándose besó sus pies.

- ¿Qué haces, Volodya? ¡Qué tonto eres!

Reía; su corazón estaba alegre otra vez.

Tomaron té, hablaron, celebraron consejo. Vladimir se lo contó todo. Cómo había sido grosero cuando no debía; cómo había desatendido las instrucciones y hecho las cosas a su modo. No podía resistir que le mandasen. Le contó todas las veces que se había excedido y a los "indeseables que había empleado". Pero eso de ser ligero de manos, Vasya seguramente no podía creerlo de él. Vladimir permanecía ante ella ahogado de rabia.

- ¿De modo que tú también puedes pensar eso de mí? ¿Tú, Vasya?

- No, no, Volodya. Solamente temía que tus cuentas pudieran estar algo embrolladas. ¡Son ahora tan severos!

- Mis cuentas no deben preocuparte. Mis cuentas son tan transparentes como el cristal. La contabilidad que aprendí en los Estados Unidos me ha venido muy bien ahora.

Vassilissa sintió que le quitaban un gran peso de encima. Ahora ya sólo era necesario reunirse con los compañeros, consultar con ellos, explicarles el cómo, el cuándo y el dónde.

- Ha estado muy bien que hayas venido -dijo Volodya-. Yo no me atrevía a esperarte. Sé cuán intensamente trabajas y me figuré que estarías demasiado ocupada para pensar en tu marido, en tu Volodya.

- ¿Por qué? ¿No sabes que no tengo tranquilidad cuando no estás conmigo? Siempre estoy intranquila. ¿Qué estará haciendo? ¿Cómo se sentirá? ¿Le habrá ocurrido algo?

- Eres el ángel que me guarda. Ya lo sé.

Hablaba gravemente y besó a Vasya. Sus ojos se pusieron tristes y pensativos.

- No te merezco, Vasya. Sólo te quiero a ti. Te quiero más que a todas las cosas. Me crees, ¿verdad? Te quiero, te quiero. Sólo a ti. Todo lo demás es absurdo.

Esto no lo entendió Vasya. Aquella vehemencia extraña, aquella agitación la confundía.

Pasaron al dormitorio. Era hora de dormir. Para arreglar la cama, Vasya tiró al suelo las mantas. ¿Qué era aquello? Sus sienes le golpeaban, sus rodillas le temblaban. Sobre la sábana había un pañuelo de mujer.

- Volodya, ¿qué es esto?

Su voz temblaba, gemía. Vladimir se precipitó hacia la cama y salvajemente arrojó el pañuelo al suelo.

- Esa desvergonzada, mi patrona. Se acostó otra vez aquí cuando yo no estaba. ¡Ha ensuciado la cama!

Y arrojó las sábanas al suelo.

- ¡Vladimir. .. !

Vasya, con los ojos desmesuradamente abiertos, estaba ante él. Su expresión lo decía todo.

Vladimir la contempló y se quedó callado.

- ¿Por qué esto, Volodya? ¿Por qué?

Volodya se echó sobre la cama, retorciéndose las manos.

- Todo ha terminado, todo ha terminado.

- Pero te juro, Vasya, que sólo te quiero a ti, sólo a ti.

- ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no te acordaste de nuestro amor?

- Soy joven, Vasya. Meses enteros solo. Y constantemente pasan ante ti esas tunantas. Las odio a todas, a todas estas repugnantes mujeres.

Extendió sus brazos hacia ella. Por las mejillas le corrían lágrimas, grandes lágrimas abrasadoras.

- Tienes que comprenderme. ¡Compréndeme! Si no, no puedo vivir. Ten lástima de mí. ¡La vida es tan dura!

Vasya se inclinó y besó su cabeza, como ya hacía tanto tiempo en el Soviet. Y otra vez sintió pena por él; de nuevo tuvo compasión de aquel hombre grande, desvalido como un niño. ¿Quién podría comprenderle si ella no le comprendía? Aún ahora todo el mundo estaba dispuesto a tirarle piedras. ¿Podía ella dejarle porque la hubiera lastimado? ¿No

estaba ella dispuesta a resistir todo golpe que se le dirigiera! ¡Pobre cosa era su amor si le dejaba la primera vez que le había hecho sufrir!

Inclinándose sobre Vladimir, acarició silenciosamente su pelo, buscando la manera de resolver aquello.

Alguien llamó a la puerta. Un golpe duro, autoritario. ¿Qué era aquello?

Cambiaron una mirada y los dos comprendieron. Un abrazo apresurado, un beso apasionado, y salieron a la puerta. Habían acertado.

La investigación había terminado y Vladimir tenía que ser arrestado. A Vasya le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies. Vladimir permaneció tranquilo. Recogió sus cosas, dijo a Vasya dónde encontraría sus papeles, a quién debía llamar como testigos, quién le podía dar información. Después se lo llevaron.

Hacía muchos años, pero Vasya no olvidaría jamás aquella noche.

Su corazón estaba torturado por doble pena; el sentimiento, tan viejo como los siglos, insuperable, de la mujer, y la angustia de la amiga, de la compañera, por el daño causado a su amado por la maledicencia de los hombres, por la injusticia del mundo.

Vasya andaba por la alcoba como loca. No podía descansar.

Aquí antes de llegar ella, en este mismo cuarto, sobre esta cama, Vladimir había amado, abrazado a otra mujer. ¡A aquella bonita mujer de gruesos y voluptuosos labios! ¿Podría acaso no amarla? ¡Quizás le había mentido por lástima!

Vassilissa quería saber la verdad, sólo la verdad. ¿Por qué se habían llevado a Vladimir en ese momento? Si estuviera allí, ella lo hubiera averiguado todo, le hubiera preguntado. Si estuviera allí, se hubiera libertado a sí misma de sus propios pensamientos, que se hubieran consumido de piedad hacia él. Su corazón de mujer sufría. Y se ponía furiosa contra Vladimir. ¿Cómo se había atrevido a hacer aquello? Si realmente la quería no debió buscar otra mujer. Y si no la quería, debía habérselo dicho francamente en vez de torturarla con mentiras.

Vassilissa andaba de un rincón a otro. No podía descansar.

Y de repente un nuevo pensamiento hería su corazón. ¿Y si las acusaciones fueran realmente serias? ¿Y si había una razón para su detención? ¿Y si los "indeseables", los canallas, le habían comprometido, dejando toda responsabilidad sobre él?

Olvidó su dolor de amor, olvidó a la enfermera de los labios rojos. Ahora sólo temblaba con un temblor agonizante por Vladimir, despedazado y estrujado. Le habían robado su reputación, le habían arrestado inhumanamente. ¡Aquellos eran sus compañeros!

Comparado con esto, con lo que habían hecho a su adorado Volodya sus propios compañeros, ¿qué quedaba, qué era su pena de mujer? Se sintió herida, no de que él hubiera estado con una mujer, sino del fracaso de que ni siquiera la Revolución hubiera podido traer una era de verdad y de justicia.

Vassilissa olvidó su cansancio, como si su cuerpo hubiera desaparecido. Sólo le quedaba su corazón, su corazón destrozado por las agudas garras de su pensamiento. Esperó la mañana, y con ella vino la resolución de luchar para ayudar a Vladimir. ¡Que no se lo tocasen! Ella lo libraría de aquellos intrigantes llenos de envidia. Sin ayuda de nadie convencería a todo el mundo de que Vladimir era honrado. Las intrigas eran falsas, falsos los ataques infamantes contra su buen nombre.

Entonces ya era algo más grande que su amor lo que mandaba en ella. El honor de Vladimir, que era el suyo, levantaba en su conciencia ese mandato ineludible que se llama responsabilidad.

CAPITULO V

Aquella mañana, temprano, un soldado rojo le llevó una carta de Volodya.

"Vasya, mi mujer; mi adorada compañera: No me importa ahora nada la acusación contra mí. Deja que me pierdan. El único pensamiento que me enloquece es que pueda perderte. No puedo vivir sin ti, Vasya. Debes saber esto. Si ya no me amas, no hagas nada en mi favor. Deja que me fusilen. Tuyo, sólo tuyo, *Volodya."*

Y en una de las esquinas, diagonalmente: "Sólo te quiero a ti, me creas o no. E insistiré en esto hasta que muera."

En otra esquina otra frase: "Nunca te he reprochado tu pasado. Intenta comprender y perdóname ahora. Tuyo en cuerpo y alma."

Vasya leyó y releyó la carta y se sintió más feliz. Tenía razón. El nunca le había echado en cara el que ella no fuera pura. Después de todo, los hombres son así. ¿Qué podía hacer él cuando aquellas mujerzuelas se le echasen al cuello? ¿Hacer lo que un monje? Leyó otra vez la carta, la besó, la dobló cuidadosamente, y se la metió en el bolsillo. Y ahora, a trabajar para sacar a Volodya de aquel conflicto.

Se rindió, corriendo de la Ceca a la Meca, excitándose, perdiéndose en la burocracia y la indiferencia de los hombres. Estuvo a punto de abandonarlo todo, de perder toda esperanza. Enseguida reunía de nuevo todas sus fuerzas y comenzaba a luchar con gran energía. No permitiría que triunfase la falsedad; no permitiría que aquellos calumniadores perdiesen a Volodya.

Triunfó en su punto más importante. El camarada Toporkof tomó el asunto en sus propias manos, y, después de haberlo estudiado, formuló la siguiente decisión: "Como las acusaciones no están fundamentadas, el caso tendrá que ser abandonado. Hay que detener a Luiridof y Malitchanco."

A la mañana siguiente, Vasya no pudo abandonar el lecho. Había cogido el tifus. Por la noche no conocía a nadie, ni siquiera a Volodya, cuando regresó. Los recuerdos que Vassilissa tenía de su enfermedad le parecían como un sueño borroso. Era de noche cuando volvió en sí. Miró alrededor. Una habitación desconocida, botellas de medicina en la mesa, una enfermera con un delantal blanco, sentada al lado de la cama. Flaca, ya no joven, con una expresión seria en la cara.

A Vasya le molestó ver a una enfermera sentada allí. El pañuelo blanco la irritaba. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía

"¿Quieres beber?" La enfermera llevó un vaso a sus labios. Vasya bebió y perdió de nuevo la noción de lo que le rodeaba. Vagamente, como en sueños, sintió que Volodya se inclinaba sobre ella y le arreglaba la almohada. Perdió el conocimiento por completo. Había dos sombras en el cuarto. No, sombras no. Una blanca y otra gris; agitándose, entrelazándose, agarrándose. No bailaban; era una lucha. Vasya comprendió. La vida y la muerte estaban ante ella, luchaban por ella. ¿Quién vencería?

Vasya tuvo miedo; tanto miedo, que quiso gritar; pero no pudo articular un sonido. Esto le asustó aún más. El corazón le latía, le saltaba como si fuese a estallar en cualquier momento. ¡Pim, pim, pim! Había tiros en la calle.

Abrió los ojos. A la doble luz de la lámpara vio que estaba sola. Era de noche. Escuchó. Escarbaban los ratones, como si arrancaran algo bajo el piso. Cada vez más cerca. Y ahora Vasya se sentía aterrorizada por un nuevo temor. Creía que los ratones intentaban subirse a la cama, encima de ella. Y ella no podría espantarlos. Llorando llamó débilmente: "¡Volodya, Volodya, Volodya!"

"Vasya querida, amor mío, ¿qué te pasa?"

Volodya se inclinaba sobre ella, mirando con anhelo a sus ojos.

"Volodya, ¿estás vivo? ¿De veras?" Su mano, sin fuerzas, había caído sobre la cabeza de Volodya.

"Estoy vivo. Los dos estamos vivos, vida mía. ¿Por qué lloras? ¿Qué le pasa a mi Vasya? ¿Soñabas? ¿Deliras otra vez?"

Besó sus manos dulcemente y acarició sus sudados cabellos cortos. "No, no soñaba. Los ratones arañaban tan..." Se defendía a sí misma con una debilitada sonrisa.

"¿Los ratones?" Volodya se reía. "Mi Vasyuk se ha hecho tan valiente que tiene miedo de los ratones. Ya le dije a la enfermera que no te dejara sola. ¡Menos mal que llego a casa en este momento!"

Vasya hubiera querido preguntarle dónde había estado. Pero estaba tan débil que no podía hablar. Una debilidad deliciosa, sin embargo; una especie de adormecimiento. Y lo mejor de todo era que él estuviera sentado a su lado. Retuvo su mano; no le dejaría irse. Sus labios, sonrientes, suspiraron: "¡Está vivo!"

"Claro que estoy vivo", dijo Vladimir riendo; y gentilmente besó su frente.

Vasya abrió los ojos. "Pero ¿qué le ha pasado a mi pelo? ¿Me lo han cortado?"

"Eso no es nada. No te preocupes. Ahora eres un muchacho de verdad, un verdadero Vasyuk."

Vasya sonrió. Era feliz.

Volodya no la dejó. Se sentó en la silla a la cabecera y veló su sueño.

"Duerme, Vasya, duerme. No debes mirarme con tus ojazos. Ya tendrás tiempo de sobra para mirarme cuando estés buena. Si no duermes ahora te pondrás mala otra vez y el médico me reñirá. Me dirá que soy mal enfermero."

"¿No te irás?"

"¿Dónde quieres que me vaya? Duermo aquí todas las noches, en el suelo, a tu lado. Estoy más tranquilo cuando puedo verte. Durante el día trabajo mucho."

"¿Trabajando? ¿En el Comisariado?"

"¡Claro! Todo está bien otra vez. Esos bribones han sido detenidos. Pero tú no debes hablar, incorregible Vasya. Duerme; si no te duermes, me voy."

Sus dedos, sin fuerzas, se apretaron sobre su mano. Pero cerró los ojos bastante sumisamente.

¡Era tan hermoso, tan dulce dormirse con Volodya sentado a su lado, mirándola ansiosa y tiernamente!

"Vida..."

"Debes dormir; eres un chico malo, travieso."

"Estoy dormida; pero te adoro."

Volodya se inclinó y le besó los párpados, dulce, suavemente. Y Vasya, en aquel instante, hubiera podido llorar de gozo. Se hubiera muerto en aquel momento, allí mismo. Nunca podría gozar de más felicidad.

El recuerdo de lo que entonces sintió hizo estremecerse a Vasya. ¿Era imposible ahora una cosa así? ¿Tuvo razón su corazón cuando le dijo que no conocería nunca una felicidad mayor?

¡Aquella alegría, aquella felicidad, no volvería jamás! Iba a reunirse con él, con su amado. El la había llamado, la esperaba. Le había enviado un compañero para que se apresurase. Y el dinero para el viaje. Y un vestido. Debía de amarla. ¿Por qué, entonces, no podría ser tan feliz otra vez? ¡Deseaba tanto Vasya creer en su felicidad! Pero la duda se había apoderado de su pecho; no tenía verdadera fe.

Vasya volvió su pensamiento al pasado. Habían tenido que separarse repentinamente por entonces.

El frente cambió. Cuando Vladimir se fue, Vasya estaba todavía tan débil que apenas podía andar. Se separaron completamente reconciliados. No volvieron a mencionar a la enfermera. Vasya había llegado a comprender que la enfermera no significaba para él más que un vaso de whisky. "Una

vez tomado se olvida."

Vasya regresó a su casa e inmediatamente comenzó su trabajo. Por aquel entonces creía que todo estaba como antes, que todo marchaba bien de nuevo. Ahora, sin embargo, recordaba que aún entonces había sentido un peso sobre su corazón. Algo, por algún sitio, estaba asomando la cabeza. ¿Era amargura a causa de la enfermera de labios rojos o era desconfianza? Y, a pesar de todo, Vasya amaba a Volodya.

El dolor que habían compartido y su enfermedad los había unido aún más. Antes se amaban también, pero nunca se habían sentido tan cerca el uno del otro. Ahora, después de las penas que habían sufrido juntos, sus corazones estaban más unidos. Sin embargo, Vasya no podía encontrar en su amor la alegría de una brillante mañana de primavera Su amor se había hecho más melancólico; se había cubierto de nubes. Y aun así era más profundo y fuerte.

Además, ¿cómo podía estar uno para el amor y la alegría? Los frentes; las divisiones y conspiraciones; la movilización de los comunistas. Estaban amenazados por todas partes, con un trabajo abrumador. Trabajando en la Comisión de Viviendas del Soviet, Vasya tuvo que ocuparse de los refugiados. Allí fue donde se le ocurrió la idea de organizar una comuna conforme a sus ideales. Estéfano Alexeyevitch le ayudó de palabra y de obra. Así vivió varios meses. Claro que pensó en Vladimir; siempre lo tenía en su corazón. Pero no disponía de mucho tiempo para suspirar por él. Y él también tenía trabajo. Todo parecía que marchaba bien. Estaba en buenas relaciones con el Ejecutivo.

Inesperadamente, Vladimir sorprendió a Vasya en su sotabanco. Había sido herido en una refriega durante la retirada. Nada serio; sólo necesitaba descanso. Le dieron permiso y venía a pasarlo con su mujer. Vasya se alegró. Sin embargo, no pudo menos de pensar: "¿Por qué precisamente en este momento? ¿No podría haber sido dos meses antes o un mes después?" ¡Vasya estaba tan preocupada y tan abrumada de trabajo! Se celebraba entonces un Congreso y el Comité de Viviendas estaba reorganizándose. Además, ella luchaba por su comuna. Era imposible decir cuándo terminaría el trabajo. Y ahora Volodya estaba allí, herido, necesitando cuidados. ¿Cómo se iba a arreglar?

Tan preocupada estaba, que realmente no podía ser feliz. Vladimir, por su parte, parecía encantado, como un chiquillo. Le había traído un par de zapatos, cumpliendo la promesa que le hizo el primer día que Vasya llegó a su casa. "Póntelos, Vasya, quiero ver cómo le están a tus piececitos de muñeca." Vassilissa no tenía tiempo. Tenía que acudir a una reunión del Comité de Viviendas. Pero no quería lastimar a Vladimir.

Se los puso, y sintió que reconocía sus pies por primera vez en la vida. Verdaderamente parecían los de una muñeca.

Radiante de gozo miró a Volodya, tanto que se olvidó de darle las gracias. "¡Cómo me gustaría cogerte en brazos, Vasyutka! Pero no puedo por la mano. Adoro tus piececitos y tus ojos castaños.

Vladimir estaba contento, excitado y feliz. Hablaba y bromeaba.

Pero Vasya, que debía estar en la reunión ya hacía mucho, escuchaba sólo a medias. A hurtadillas miraba al despertador colocado al lado del pequeño espejo de su tocador. Los minutos pasaban velozmente. La estarían aguardando impacientes. Estaba haciendo esperar a todo el mundo y no estaba bien que el presidente llegase tarde.

Vassilissa regresó tarde a su casa; era ya casi de noche. Estaba cansada y preocupada, porque habían ocurrido incidentes desagradables.

Al subir la escalera de su sotabanco pensó: "Es bueno, después de todo, tener aquí a Volodya. Podré contarle todas mis contrariedades." Cuando entró en su habitación, Volodya no estaba allí. ¿Dónde podría estar? Allí estaba su gorra, y su abrigo estaba colgado en su sitio.

Habría salido un momento. Vasya puso en orden el cuarto y la tetera en el hornillo de petróleo. Pero Volodya no volvía. ¿Dónde estaría? Salió al pasillo y no le vio. Esperó, comenzó a inquietarse. De nuevo salió al pasillo. Allí estaba Vladimir, saliendo de la habitación de los Fedosseyevs. Se reían y se despedían como los mejores amigos del mundo. ¿Por qué se había ido con ellos Volodya? Bien sabía su hipocresía.

"¡Al fin has vuelto, Vasya! Tu jaula me deprimía tanto que estaba a punto de ahorcarme. ¡Completamente solo durante todo el interminable día! Me alegré encontrar al compañero Fedosseyev, que me llevó con él."

"No tengas nada que ver con ellos, Volodya. Ya sabes que están siempre urdiendo algo."

"¿Querrás que me muera de aburrimiento en tu jaula? No te vayas durante todo el día y no me iré con los Fedosseyevs."

"Pero tengo mucho que hacer. Hubiera querido volver más pronto a casa, pero no puedo. Es imposible."

"Ya sé que estás muy ocupada. Pero ¿no lo arreglé yo para estar velándote por las noches cuando tenías el tifus? Y también durante el día me escapaba para ver cómo estabas. He venido a verte, Vasya, con permiso por enfermo. Todavía tengo fiebre."

Vasya oyó reproches en su voz. Estaba ofendido porque ella había estado todo el día fuera. Pero ¿qué podía hacer? Tenía que reorganizar su departamento y el próximo Congreso.

"Veo que no te alegras de tenerme", dijo Vladimir. "No creí encontrarte así."

"¿Cómo puedes decir eso? ¿Que no estoy alegre?

¿Yo? Vida mía, mi amor, corazón mío."

Se echó en sus brazos, casi tirando la lámpara de petróleo.

"Así, así. Ya estaba a punto de pensar que no me querías. Que tenías a otro. ¡Parecías tan fría, tan indiferente! Hasta tus ojos parecían extraños, sin dulzura."

"¡Estoy tan cansada, Volodya! ¡No me quedan ya fuerzas**!**"

"Eres mi amor, mi querida muchachita." Estrechándola contra él, Vladimir la besaba.

De esta suerte vivieron juntos en su "jaula" del sotabanco. Al principio se arreglaron. Aunque para Vasya resultaba difícil dedicarse al trabajo y a su hombre, era feliz a pesar de todo.

Siempre tenía con quién hablar, quien la aconsejase, quien la comprendiese cuando se desanimaba, quien la ayudase en sus planes para lo futuro.

Pero el cuidado de la casa era un estorbo. Vladimir, en el frente, se había acostumbrado a la buena comida. ¿Y la cocina de Vassilissa? Compraba la comida de la cocina pública. No tenía azúcar para el té. Solamente azúcar candi. Los primeros días vivieron con comestibles que Vladimir había traído.

"Te he traído algunas cosas de comer: harina, azúcar, embutido, porque sé que vives como un gorrión bajo el alero, sin un bocado para comer en casa." Cuando se terminaron las provisiones de Volodya, no tuvieron más remedio que proveerse de la cocina pública. Y a Volodya no le gustaba. Refunfuñaba. ¿Es que siempre me vas a alimentar con mijo? Yo no soy un gallo. "No podemos tener otra cosa. Tengo que vivir de mi ración." "Pero ¿qué estás diciendo? Los Fedosseyevs no tienen más que tú y ayer me sirvieron una comida de verdad y muy buena. Patatas fritas, arenque y cebollas."

"La Fedosseyev tiene tiempo para guisar. Pero yo, ¿no ves que me estoy matando atendiendo solamente a mis asuntos?

"Te has metido en demasiadas cosas. Ahí está el problema. ¿Por qué te molestas por esta comuna? Los Fedosseyevs estaban diciendo que..."

"Sé lo que los Fedosseyevs dicen", contestó Vasya, herida al ver a Vladimir en relación con sus enemigos. "Y tú no te portas como un compañero cuando les escuchas y te unes a ellos en contra mía."

Riñeron. Los dos perdieron la calma. Después se avergonzaron de sí mismos e hicieron las paces. Vasya, sin embargo, estaba preocupada por su falta de habilidad para atender mejor a su hombre. El había venido herido a unirse con ella y Vasya le había ofrecido comida de la cocina pública. En otra ocasión, él había sabido cuidarla mejor y además le había traído un par de zapatos.

Le dolía ver que Volodya no comía nada. Se tragaba dos o tres cucharadas de sopa y apartaba el plato. "Haz té y procura conseguir pan de alguna manera. Yo te enviaré después del frente harina para que la puedas devolver."

Era imposible continuar así. Ella tenía que encontrar alguna solución y Vasya se apresuró a ir a la reunión. Pero su cabeza era un revoltijo de resoluciones. ¿Qué le daría a Volodya para cenar? Si siquiera tuviera tiempo encontraría una salida, pensaría y prepararía algo.

Se alegró cuando en el camino encontró a su prima. Precisamente en el momento oportuno. La prima tenía una hija, una muchacha viva, capaz, que acababa de salir de la escuela. Ahora vivía con sus padres y no tenía ocupación definida, sino que ayudaba a su madre en el arreglo de la casa. Su nombre era Styosha. No hubo ninguna dificultad en el arreglo. Styosha pasaría el día con ellos, atendiendo a los quehaceres domésticos. En cambio, Vasya compartiría su "payok" con su prima. Con un peso menos en su mente, Vasya se fue corriendo a la reunión. Desde mañana Volodya tendría comidas decentes.

Styosha resultó dispuesta. Y se entendía bien con Volodya. Arreglaban la casa juntos, cambiaban algunas de sus provisiones, al mismo tiempo que Volodya recibía muchas cosas del Sindicato, en recuerdo de los tiempos pasados. Vasya estaba contenta. Volodya ya no se quejaba de la comida. Pero ahora tenía otro agravio contra ella.

"Te cuidas de todo el mundo, pero yo no significo nada para ti."

Otra vez Vasya estaba angustiada. ¿Por qué había llegado en aquella época tan febril? Intentó explicárselo a Vladimir. Pero él estaba enfadado y no lo quería comprender.

"¡Te has vuelto tan fría, Vasya! Te has olvidado hasta de besar." "¡Estoy tan cansada, Volodya! Toda mi energía ha desaparecido." Esta era toda su excusa.

Pero Volodya estaba enfadado. La misma Vasya se daba cuenta de que las cosas no podían continuar de aquel modo. Su amado había venido a visitarla después de una ausencia sin fin y ella estaba todo el día trabajando, volviendo tarde por la noche, muerta de cansancio, casi sin fuerzas para desplomarse en la cama. ¡Cómo podía pensar en besar!

Pasaron incidentes dolorosos. Una noche, Volodya comenzó a acariciarla, pero ella se quedó dormida en cuanto su cabeza cayó sobre la almohada.

A la mañana siguiente, Vladimir le gastó bromas. ¡Qué gracia tenía acariciar, mimar a un cuerpo sin vida! Se reía, pero Vasya comprendió que estaba ofendido. Ella también se sentía desgraciada, porque creía que tenía la culpa. El podía creer realmente que ya no le quería. Pero ¿de dónde sacar energía para todo?

Un día Vasya volvió a casa más temprano que de costumbre.

Vladimir estaba preparando él solo la cena.

"¿Qué pasa? ¿Dónde está Styosha?"

"Tu Styosha es un pequeño demonio. La he echado. Si se atreve a presentarse aquí otra vez, la tiro escaleras abajo."

"¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho?"

"Debes creerme: es un demonio. No tengo que contarte toda la historia. Sólo conseguiría excitarte. Es una criatura vulgar, obscena. No quiero ver ni señales de ella por aquí."

Vasya comprendió que estaba furioso contra Styosha y decidió no hacer más preguntas. Pensó que probablemente había robado algo. Eso pasaba a menudo, y Vladimir era muy severo con sus cosas. A pesar de que era muy generoso y siempre estaba dispuesto a compartir lo que tenía con sus compañeros, tenía instinto de posesión. ¡Que alguien se atreviese a coger algo sin su permiso! Nunca se lo perdonaría.

"Pero ¿qué va a ser de nuestro arreglo de casa?"

"¡Que se vaya al diablo la casa! Me iré al hotel. He encontrado algunos amigos. No me moriré de hambre."

Styosha fue a ver a Vasya al Comité de Viviendas, a pedirle su "payok".

"Styosha, ¿qué ha pasado entre tú y Vladimir Ivanovitch? ¿Qué hiciste?"

"Nada, no hice nada." Los ojos de Styosha llameaban al mismo tiempo que se sujetaba más firmemente la peineta en el pelo. "Tu Vladimir Ivanovitch siempre fue atrevido conmigo. Así es que le di un bofetón bueno y merecido. Echó sangre por un buen rato. Y ya no le quedarán ganas otra vez."

"No seas tonta, Styosha. Vladimir no hacía más que jugar contigo."

Vasya quería permanecer tranquila, pero la cabeza le daba vueltas.

"¡Bonito juego el suyo! ¡Si me echó contra la cama! Menos mal que yo soy fuerte. Y nadie puede poseerme contra mi voluntad.

Vasya trató de convencer a Styosha de que todo había sido jugando, por broma, y que ahora Vladimir Ivanovitch estaba realmente enfadado con ella. Pero Styosha no se convenció. Además, ¿qué más daba una cosa que otra? Nunca más cruzaría aquel umbral.

El corazón de Vasya estaba lleno de melancolía. No acusaba a Volodya, ni se sentía herida. Ella era la culpable. ¿Por qué era tan fría? Había ofendido a Volodya. El probablemente creía que ya no le quería. Pero aquello era obsceno. ¿Cómo se había atrevido a tocar a aquella niña? Sytosha apenas había salido de la infancia. Menos mal que ya conocía la vida. ¿Qué hubiera pasado si no? Este incidente agobiaba la mente de Vasya. No sabía si decirle a Vladimir que lo sabía todo o permanecer callada.

Pero Vasya no tuvo ya ocasión de hablar con Vladimir. El nuevo estado de cosas comenzó. Vladimir buscó a sus antiguos amigos, los empleados del Sindicato. Desaparecía durante varios días. No se veían nunca. Por la mañana, cuando Vasya se marchaba al Comité de Viviendas, Volodya dormía aún profundamente. Cuando ella volvía durante el día, no estaba ya allí. Cuando regresaba a casa por las noches, el sotabanco estaba todavía vacío.

Vasya se ponía nerviosa. No sabía si acostarse o esperarle para tomar el té juntos. Calentaba su cena en la lámpara de petróleo, arreglaba sus papeles para el día siguiente y escuchaba los pasos que sonaban en el corredor. "No, esos no son los de Vladimir." Apagaba el fuego por economía; recogía los papeles otra vez. Preparaba los informes; clasificaba las peticiones. Alguien subía muy deprisa la escalera. ¿Sería él? No, no era Vladimir.

Vasya se iba al fin sola a la cama y pronto se dormía, con sueño de extenuación. Pero aun en sueños atendía. ¡Era tan frío y triste el sotabanco sin él!

Algunas veces, él estaba alegre cuando regresaba a casa. Despertaba a Vasya y la acariciaba. Estaba ansioso de contárselo todo; tenía miles de proyectos en la imaginación. Entonces Vasya se sentía tan feliz, tan contenta, que todas sus penas habían desaparecido.

Otras veces Vladimir no estaba completamente sereno cuando regresaba; andaba pesadamente, mirando en derredor con sus ojos claros. En estas ocasiones le remordía la concienciar pero culpaba a Vasya también. ¡Qué vida! ¡En una jaula, bajo el tejado! ¡Ningún placer, ninguna diversión: una mujer, y, sin embargo, no la gozaba! ¡Y no tenía hijos!

Era lo que más hería a Vasya. Aunque no quería tener hijos, deseaba tener uno para complacer a Vladimir. Pero esto parecía imposible. Nunca quedaba embarazada. Otras mujeres lloraban y se lamentaban porque no podían evitar la lluvia de hijos. Pero parecía que a ella, a Vasya, le estaban negadas las alegrías de la maternidad.

"Anemia", opinaba el doctor. Para animar a Vasya, Vladimir decidió llevarla al teatro; compró los billetes.

Vasya llegó a casa a la hora fijada. Vladimir se componía ante el espejo. Se había puesto su traje nuevo, y parecía otra vez "un señor". Vasya le gastaba bromas y se reía; pero adoraba a su hombre, tan guapo.

"Y tú, ¿qué vas a ponerte?", dijo mirándola con ansiedad. "¿No tienes un vestido de domingo?"

Vasya se echó a reír otra vez. ¿Qué quería decir con un "vestido de domingo"? Debía de haber aprendido aquello en los Estados Unidos, donde la gente se viste de una manera distinta todos los días. Se pondría una blusa limpia y los zapatos nuevos que Volodya le había traído. Eran sus únicos lujos.

Vladimir se enfadó. La riñó de tal modo que tuvo miedo.

"¿Crees que la gente sólo te mirará a los pies en el

teatro? ¿Crees que tus vestidos pueden ser de tela de saco?" "No comprendo por qué te enfadas así, Volodya". "¡Cómo no voy a enfadarme con los organizadores que tenemos! Han arreglado nuestras vidas como si estuviéramos en una cárcel. Mírate a ti; no gozas de ninguna diversión, ni tienes casa de verdad, ni siquiera un vestido decente. Tienes que vivir en una cueva, beber agua, comer desperdicios y llevar trajes ordinarios. ¡Cuando no tenía trabajo en los Estados Unidos vivía mejor!" "No se puede tener todo de una vez. Ya sabes... el derrumbamiento..."

"No me hables del derrumbamiento. ¡Qué clase de organizadores tenemos! Lo han destruido todo con sus propias manos; pero si alguien quiere hacer algo constructivo, gritan: "¿Queréis convertiros en burshuis? ¡Arriba las manos!" "No, no sabéis vivir. Por eso todo se hace pedazos. ¡Yo estoy convencido de que no hice la Revolución para llevar esta vida!

"¿Qué dices? La Revolución no se hizo para nosotros."

"¿Para quién, entonces?"

"Para todo el mundo."

"¿También para los burshuis?"

"¡No seas tonto! Claro que no se hizo para los burgueses. Se hizo para los obreros, para el proletariado."

"¿Y qué crees tú que somos nosotros? ¿No somos trabajadores, no somos proletarios?

Discutieron, discutieron tanto que casi llegaron tarde al teatro.

Iban a través de las calles; Vladimir delante, silencioso, dando tan grandes pasos que Vasya apenas podía seguirle.

"No corras tanto, Volodya. No puedo respirar."

Se paró de repente y esperó. Después continuó andando despacio, pero sin querer dirigirle la palabra.

En el teatro, Vladimir encontró algunos amigos, con los cuales pasó los entreactos. Y Vasya se quedó en su asiento sola...

El teatro no le produjo ningún placer. ¿Por qué habría malgastado la noche? Ahora tendría que trabajar el doble a la mañana siguiente.

El Congreso se inauguró poco antes de la marcha de Vladimir. Asistió a él, aunque no era delegado. Hubo discusiones acaloradas; se formaron varias tendencias. Vladimir estaba al lado de Vasya. Abandonó a sus amigos y trabajó por el grupo de ella con toda su alma.

Vasya y Vladimir eran ahora inseparables. Iban y volvían juntos del Congreso y en casa discutían su punto de vista. El cuarto de Vasya estaba siempre lleno de compañeros pertenecientes a su grupo. Allí redactaban las resoluciones. Vladimir las escribía en una máquina que había conseguido. Todo el mundo trabajaba febrilmente. Se excitaban, reñían; después volvían a reír, sin más motivo que su juventud. Amaban la lucha por la lucha misma. Les hacía olvidar todas sus contrariedades.

Estéfano Alexeyevitch estaba allí también, sentado a la mesa, acariciándose su fina barba gris. Sus ojos geniales, aniñados, observaban la juventud. Vassilissa siempre estaba cuchicheando con él. La alababa mucho, la colocaba muy alto, diciendo que estaba por encima de lo corriente. Pero parecía bastante frío con respecto a Vladimir. A Vasya le daba tristeza presenciar esto. ¿Por qué esa actitud? Vladimir, a su manera, también parecía tenerlo a distancia. "Tu Estéfano Alexeyevitch es demasiado suave para mí. Huele a incienso. No es un luchador comunista. No es más que un adulador."

La tendencia de Vasya fue derrotada. Pero había obtenido más votos de los que ella esperaba. Eso también era una victoria.

Al aproximarse la clausura del Congreso, se acercaba también la marcha de Vladimir. Otra vez Vasya tenía que partirse en dos. Tenía que equiparle para su viaje, y el Congreso aún continuaba.

Pero en el fondo de su corazón Vasya estaba contenta. Una vez más había sentido que su hombre no era sólo el amante, sino el amigo. Estaba orgullosa de él porque había sido de gran ayuda a su grupo. Los compañeros no querían que se marchase.

"Adiós, Vasya mía; mi gorrión se queda solito otra vez bajo el alero. Ahora ya no tendrá a nadie a quien contarle sus penas. Pero, en cambio, nadie te estorbará en tu trabajo."

"¿Me has estorbado acaso alguna vez?" Y le abrazaba y acariciaba.

"¿No te has dicho alguna vez que tu hombre te ocupaba todo el tiempo? ¿No te quejabas por el arreglo de la casa?"

"¡Oh, no hables de eso! Es mucho peor no tenerte."

Y apoyó su cabeza sobre el pecho de él.

"Tú no eres sólo mi amor, sino mi compañero. ¡Por eso te adoro!

Se despidieron tiernamente como los mejores amigos del mundo.

Después de ir a despedir a Vladimir, se dio prisa a volver al Congreso. Iba pensativa. A pesar de lo bueno que era estar juntos, uno estaba mejor solo. La presencia de nuestro amor nos distrae de nuestros pensamientos y nuestro trabajo no progresa.

Ahora podría consagrarse por entero a su trabajo. Trabajar y descansar. No había dormido nunca lo suficiente mientras él había estado a su lado.

"¿Has ido a despedir a tu marido?, le preguntó Estéfano Alexeyevitch en el Congreso.

"Sí, Vladimir se ha ido."

"Mejor para ti. No hacía nada más que hacerte contraer deudas."

Vasya se quedó sorprendida. ¿Cómo lo sabía Estéfano Alexeyevitch? Pero no contestó. Si lo admitiese, el prestigio de su amado podría sufrir.

CAPITULO VI

El tren llegaba por la mañana. Vassilissa se levantó con el primer resplandor de la aurora. Recogió sus cosas y se vistió para gustar a su Volodya. Habían sido muy duros aquellos siete meses de separación.

Vassilissa estaba alegre, feliz, gozosa. Sentía en el aire la primavera. La muchacha de la "Nep" estaba todavía en la cama, acostada y mirándose en el espejo de mano. Pero Vasya ya se había lavado, peinado cuidadosamente y puesto el vestido nuevo que le había hecho Grusha. Se miró en el espejo de la pared. Sólo se vió los ojos. Brillaban tanto que toda su cara parecía hermosa.

Todo estaba bien. Esta vez Vladimir no la sermonearía por ir "vestida con trapos".

Una estación. Vassilissa se asomó a la ventanilla. Era muy temprano; pero el sol brillaba. Allá, en el norte, casi no se notaba que hubiese llegado la primavera. Pero aquí todo florecía. Los árboles también estaban cuajados de flores. Arboles extraños, raros. Las hojas como las del aliso negro, pero de color más delicado, y las ramas cubiertas de flores blancas que se parecían a las lilas, pero que no lo eran. Su perfume suave y delicado penetraba por la ventanilla.

- ¿Cómo se llama ese árbol? -preguntó Vasya al conductor-. En mi país no los hay.

- Acacias blancas.

- ¿Acacias blancas? Son bonitos.

El conductor rompió algunas ramas y se las alargó.

- ¡Qué aroma tan dulce!

Y Vasya se sentía tan feliz que casi se le saltaban las lágrimas. ¡Todo lo que la rodeaba era tan hermoso, tan encantador! Pero lo más importante era: "¡Dentro de una hora veré a Volodya!"

- ¿Llegaremos pronto? -preguntó dirigiéndose de nuevo al conductor. A ella le parecía que el tren ni se movía. Se había parado otra vez en un apartadero. Por fin continuó su marcha.

Ya se divisaba la ciudad. Las catedrales, las barracas, los suburbios. Los andenes de la estación. Pero, ¿dónde estaba Volodya? ¿Dónde?

Vasya se asomaba por la ventanilla abierta. Volodya, que había subido al coche por el otro extremo, la abrazó.

- ¡Ay, Volodya, cómo me has asustado! -Se besaron.

- Pronto, déjame que coja tus cosas. Este es nuestro secretario. Haz el favor de cogerlo todo, Iván Ivanovitch. Vamos al auto. Tengo un par de caballos, Vasya, una vaca y un auto. Y pienso tener cerditos. Tenemos mucho sitio; es una verdadera granja. Ya verás, vivirás como la señora de la casa solariega. Las cosas marchan bien. No hace mucho abrimos una sucursal en Moscú.

Vladimir hablaba, hablaba. No podía contarle bastante deprisa las cosas en las que estaba ocupado, que llenaban todo su pensamiento. Sentada en el auto, Vasya escuchaba. Y aunque tenía gran interés en todo lo que Volodya decía, hubiera preferido que hablasen de sus cosas; saber cómo se las había arreglado sin ella. ¿La había echado mucho de menos? ¿La había esperado con ansiedad?

Llegaron a la casa. Un hotelito individual con jardín.

Un muchacho barbilampiño, un botones, con una gorra galoneada, estaba de guardia a la puerta. Les ayudó a bajar del coche.

- Vamos a ver, Vasya, si te gusta nuestra casa. Veremos si la encuentras mejor que tu jaula bajo el tejado.

Alfombras en las escaleras; un espejo. Un salón para recibir. Vasya se quitó el sombrero y dejó caer el abrigo. Sofás, alfombras. En el comedor un reloj enorme. En marcos dorados varias naturalezas muertas. Astas de venados en las paredes.

- Bueno, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

Vladimir estaba radiante de orgullo.

- Me gusta -replicó Vasya, bastante insegura mirando alrededor. No sabía ella misma si le interesaba. ¡Todo era tan extraño, tan poco familiar!

- Y este es nuestro dormitorio -dijo Vladimir abriendo con orgullo la puerta de par en par.

Dos ventanas se abrían sobre el jardín. Esto encantó a Vasya inmediatamente.

- ¡Arboles! -gritó entusiasmada-. ¡Acacias blancas!

Y se dirigió a la ventana.

- Mira antes el cuarto. Ya tendrás tiempo de sobra para correr por el jardín. ¿No es bonito lo que he preparado para ti? Yo mismo he elegido y arreglado cada una de las cosas. Y te he esperado desde el momento que me mudé aquí.

- Gracias, vida mía.

Vasya se estiró para besar a Volodya. Pero él pareció no verlo; la cogió por los hombros y la hizo volverse de modo que se mirase en el gran espejo del ropero.

- Mira qué cómodo es. Cuando uno se viste se puede ver desde los pies a la cabeza en el espejo. Tiene estantes dentro para tu ropa interior, para tus sombreros, para todas tus chucherías.

- ¿Pero cuántos sombreros y chucherías crees que tengo? ¡Has dado en el clavo! -dijo riendo Vasya.

Volodya continuó:

- ¿Quieres fijarte en la cama? La colcha de seda me costó mucho encontrarla. Me pertenece; no me la dieron entre mis enseres. Y mira una lámpara rosa para por las noches.

Vladimir le mostró todo, haciéndola fijarse en cada detalle, gozoso como un niño.

- ¿Qué? ¿No he preparado un nidito mono para mi chiquilla?

Vasya escuchaba, sonriendo a su felicidad; pero todavía no se sentía en su casa. No lo podía negar; las habitaciones eran bonitas, espléndidas. Alfombras, cortinas, espejos. Pero no íntimas. Como si hubiese entrado en una casa que no fuese la suya. Las cosas no eran las que Vasya necesitaba. No había mesas donde desparramar sus libros y papeles. Sólo una cosa le gustaba de verdad; que desde las ventanas que daban al jardín podía ver acacias blancas.

- Arréglate ahora; enseguida almorzaremos -dijo Vladimir, yendo a las ventanas para bajar los trasparentes.

- ¿Por qué haces eso? -objetó Vasya-. ¡Es tan bonito ver el jardín!

- No puede ser. Las cortinas tienen que echarse de día, porque si no la tapicería se descolora.

Abajo fueron los verdes trasparentes; como fuertes párpados, escondieron el jardín, que se asomaba brillando por la ventana. Y el cuarto quedó gris, monótono, aún menos íntimo. Vasya se lavó las manos y se peinó los rizos ante el espejo.

- ¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Te has mandado hacer un vestido con la tela que te envié?

- Sí, claro...

Vasya levantó la vista, mirando a Volodya interrogativamente, esperando una palabra de aprobación.

- Déjame que te mire.

Dio la vuelta alrededor de ella. Por su expresión comprendió Vasya que no le gustaba.

- ¿Cómo se te ha podido ocurrir fruncir toda esa tela en las caderas? Tienes el cuerpo delgado, precisamente lo mejor para las modas que ahora se estilan. ¿Quién te ha hecho esa cosa tan horrible?

Vasya, avergonzada, se puso roja hasta la raíz de sus cabellos. Se sentía culpable.

- ¿Por qué es tan horrible? Grusha dice que es lo que se lleva ahora.

- ¡Qué sabe Grusha de eso! Ha estropeado la tela. Pareces la mujer de un pope. Mejor es que te quites ese vestido y te pongas la falda de diario. Así parecerás más tú. Con ese traje no eres ni pescado, ni carne, ni ave.

Volodya no vio la desilusión de la cara de Vasya. Se fue al comedor a ver si estaba preparado el desayuno.

Con el corazón oprimido, se quitó Vasya la obra de Grusha, apresurándose a ponerse su usada falda y la blusa con el cinturón de cuero.

No estaba nada alegre. Dos pequeñas lágrimas cayeron sobre la gastada blusa. Se secaron rápidamente. Y en los ojos de Vasya había una desagradable frialdad...

La "ama de llaves del patrono" fue a cumplimentarla durante el desayuno. Se llamaba María Semyonovna. Una mujer de edad madura, robusta, de aspecto respetable.

Vasya le tendió la mano.

- Eso no era necesario -dijo Vladimir después que María Semyonovna abandonó el comedor-. Si no te portas como la señora de la casa te perderán el respeto.

Vasya le miró con asombro.

- ¡No sé por qué!

Volodya sirvió el desayuno a Vasya. Pero ésta no tenía apetito; no se encontraba en su centro.

- Mira el mantel de hilo de Morosov. Las servilletas tienen el mismo dibujo. Pero he dicho que no las pusieran; cuestan demasiado lavarlas.

- ¿De dónde sacaste todas esas cosas? ¿Has comprado de verdad todo esto?

Vasya miraba escrutadoramente a Vladimir.

- Vasya, ¿sabes lo que todos estos muebles costarían hoy día? ¡Millones! ¿Cómo puedes pensar seriamente que mi sueldo de director me permita comprar todos estos lujos? Todas esas cosas me han sido proporcionadas. Tuve bastante suerte de llegar cuando era posible, y con la ayuda de unos cuantos amigos conseguí todos estos muebles de las autoridades. Ahora ya no lo permiten. Nadie puede actualmente amueblar una casa como esta. A menos que lo paguen al contado. Además, yo he comprado muchas otras cosas por mi propia cuenta durante el invierno; el armario de luna del dormitorio, la colcha de seda, la lámpara de la sala...

Vladimir lo enumeraba todo contento, alegremente.

Los ojos de Vasya, cada vez más fríos, brillaban de cólera. No parecían ya castaños, sino verdes como los ojos de un gato.

- ¿Y cuánto te han costado todas estas cosas tan espléndidas?

La voz de Vasya temblaba. Vladimir no lo notó y continuó comiendo una chuleta y bebiendo cerveza.

- Bueno, si se calcula el total de todo lo que he comprado a crédito, según el sistema de plazos, sube a...

Despacio, como para causar impresión a Vasya, Vladimir dio una suma considerable. Levantando sus ojos, llenos de gozo, hasta su cara parecía querer decirle: "¡Qué hombre más bueno soy!"

- Vasya, ¿qué te pasa?

Se había levantado como si la pinchasen y estaba ante él.

- ¿De dónde has sacado el dinero? ¿De dónde? Dímelo enseguida.

- ¿Qué te pasa, Vasya? Cálmate. ¡No irás a creer que lo he conseguido por malos procedimientos! ¿O es que no sabes nada del valor del dinero? Compáralo con mi salario y verás.

Le explicó la cantidad de su sueldo mensual y el tanto por ciento que recibía por las ganancias.

- ¿Ese es tu sueldo? ¿Tu sueldo mensual? Pero ¿cómo te atreves tú, un comunista, a gastarlo en tales tonterías? ¡Y cada vez mayor pobreza! ¡A tu derredor

miseria y hambre! ¿No habrás hecho algo que no debías para llegar a ser director?

Los ojos verdes, furiosos, de Vasya se acercaron aún más a Vladimir.

- Bien, señor director; al menos podrás contestarme, ¿serás bastante amable que me contestes?

Vladimir no se dio por vencido, queriendo volver a la razón a Vasya, convencerla por las buenas. Se echó a reír.

- Vives como un gorrión bajo el alero y no sabes el valor del dinero. Hay aún otros que ganan mucho más y viven mucho mejor. Con verdadera elegancia.

Pero a Vasya no era fácil vencerla con palabras.

Estaba decidida a exigirle cuentas. ¿Por qué no vivía como un comunista? ¿Por qué tiraba el dinero en simplezas mientras la pobreza y el hambre crecían a su alrededor?

Vladimir se dio cuenta de que no la podía convencer de aquella manera. Intentaría otra. Probaría a darle una explicación política. Todo eso no era más que parte de su cargo de director. Instrucciones de la dirección general. Lo principal era hacer todo lo que pudiera para que el negocio floreciese, para que aumentasen las ganancias de su Compañía. Y esto era su punto más fundamental. Vasya debía esperar hasta que viese lo que había hecho en un año. Todo había sido edificado en un lugar desierto; había aumentado la producción total, de manera que ahora todo el monopolio dependía de su superintendencia. Lo vería con sus propios ojos. Aunque "vivía como una persona", se preocupaba de cada uno de sus empleados, hasta del más humilde obrero de embarque. En cuanto ella echase una ojeada a todo, pensaría de modo diferente. Pero lo que no podía nunca esperar era que su amiga Vasya, su mujer, su compañera, fuese a engrosar el coro de sus enemigos. Así era muy difícil trabajar. Había dado toda su energía a la causa, y este era su pago. Hasta su mujer se ponía contra él, queriendo acusarle. Vladimir estaba ofendido y furioso. Sus ojos eran los de un lobo rabioso. Echaban fuego a Vasya como si quisieran quemarla por su sospecha, por su acusación.

Vasya escuchaba pensativa. Pudiera ser que estuviese en lo cierto. Todo era completamente distinto ahora. Lo más importante era que sus cuentas estuviesen claras y el trabajo hecho. La riqueza nacional tenía que ser aumentada. Ella no discutía más.

- Entonces, ¿por qué compro algunas cosas y quiero arreglar mi casa? ¿Es que tengo que vivir toda mi vida en comunas? ¿Y por qué estamos peor que los obreros norteamericanos? Debías de ver cómo viven allí. Tienen su piano, su Ford y su bicicleta.

Entretanto, la servicial María Cemyoriovna había entrado en el comedor varias veces. Quería servir la comida y vio que aquella pareja reñía en el momento que se reunían. Así pasaba con la "gente distinguida" de verdad, a la que había servido antes de la Revolución. Aquéllos y los comunistas, todos eran iguales. Sólo que aquello era malo para la comida, que se estropearía de tanto esperar.

Vladimir llevó a Vasya a todos los sitios. Le enseñó las oficinas, los almacenes, los pabellones. La llevó también al departamento de contabilidad.

- Echa una mirada a nuestros libros; no encontrarás en ningún sitio este sistema de llevar las cuentas. Fíjate qué magníficamente lo he organizado todo y dime, entonces, que no sirvo para nada.

Dijo a los empleados de contabilidad que explicasen a Vasya el principio de su sistema, que era sencillo, pero exacto. Había recibido la aprobación de la dirección general.

Vasya escuchaba, aunque no podía comprenderlo todo. Vio que trabajaban con ahínco y que les gustaba su trabajo. Volodya también estaba metido en él en cuerpo y alma. La llevó a las casas de los empleados, y con toda intención preguntó a las mujeres si estaban satisfechas. Miraba a Vasya triunfalmente. Todo el mundo decía lo mismo: "¿Que si estaban satisfechos? En éstos tiempos no se podía estar mejor. Debemos nuestra vida a tu ayuda, Vladimir Ivanovitch."

- ¡Ahí tienes! ¡Y me acusabas de derrochador! Créeme, lo primero de que me ocupo es de los empleados. Les he dado todo cuanto he podido. Y sólo entonces he pensado en mí. Ya ves cómo viven. Los obreros están tan bien como los empleados. He hecho especiales esfuerzos a su favor. De verdad que he hecho todo cuanto he podido.

- Está muy bien que tú hayas hecho todo eso. Pero ¿y ellos? ¿Qué han hecho para ellos mismos?

- ¡Qué ideas más raras tienes, Vasya! ¿No tenemos los mismos intereses ellos y yo? Antes, claro está, el patrono estaba a un lado y los obreros en otro. Pero ahora, no; por lo menos aquí.

Bromeaba, y, sin embargo, Vasya sentía que Vladimir no estaba complacido y que ella le había ofendido. Se pasó el día hablando de todos los edificios de la fábrica. Vasya estaba rendida. Le latían las sienes; sentía una punzada en el costado; le dolía la espalda. ¡Si pudiera irse a casa, acostarse y dormir! Su cabeza oía todavía el traqueteo de las ruedas del tren. Pero Volodya le acababa de decir que tenían convidados a cenar; tenía que recibirlos.

Llegaron a casa; entraron en el recibimiento. El "botones" abrió la puerta y permaneció en el sitio como si esperase alguna orden. Al verle, Vladimir sacó del bolsillo su libro de notas, escribió unas palabras y dio el papel al muchacho.

- Date prisa, Vasya, no llegues tarde. La contestación me la entregas a mí en persona. ¿Comprendes?

Se volvió hacia Vasya, mirándola con expresión extraña, mitad culpable, mitad escudriñadora.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué abres los ojos así?

Su voz sonaba algo insegura.

- No me pasa nada. Es que... oye, ¿el botones se llama también Vasya?

- Sí; ¿qué, no te gusta que haya dos Vasyas en mi casa? ¡Quién se lo podía imaginar! Tienes celos. Pero no te preocupes. Otra Vasya como tú no la hay en el mundo.

Cariñosamente la abrazó, se miró en sus ojos y la besó. Era la primera vez en todo el día que la acariciaba. Cogidos del brazo, pasaron al dormitorio.

Los convidados llegaron: Savelyev e Iván Ivanovitch, el secretario de la Administración. Savelyev era un hombre alto, enjuto. Llevaba un traje gris. El pelo fino, cuidadosamente peinado; en uno de sus dedos brillaba una sortija de sello. Vivo, con ojos algo astutos y una sonrisa desagradable sobre su boca afeitada. Parecía que lo inspeccionaba todo y que todo le era indiferente mientras no le perjudicasen. Por lo menos así le pareció a Vasya.

Cuando la saludó llevó su mano a los labios. Ella la retiró.

- No tengo costumbre de eso.

- Como quieras; pero yo nunca pongo reparos para besar la mano de una mujer joven. Es agradable y el marido no puede sentir celos. ¡Debes ser muy celoso, Vladimir Ivanovitch! ¡Confiésalo!

Mientras hablaba daba palmadas en la espalda de Vladimir. Este se reía.

- Vasya es una esposa modelo; no hay por qué tener celos de ella.

- ¿No sigue el ejemplo del marido?

Savelyev hacía guiños a Vladimir, cuyos ojos se abrieron asustados.

- No creo que nunca haya hecho nada para...

Savelyev le interrumpió:

- No te molestes; ya conocemos lo que sois los hombres casados. Yo también lo he sido. Ahora hago vida de soltero.

A Vasya no le gustó Savelyev. No le gustaba nada. Pero Volodya hablaba con él, como con un amigo, de negocios, de política. Vasya no hubiera discutido de política con un "especulador" como ese; no se hubiera reído con él del presidente del Comité Ejecutivo. Tendría que hablar con Volodya, convencerle para que abandonase aquella amistad.

Bebieron vino en la cena. El secretario, Iván Ivanovitch, lo había traído en una cesta. Parecían preocupados por unas grandes remesas que habían llegado y temían que llegasen demasiado tarde para la feria.

Vasya escuchaba, procurando comprender el significado de todo aquello. Pero le pareció que no era tan importante, como si el objeto principal no debiera ser mencionado. El martilleo de sus sienes le molestaba; le dolían los ojos. ¡Cuándo terminaría la comida!

Inmediatamente después de la cena, Vladimir pidió el auto. Tenía que asistir a una reunión importante sobre la cuestión de las embarcaciones.

- Pero, ¿vas a ir a la reunión esta noche? Debías quedarte con ella, Vladimir Ivanovitch.

Savelyev le miraba con sonrisa maliciosa.

- Imposible -interrumpió Vladimir, encendiendo su cigarrillo con cuidado.

Le gustaría mucho quedarse, pero los negocios...

Savelyev no pudo menos de decir:

- Siempre hay dos modos de ver las cosas.

Y Vasya otra vez pensó que le guiñaba los ojos a Vladimir, riéndose de él. Era un especulador desagradable.

- Si yo estuviera en tu lugar, lo dejaría todo para pasar la primera velada con mi mujer. Los negocios no se van.

Vladimir no contestó, pero cogió enfadado su gorra.

- Bueno; ¿podemos ya irnos, Nikanor Platonovitch?

Salieron. Iván Ivanovitch se fue con ellos. Vasya quedó sola. Sola en aquella casa tan grande, completamente desconocida. Fue a todas las habitaciones. Solitarias, tristes, frías. Estuvo un rato apoyada en la ventana. Después se echó sobre la cama con la colcha de seda y se durmió enseguida. Se despertó sobresaltada. Era de noche. Encendió la lámpara y miró el reloj. Las doce y cuarto. ¿Había dormido tanto tiempo? Más de media noche y Vladimir no había vuelto.

Se levantó, se lavó la cara y fue al comedor.

La mesa estaba puesta; la luz, encendida. La habitación estaba vacía y el resto de la casa a oscuras. Fue a la cocina, donde María Semyonovna ponía en orden sus cacharros.

- ¿No ha vuelto todavía Vladimir Ivanovitch?

- No, todavía no.

- ¿Viene siempre tan tarde de sus reuniones?

- Según.

María Semyonovna era adusta y muy parca de palabras.

- ¿Y tú? ¿Estás esperándole? ¿No te acuestas?

- Vasya y yo nos turnamos. Un día le espera él; otro, yo.

- ¿Tomará algo Vladimir cuando vuelva?

- Si trae convidados me figuro que sí. Si no, se va derecho a su cuarto.

Vasya se quedó un poco más allí, en silencio. Vio que María Semyonovna estaba entretenida en sus cosas y no se ocupaba de ella.

Al volver a su cuarto, Vasya abrió la ventana. Una noche fresca, serena, de primavera. El aire, lleno del penetrante perfume de las acacias. Las ranas croaban muy fuerte, de una manera algo extraña. Al pronto Vasya creyó que eran pájaros nocturnos.

El cielo era oscuro, moteado de infinidad de estrellas titilantes. Vasya contempló el jardín oscuro,

el cielo, las estrellas. Su corazón se calmó. Olvidó a Savelyev, el especulador; olvidó la pena que Vladimir le había causado involuntariamente durante el día. En este momento sentía con toda su alma que había llegado hasta él, a su amado, para ayudarle, para guiarle. El que se asocia con toda la gente de la "Nep" puede apartarse del camino recto. Para esto la había llamado a ella, su amiga, su mujer.

Recordando cómo Vladimir lo había organizado todo, Vasya se sentía orgullosa de él. ¡Qué activo era! Ahora comprendía, veía las cosas bajo otra luz. Todo parecía más claro, más inteligible, más alegre que durante el día.

Vasya estaba tan abstraída en sus pensamientos que no oyó ni llegar el coche, ni los pasos de Vladimir sobre las alfombras. El sonido de su voz la hizo estremecerse.

- ¿Qué estamos pensando tan profundamente, Vasya mía?

Al inclinarse, los ojos de Vladimir brillaban cariñosos y amantes.

- ¡Vida, por fin llegas! ¡Te he esperado tanto tiempo!

Rodeó su cuello con sus brazos. Vladimir la levantó como en los primeros días de su amor y la llevó por toda la habitación como a un niño adorado.

Vasya estaba feliz, contenta. Volodya la quería, la quería siempre. ¿Por qué se había sentido tan herida por la mañana?

Tomaron té juntos, charlando íntima, afectuosamente. Vasya dio su opinión respecto a Savelyev. "Es mejor no ser amigo suyo."

Vladimir no lo negó. Agregó que tampoco sentía respeto hacia él. Pero era útil; todo el negocio hubiera sido imposible sin él. Tenía muchas relaciones de antes y gozaba de la confianza de los compradores; había sido posible ponerse en contacto con ellos gracias a su mediación. Volodya, además, había aprendido mucho de él. Francamente hablando, no valía mucho como hombre. Era un "burshui" genuino; pero en los negocios era indispensable. Por eso Volodya le había defendido, cuando las autoridades más altas, los "superhombres", le habían arrestado. Era, además, muy apreciado en Moscú. Las autoridades locales habían sido llamadas al orden a causa suya.

- Bien; pero, ¿no me escribiste que sus manos no estaban muy limpias?

- ¿Cómo te lo explicaría? Es nuestro representante. Claro que no se olvida de él. Pero no es peor que los otros. Además, los otros dan vueltas sin hacer nada, mientras que él trabaja a conciencia.

Y conoce a fondo su trabajo y le gusta.

Aparte de todo esto, Vladimir prometió, sin embargo, verle menos. El negocio era el negocio; pero no era preciso una amistad.

Habiendo terminado de tomar el té, volvieron, abrazados, al dormitorio. Vladimir oprimió la cabeza de Vasya contra su pecho; besó sus rizos y habló pensativa, tiernamente.

- ¡Mi cabecita adorada! Siempre será mía, ¿no? No existe otro amigo como tú, Vasya. Sólo te quiero a ti, mi Vasya, mi amor adorado.

Vasya se despertó tarde; hacía ya mucho que Vladimir se había ido a trabajar.

Vasya no se sentía bien. Tenía grandes dolores en el costado; se sentía febril y comenzaba a toser. ¿Se habría enfriado en el tren? Aunque hacía un día espléndido de sol, se arropó en un chal. No quería moverse, ni levantarse.

María Semyonovna vino al cuarto; se quedó en la puerta, con los brazos cruzados, como si esperase algo.

- Buenos días, María Semyonovna.

- Buenos días -fue la seca respuesta.

- ¿Qué mandas que se haga para comer? Cuando se marchó Vladimir Ivanovitch dijo que, te ocuparías tú de todo. Tienes convidados.

Vasya se vio perdida. No sabía qué disponer. En su casa, en la comuna, sólo comía lo que el Estado suministraba.

Viendo que Vasya no sabía nada de aquellas cosas, María Semyonovna propuso varios platos. Vasya dijo que sí a todo; pero quiso saber los precios. ¿Costaría muy caro?

- Si quieres comer bien, no puedes hacer economías. No se puede comprar nada sin dinero. Los comunistas han quitado los "payoks".

- ¿Tienes dinero?

- Un poco que sobró de ayer; pero no basta para hoy. La carne es cara y también habrá que comprar manteca.

- ¿No te ha dejado dinero Vladimir?

- No me ha dejado nada. Sólo me ha dicho: "Busca a Vassilissa Dementyevna y que disponga ella."

¿Qué hacer? María Semyonovna estaba allí esperando el dinero y no se iría. Vasya tenía un poco de dinero; pero la casa pronto se lo llevaría y se quedaría sin un céntimo. Esa idea le disgustaba.

- ¿Por qué no me prestas un poco de dinero y luego se lo pediré a Vladimir? -propuso María Semyonovna.

- Tienes razón, no se me había ocurrido.

Y todo quedó arreglado.

Cuando María Semyonovna se fue, Vasya bajó al jardín. Durante un gran rato paseó arriba y abajo de sus veredas hasta que se cansó. ¡Se sentía extenuada! Se echó sobre la cama, cogió un libro para leer, pero se quedó dormida.

Vasya estaba echada sobre la cama. Las mejillas le ardían; su sueño era perturbado por pesadillas atormentadoras. Al despertar miraba con espanto en derredor. ¿Por qué se había dormido? Hubiera sido

mucho mejor ir a ver la ciudad. No había venido a ver a Vladimir para ponerse enferma. Y, sin embargo, no tenía el menor deseo de levantar la cabeza. Cerró los ojos y sus pensamientos se confundieron inmediatamente. No dormía, ni estaba amodorrada. Pero tampoco estaba completamente consciente.

- Vassilissa Dementyevna: Vladimir Ivanovitch vendrá a cenar dentro de poco. Debes vestirte. Así podría hacer la cama. A él le disgusta ver la casa sin arreglar.

María Semyonovna se inclinaba sobre Vasya, como si por ser la mayor quisiese corregirla.

- ¿Tan tarde es?

- Casi las cinco. Y tú ni siquiera has almorzado. Quise despertarte antes, pero dormías profundamente. Eso es del viaje. No has descansado bastante todavía.

- Puede que sea del viaje o de que haya cogido frío.

- Debes ponerte el vestido de lana. Abriga más. Esa falda que llevas no te sirve.

- El vestido me sienta mal y no le gusta a mi marido.

- ¿Por qué dices eso? No está tan mal. Quizás tenga demasiados pliegues en las caderas y la línea de la cintura no esté donde debiera estar. Ahora se lleva la cintura... Yo he sido modista también. Sé arreglar vestidos. Te arreglaré la falda. Arreglaremos el vestido de modo que Vladimir Ivanovitch no lo reconozca.

¿Estará para la hora de la cena?

- Eso es pedir demasiado; lo haremos con calma; no tenemos prisa. Mira, ponte la falda negra y la chaqueta. No estás mal así.

Nunca había pasado Vasya tanto tiempo ante el espejo. María Semyonovna encontraba más cosas que se podían arreglar. Prendió alfileres; en otros sitios dio puntadas largas. Encontró también un cuello de encaje. El efecto era bastante bueno. Sencillo, pero elegante. Hasta a Vasya le gustó. ¿Qué le parecería a Vladimir?

Apenas terminaron llegó Vladimir, con los convidados: un oficial de la G.P.U.[5] y su esposa. Las puntas de su bigote eran finas, como puntas de alfiler; iba vestido de una manera afectada, con polainas de cuero hasta las rodillas. ¡Y que se llamara a sí mismo un comunista!

No le gustó tampoco a Vasya. ¡Y su mujer! Parecía una prostituta. Llevaba un vestido muy fino, zapatos blancos y un chal de piel sobre los hombros. Los dedos le relucían de sortijas. Vladimir le besó las manos, gastando bromas con ella, ¿De qué hablaban? No lo podía comprender. No decían más que tonterías. Vladimir, galantemente inclinado, flirteaba.

Vasya se sentó al lado del hombre de la G,P.U. Era un comunista, pero ella no sabía qué decirle.

Bebieron vino también. Vladimir brindó con su dama. Ella le dijo algo en secreto y los dos se echaron a reír. Aquello era molesto para Vasya. Pero él no se ocupaba de ella. ¡Como si no le perteneciese! ¡Qué cosa tan extraña! No le gustaba eso.

En broma hablaron de la vigilia. La dama dijo que era religiosa y que se confesaba, aunque no ayunaba. ¿Cómo podía ser eso? ¡Un compañero de la G.P.U. casado con una creyente! Vasya frunció el ceño. Se puso de mal humor. Vladimir tenía la culpa también. ¿Qué clase de amigos tenía? Hacia el final de la comida, Iván Ivanovitch vino para decirles que Savelyev tenía un palco para el teatro y les invitaba.

- Iremos, ¿verdad, Vasya? -preguntó Vladimir.

- ¿Con Savelyev?

Vasya quiso encontrar sus ojos, pero él hizo como si no entendiera.

- Sí, claro, con Nikanor Platonovitch iremos todos. Dan una opereta nueva. Te divertirás.

- No; yo no voy.

- ¿Por qué no?

- No me encuentro bien. He debido enfriarme en el tren.

Vladimir se acercó a ella para mirarla de cerca.

- Verdaderamente, Vasya, no tienes buena cara. Tienes los ojos un poco hundidos. Dame la mano. ¡Si la tienes ardiendo! Claro que no puedes ir, ni yo tampoco.

- ¿Por qué? Anda, ve.

Los convidados también persuadieron a Vladimir, y éste accedió.

En el recibimiento, delante de todos, Vladimir abrazó a Vasya y le dijo al oído: "Estás muy bonita hoy, Vasya."

Llamó a María Semyonovna y le dijo que cuidase de Vassilissa Dementyevna.

- Vete enseguida a la cama, Vasya, Volveré pronto. No me quedaré hasta el final.

Partieron.

Vasya vagó por las habitaciones.

No le gustaba esta vida. No sabía exactamente lo que no le agradaba. Pero se sentía una extraña; nadie la necesitaba. Vladimir podía amarla, pero, ¡pensaba tan poco en ella! La había abrazado y besado y se había ido. Era distinto si tuviese que irse al mitin, al trabajo. ¡Pero hoy era al teatro! ¿Por qué se había ido sin ella? ¿No había ido bastante al teatro durante el invierno? Algo preocupaba, inquietaba a Vasya. No lo podía expresar; no se sentía en su casa. "Me quedaré una semana -pensó-. Veré cómo marchan los asuntos de Volodya y me iré."

Pero ahí estaba la dificultad. ¿Dónde se iría? ¿Otra vez a la comuna? Su cuarto, su sotabanco bajo el tejado, ya no lo tenía. Su amiga Grusha, la costurera, vivía en él. Además, allí estaban los Fedosseyevs. Habría chismes y disgustos. Otra vez tendría que reñir con todo el mundo a causa de la

[5] Policía rusa.

casa. Y se sentía demasiado agotada para eso. Además, había perdido fe en su obra. Y eso era lo más importante.

No, no tenía dónde ir.

Este pensamiento agobió aún más su corazón, atravesándolo como una hoja de acero.

Vasya tenía frío; tiritando metió las manos en la manga. Vagó por los cuartos oscuros, vacíos. Sentía que aquella casa tan extraña le preparaba muchas penas.

¿Presentimientos?

¿Podía un comunista ser supersticioso? No podía ser otra cosa. ¿Por qué, si no, esa melancolía? Esta melancolía infinita, sin nombre, estéril.

CAPITULO VII

Vladimir volvió a casa temprano, como había prometido. Vasya estaba en la cama.

Se sentó a su cabecera y le preguntó cómo se encontraba. La miraba a los ojos mientras hablaba, y su mirada, grave y triste, inquietó a Vasya. Sus ojos expresaban sufrimiento.

- ¿Qué te pasa, Volodya? ¿Por qué estás tan triste?

Hundiendo la cabeza en la almohada habló con tono desalentado:

- La vida no es un lecho de rosas, Vasya. Tú no sabes lo dura que es para mí. Sólo ves un aspecto de mi vida. Y no quieres comprender. ¡Si pudieras leer en mi corazón cuánto he intentado portarme bien durante el invierno! No me condenarías. Me tendrías lástima. ¡Eres tan buena, Vasya!

Ella acarició su cabeza para calmarle. Y aunque le daba mucha pena su tristeza, su corazón rebosó de alegría. Sentía que los dos pensaban lo mismo, sufrían la misma pena. No era fácil para un proletario vivir como un "señor". Se lo dijo así.

Pero Volodya inclinó la cabeza desesperadamente.

- No es sólo eso, Vasya; no es sólo eso. Hay algo, además, que me atormenta, que no me deja vivir en paz.

- ¿Están conspirando contra ti?

Volodya se quedó callado. Parecía que quería contarle algo, pero que no podía encontrar las palabras. Vasya rodeó su cabeza con sus brazos.

- Vida, dime lo que te apena.

Y apoyó la cabeza en su hombro.

- ¡Hueles a perfume! ¿Cuándo te lo has puesto? Levantando la cabeza, le miraba.

- ¿Perfume?

Volodya pareció azorado. Pensó un poco: "Me lo pondrían al afeitarme. Sí; el barbero me lo debe de haber puesto."

Vladimir se levantó; lió un cigarrillo despacio, cuidadosamente, y se alejó de Vasya. Tenía precisión absoluta de revisar unos papeles aquella noche.

Vasya tosía un poco. Se encontraba bastante mal, febril, con punzantes dolores en el costado. Vladimir se dio cuenta, aunque no se quejó en su presencia. Su tos le molestaba y ordenó que le hicieran la cama en el sofá de la sala.

Los días pasaban, ¡tan monótonos! No tenía nada que hacer. Sólo de cuando en cuando pequeñas contrariedades de ama de casa. Vladimir quería hacer ahorros; pero insistía en que todo estuviera "como debía". Vasya dio sus pocos ahorros para los gastos de la casa, porque le molestaba que Vladimir le hiciese reproches.

- ¿Has gastado ya todo el dinero para la casa? Nunca gana uno bastante dinero para las mujeres.

¡Como si fuese Vasya la que invitase a los convidados y quisiese servir tres platos para la cena! Sin embargo, no tenía motivos para quejarse de Vladimir. Era muy atento en lo demás. Estaba inquieto por su salud y él mismo fue a buscar el médico. Este diagnosticó debilidad general; también el pulmón derecho estaba ligeramente afectado. Le ordenó que se acostase al sol todo cuanto pudiese y que comiese alimentos nutritivos. Vladimir preguntaba constantemente si hacía lo que el doctor había mandado. María Semyonovna tenía que cuidarse de que Vasya comiese a las horas debidas. Le buscó cacao y una *chaise longue* para que tomase el sol en el jardín. Vladimir parecía muy inquieto a causa de su salud.

Cuando llegaba a casa iba inmediatamente a su lado. No se veían mucho porque Vladimir estaba muy ocupado en aquellos momentos. Era una época de trabajo activo. La feria se inauguraba pronto. Vladimir estaba preocupado, pensativo y bastante deprimido.

Echada en la *chaise longue,* Vasya, como un lagarto, gozaba de la vida. Se volvía de un lado, de otro, tostándose como una gitanilla. Una vida rara, sin trabajos, sin cuidados. Pero también sin alegrías. Como en sueños. Pensaba constantemente: "Ya, ya voy a despertarme y volveré a mi pueblo, a la comuna." Y de nuevo pensaba en el Comité de viviendas, en los compañeros, en Estéfano Alexeyevitch, en Grusha, en los Fedosseyevs. Había vivido una vida agotadora, pero más feliz.

Esperaba a Vladimir. Le había prometido volver más pronto aquel día. Vasya tenía la sensación de que podría hablar mucho con él, de que podía tener una conversación íntima. Pero los días pasaban y nunca hablaban. Siempre había convidados o trabajo urgente.

Savelyev ya no les visitaba tampoco; ni siquiera asistían los convidados corrientes. Sólo los miembros de la Administración, que eran poco interesantes y extraños a Vasya. Su conversación no giraba más que sobre partidas, desembarcos, envíos, ventas y de la subida de los precios.

Vasya sabía que todo esto era esencial para la Revolución, que la economía nacional no podía

edificarse sin el intercambio de mercancías; pero se aburría escuchando. Cuando guiaba la conversación a los asuntos del partido, a un artículo de Bujarin, a las informaciones de los periódicos sobre los comunistas alemanes, la escuchaban y volvían a su asunto; consignas, embarque, peso bruto. Vladimir no se aburría. Los compañeros le traían a la vida. Discutía con ellos, dejaba que le aconsejasen. Únicamente cuando se quedaba solo con Vasya crecía su melancolía. Suspiraba, acariciaba sus manos y la miraba tristemente. No pedía su ayuda, no se quejaba. ¿Qué le pasaba? Las intrigas contra él parecía que se habían terminado. No había oído nada desde su llegada. Pero ¿qué era lo que le ponía tan triste? ¿Pensaría que Vasya podía morirse?

Esta idea le causó alegría. Si fuese así, debía quererla mucho. La verdad era que apenas estaba con ella. Tampoco ella había permanecido a su lado cuando fue a visitarla. También estaba fuera todo el día, y apenas le quedaba tiempo para ocuparse de su hombre. Y no le quería menos por eso.

Echada en su *chaise longue* , Vasya estaba encantada, mirando las copas de los árboles, que se destacaban bajo el cielo azul.

Una brisa de verano los mecía suavemente, como si los acariciase. Los grillos chirriaban sobre la hierba. Los pájaros cantaban alegremente en los árboles.

Vasya se levantaba y por la vereda cubierta de hierba se dirigía a un árbol de lilas lleno de flores. ¡Qué dulce aroma! Rasgó una rama; una avispa pasó volando por delante de ella, posándose sobre una rama purpúrea, llena de flores, donde se limpiaba el polvo de sus alas.

- Bien, muy bien, eres valiente. ¿No tienes miedo de la gente?

Vasya se reía. Y de repente se sintió tan alegre, tan libre, que se sorprendió a sí misma. Miró alrededor, como si viera el jardín por vez primera. La hierba verde, el penetrante perfume de las lilas, el pequeño pozo cubierto de musgo, lleno de ranas croando, llamándose unas a las otras.

Vasya no se atrevía ni a moverse. Tenía miedo de que este gozo repentino, este ligero gozo, volase de su corazón. Nunca antes había sentido o comprendido el gozo de vivir. Ahora lo asía. No sentía decaimiento ni prisas, ni tenía que trabajar, ni sentía placer, ni necesitaba abalanzarse hacia un fin; era la vida pura y simple. La vida, como la vida dela abeja, dando vueltas sobre las lilas; como los pájaros, cantando en los árboles; como los grillos, chirriando en la hierba. ¡Vida, Vida, Vida! ¿Por qué no podría pasarla uno entre las lilas? ¿Por qué el hombre no podía ser como todas las criaturas de Dios? ¿Dios? Se enojó consigo misma. ¿Desde cuándo pensaba en Dios? Ese era el resultado de su pereza, de su vida de "burshui", de la buena comida de Volodya. Fácilmente podría convertirse en una muchacha de la "Nep" si continuaba viviendo así.

Vasya se apresuró a meterse en la casa. Tuvo miedo de hacerse cómoda. Pero aquel sentimiento gozoso perduró. Estaba optimista. Había adquirido fuerzas, recobrando la salud.

Apenas había entrado Vasya en el dormitorio y puesto lilas en el jarrón, cuando llegó Vladimir en el auto.

- Ya han empezado. Ya me habían dejado en paz bastante esos intrigantes. Han encontrado nuevas energías para desenterrar cosas viejas. Acaban de presentar una demanda ante la Comisión de Control. Están abriendo un proceso contra mí. Pero ya veremos, ya veremos quién puede más.

Vladimir corría de un lado a otro de la habitación, con una mano a la espalda, signo en él de agitación.

Otra vez le acusaban de anarquismo, de falta de disciplina, y el demonio sólo podía saber de cuantas cosas más.

Y él matándose a trabajar para que todo funcionase bien, y en vez de ayudar, esos individuos del Comité Ejecutivo no hacían más que poner cuñas a sus ruedas.

- Si continúa esta persecución dejaré el partido. Y lo dejaré por mi propia voluntad. No necesitan amenazarme con la expulsión.

Vasya comprendió que era una cosa seria. Se quedó muy preocupada y oprimida. ¿Era éste el desastre escondido que presentía? Pero no dio muestra de estar preocupada. En cambio, intentó calmar a Vladimir, hacerle entrar en razón.

- Y lo que es tu Estéfano Alexeyevitch es un buen individuo. Le han pedido informes sobre mí. ¿Y sabes lo que ha hecho? No se le ha ocurrido nada mejor que alabar mi trabajo, y en cuanto a lo demás, padezco de ser demasiado complaciente conmigo mismo, de falta de sentido moral. Estos individuos son como sacerdotes, que juzgan a los hombres, no por su trabajo y acciones, sino por su moralidad. ¡Que no vivo como un comunista! ¿Querrán mandarme que me haga monje? Y si no, dime: ¿Por qué no llevan al tribunal al jefe de la división de propaganda por haber abandonado a su mujer y tres hijos y haberse casado con una prostituta vulgar? ¿Debe hacer eso un comunista? ¿Por qué esperan que yo viva como un asceta? ¿Qué derecho tienen a ocuparse de mi vida privada?

En esto no pudo ya estar conforme Vasya. El partido comunista tenía razón. No era correcto en un comunista imitar a los "burshuis". Un comunista, que además era un director, debía llevar una vida ejemplar.

- Pero, ¿en qué te fundas para acusarme? ¿Dónde está mi no comunismo? ¿Porque me niego a vivir entre basura? ¿Porque mi trabajo me obliga a tener relaciones con todos los gusanos del estiércol? ¿Por qué no establecen a quién puede uno recibir en su casa, cuántas sillas se deben tener, o cuántos pares de

pantalones puede usar un comunista?

Vladimir estaba furioso. Discutía con Vasya; pero ella estaba agradecida de aquella oportunidad que se le presentaba para decirle todo lo que había guardado en su corazón. No sabía precisamente qué era lo que estaba mal; pero le parecía que la vida y las acciones de Vladimir no eran las de un comunista.

Vladimir intentaba decir que los negocios no marcharían si no hubiera espejos y alfombras en la casa del director; pero ella no lo creía. Vasya no podía convencerse de que fuera necesario ser íntimo amigo de Savelyev, o que los negocios iban a ir mejor porque Vladimir besase la mano a todas las mujeres.

- ¿De modo que estás de acuerdo con ellos? Lo sabía, lo pensaba. No has venido como mi amiga, sino como mi juez. Te unes al coro. Y ahora ya sé que tú me desprecias como los otros. ¿Por qué no lo dices claramente? ¿Por qué contienes tu cólera? ¿Por qué me atormentas?

Vladimir estaba lívido. Sus ojos llameaban. Su voz denotaba furia e indignación. Vasya no comprendía. ¿Por qué se encolerizaba así? ¿No estaba permitido contradecirle ahora? ¡Qué amor propio! Si al menos no se arrepintiera después!

- ¡Oh, Vasya, Vasya! Nunca pensé eso de ti. Jamás supuse que me abandonarías cuando te necesitaba. Pero veo que me he equivocado. ¡Que se lo lleve todo el demonio! Estoy destinado a perecer. Muy bien; entonces al menos descansaré.

Pagó su cólera sobre la mesa tirando el jarrón. Las fragantes ramas purpúreas cayeron al suelo; un brillante riachuelo de agua corría por el tapete de seda.

- Mira lo que has hecho.

Alejándose de ella, Vladimir se fue a la ventana. Miraba afuera con murria. Al verle así, Vasya sintió, como siempre, una gran lástima. No era fácil para él. Pero las cosas eran duras para todo proletario. Era difícil ver el camino de cada uno, saber lo que estaba bien, lo que nos está permitido.

- Dejemos esto, Volodya. ¿Por qué te sientes tan abatido? Es todavía pronto. El asunto tiene que ser investigado. Y tú no has cometido ningún crimen. No es más que una cuestión de insubordinación. Espera, yo iré al Comité e intentaré saber de qué te acusan. Y todo se arreglará bien.

De pie, al lado de Vladimir, dejó caer su mano sobre su hombro e intentó verle la cara. Pero él pareció no darse cuenta y permaneció tristemente absorbido en sus pensamientos. ¿No la habría oído? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaban tan alejados el uno del otro, como si no fueran "compañeros"? Vasya pensaba en silencio. Toda la alegría de su corazón había desaparecido. Sólo quedaba ansiedad, triste, agresiva ansiedad.

A la mañana siguiente Vasya fue al Comité del partido. Cuanto más preguntaba a Vladimir, más motivo tenía para alarmarse. Aunque las acusaciones parecían infundadas, había que tomarlas en consideración. ¿Cómo se resolvería aquello? Vasya se apresuraba por la desconocida ciudad, preguntando el camino a los transeúntes, pero no desperdiciando ni una mirada de lo que veía. Quería llegar al Comité del partido lo más pronto posible. No podía tranquilizarse.

Estaba en un gran edificio independiente, con la bandera roja a la puerta. El letrero, al lado de la puerta, le era tan familiar que sintió como si estuviese en su casa, en su provincia. Y se sintió alegre, ansiando ver a "los suyos". No consideraba a los compañeros que visitaban a Vladimir miembros del partido.

Preguntó por el despacho del presidente. El muchacho que estaba en la mesa de información le dio instrucciones.

- Escribe tu nombre y lo que deseas. Es posible que no puedas verle hoy y que tengas que esperar hasta el jueves.

¿Qué burocracia era esta? No le agradó; pero no tuvo otro remedio que aguantarse. Se sentó en una silla y llenó una hoja. "Toma, da esto al secretario - dijo el oficial de información al muchacho-. Sube, vuelve a la derecha. Encontrarás la sala de espera. Siéntate allí."

Dio estas explicaciones con voz aburrida. De repente pareció despertarse:

- "Manyka, Manyka, ¿por qué has venido?

Era una adolescente que llevaba una falda corta y sombrero de moda. Sus ojos se movían con coquetería.

- Iba a ver a unos amigos. ¿Por qué no había de venir al Comité del partido?

Vasya la calificó de prostituta. "En tiempos pasados, una muchacha así no podía visitar a sus amigos en el local central del partido."

Vasya pasó por el brillante *hall;* empleados, hombres y mujeres pasaban deprisa ante ella. Todo era actividad. Todo el mundo estaba ocupado. Sólo ella sobraba.

En la saja de espera fue recibida por un empleado, un joven sin barba. Con aire importante le preguntó su nombre y le miró en un libro registro que llevaba un jorobado.

- Falta mucho para que te llegue el turno. Tu asunto no es urgente; tendrás que esperar.

Vasya se sentó en el fondo del cuarto. Había otros que esperaban. Entre ellos, campesinos con caras enfermizas y penosas y trajes muy usados.

Estaban absorbidos en animada conversación. Era, indudablemente, una Comisión. Un caballero alto, bien vestido, con lentes, un "especialista", desde luego, leía atentamente un diario atrasado. Una viejecita, una obrera, con un impermeable, estaba pacientemente sentada y suspiraba.

Había también un soldado rojo, un alegre muchacho, rebosante de salud. Un campesino con una chaqueta corta y a su lado un pope con su sotana. ¿Qué haría allí?

"Es vuestro turno, padre", dijo el oficial, acompañándole al despacho del presidente. "Pertenece a la Iglesia viviente", explicó al resto de los que esperaban. "Un hombre inteligente. Puede sernos útil."

Varias empleadas entraron; muchachas comunistas, con el pelo corto, con faldas cortas usada, iban y venían bulliciosamente, trayendo papeles a la firma y haciendo preguntas al empleado. Le decían algo en voz baja y salían otra vez deprisa.

Entró una mujer vestida a la última moda. Tenía modales de "gran señora"; pero ahora era la mujer de un obrero significado del partido, aunque ella no pertenecía a él. Venía de Moscú y no tenía tiempo para esperar. El empleado se mantenía firme; pero la carta del Comité Central parecía obligarle. Finalmente, dijo que las órdenes no podían ser desacatadas. Si era un asunto personal tendría que aguardar a que llegase su turno. La "pseudo señora", que era lo que Vasya pensaba de ella, estaba indignada. No podía comprender este reglamento provinciano. En Moscú le hubieran dado audiencia inmediatamente, pero aquí siempre están inventando reglas nuevas. "¡Burócratas!"

Tomó asiento, profundamente ofendida, arreglándose el vestido.

Un hombre corpulento, haciendo mucho ruido, entró precipitadamente, con la gorra echada para atrás y el abrigo desabrochado. "Un individuo de la "Nep", pensó Vasya."

- Oiga, compañero, ¿qué clase de sistema es este que tenéis aquí? Mi tiempo vale mucho; estamos haciendo un envío y me están retrasando el trabajo con todo género de simplezas. ¡Pues no quieren que llene unas hojas! Anúnciame: Konrachef-. Y echó su cabeza atrás, con aire satisfecho, como si hubiera sido el propio Lenin. Vasya sintió que todo su antiguo odio contra los "burshui" ardía dentro de ella. Un individuo así debía ser arrestado, llevado a los tribunales. ¡Cara de mono, sinvergüenza!

El empleado se excusaba. Lo que pedía no podía hacerse. Había que cumplir las órdenes. El individuo de la "Nep " no quiso escuchar. Insistió en sus demandas y, por fin, venció. El secretario fue a la otra habitación para anunciarle, pero volvió a poco con nuevas excusas.

- El presidente dice que tomes asiento. Tiene que ver, para asuntos urgentes, a otras dos personas antes que tú.

- ¿Qué demonios de organización es ésta? ¡Y quieren que un individuo haga negocios con ellos! Nos lo piden todo y aún nos amenazan. Nos llaman saboteadores. Me gustaría saber quién es el que hace sabotaje aquí.

Con el pañuelo se secó el sudor. La "pseudo señora" movía la cabeza en señal de aprobación. El caballero de los lentes la miraba con gesto de reproche. Los obreros estaban ocupados con sus propios asuntos y no habían notado al ruidoso individuo de la "Nep".

Eran los primeros que debían entrar. Después de ellos le tocaba el turno al "especialista" de los lentes.

Era una espera molesta. Dirigiéndose a la ventana, Vasya miró al jardín, donde dos niños corrían persiguiendo a un perro. Sus voces claras se oían desde arriba:

- Coge del rabo a "Bobka".

Le había llegado el turno a Vasya.

El presidente era un hombre pequeño, apenas visible detrás de la gran mesa. Llevaba la barba en punta y lentes. Era tan delgado que los huesos de sus hombros se marcaban a través de la chaqueta. Miró a Vasya fríamente y le dio la mano sin mirarla.

- ¿Qué quieres? ¿Algún asunto personal?

Hablaba breve, secamente, como si ella hubiese hecho alguna petición.

- Vengo a dar cuenta al Comité de mi llegada. ("Era mejor no hacer mención al principio de la cuestión de Volodya", pensó Vasya.) Vine aquí hace poco.

- Así me lo habían dicho. ¿Vas a estar aquí mucho tiempo?

- Tengo permiso para dos meses; pero puede ser que me quede más tiempo a causa del estado delicado de mi salud.

- ¿Vienes sólo para descansar o quieres algún trabajo?

Mientras hablaba no miraba a Vasya, sino que arreglaba sus papeles, como si quisiera hacerla comprender que no tenía tiempo para una conversación poco práctica.

- No puedo aceptar ningún trabajo regular, pero puedes emplearme en trabajo de propaganda.

- Te emplearé, desde luego. Empezamos ahora el trabajo de transición a una administración nueva. ¿Es verdad que te has especializado en trabajo sobre viviendas?

De nuevo miró a Vasya, para volver a sus papeles.

- He trabajado en el Comité de Viviendas durante dos años. He organizado algunas comunas.

- ¡Ah ¡Eso es interesante. Tienes que enseñarnos cómo se organiza una comuna para que pueda mantenerse a sí misma.

Vasya negó con la cabeza.

- No puedo hacer eso. Cuando quise hacer la casa independiente todo se derribó. Una comuna debe considerarse lo mismo que una escuela, para desarrollar el espíritu comunista.

- Sí, pero nosotros no tenemos tiempo para esas cosas. Danos una idea razonable del coste, un presupuesto que pueda evitar una nueva carga en el presupuesto del Estado. Pero ¿por qué quieres

combinar la casa con la educación? Para eso tenemos escuelas y universidades.

El presidente sonrió, con sonrisa de superioridad, que molestó a Vasya. De repente se levantó.

- Buenos días, compañero.

- Adiós.

Esta vez la miró con más detenimiento. Vasya también le miró fríamente a los ojos.

- Puedes ir al departamento de propaganda y registrarte allí. También puedes detenerte en la división de mujeres, donde siempre se necesitan propagandistas.

- También quería preguntarte cómo está el asunto de Vladimir Ivanovitch.

Y mientras le preguntaba le miraba atentamente. El también esperaba aquel momento.

- ¿Qué quieres que te diga?

Frunciendo el entrecejo, el presidente apretó el pitillo, que mantenía en su boca, equívoca.

- Es bastante serio. He oído hablar de ti y sé que tu posición en el partido es muy buena. Pero yo no soy el hombre a quien debes dirigirte para saber todo lo que hay contra Vladimir Ivanovitch.

- ¿De qué le acusan? Vladimir Ivanovitch no ha hecho nada delictivo.

- ¿Qué entiendes por delictivo? Yo no sé nada de este asunto. Procura saber algo en la C.C.[6]. Adiós.

Vasya, enfadada, furiosa, salió. En su provincia, uno que no fuera comunista no la hubiera recibido así. Había buscado a los suyos y la habían tratado como a una extraña. Vladimir tenía razón, Se habían burocratizado y tenían los modales de los gobernadores militares.

Vasya andaba pensativa, sin darse cuenta de que se cruzaba con un hombre de su ciudad, Michailo Puvlovitch, un obrero del departamento de máquinas de la fábrica donde Vasya había trabajado.

- ¡Por todos los santos! ¿Qué es lo que veo? La sincera Vassilissa. Buenos días.

- ¡Querido Michailo Pavlovitch!

Se abrazaron y se besaron.

- ¿Has venido a visitar a tu marido?

- ¿Y tú, qué es lo que haces aquí?

- Estoy depurando el partido. Soy miembro de la C.C. y nos pasamos la vida depurando, sin podernos ver nunca libres de basura.

Y se reía. Sus ojos eran cariñosos, cordiales, como siempre lo habían sido.

Los dos estaban encantados y preguntaban y contestaban cosas. Michailo Pavlovitch llevó a Vasya a su celda, al lado de la puerta principal. En los buenos tiempos había vivido allí el portero. Michailo Pavlovitch se había instalado temporalmente allí a su llegada, pero continuaba. Era un cuarto pequeño. Una cama, una cesta que contenía sus objetos personales, dos sillas y una mesa cubierta de periódicos.

Estaban contentos de haberse encontrado y su conversación no languidecía. Hablaron de los amigos, de los compañeros. Salieron a la conversación los problemas de la provincia; discutieron lo que creían que estaba bien y lo que era pésimo. También hablaron de la "Nep". Michailo Pavlovitch estaba harto de ella. No podía resistir al presidente del Comité provincial.

- Un hombrecillo pagado de sí mismo. Claro que es muy trabajador y nada tonto. Pero lo quiere ser todo. Quisiera ser hasta el presidente de la luz que pasa a través de la ventana. Los trabajadores no pueden tragarle. Dicen que el Congreso decidió la democratización; pero en cambio sólo ha aumentado la burocracia. Hay más servilismo y mucho chismorreo. Forman pandillas que nos distraen de nuestro trabajo y rebajan la autoridad del partido. Es la obligación del presidente procurar unirlos con imparcialidad, como un padre. Pero él mantiene la gente apartada.

- A propósito, Michailo Pavlovitch, ¿cómo marcha la cuestión contra Vladimir? ¿De qué le acusan? ¿Es seria la acusación? Dímelo como hablarías a una amiga.

Michailo Pavlovitch se acarició su barba roja. Pensó un rato antes de contestar.

- En sí, la cuestión no vale la pena. Si nuestros comunist.as fueran llevados a los tribunales por cosas así, casi todos serían acusados. Toda la dificultad descansa en que Vladimir Ivanovitch no ha podido estar de acuerdo con el presidente desde el principio. Cada uno insiste en sus derechos. El presidente ha dado órdenes que Vladimir no ha cumplido, diciendo que eran cuestiones del partido que no le atañían. "Yo no soy tu subordinado; sólo tengo que ver con la organización económica. Esa es la que debe juzgar si cumplo bien en mi trabajo. Ha habido discordias y el asunto fue llevado a Moscú, donde unos defendían al presidente y otros al director. No se llegó a ninguna decisión definitiva. Los dos tenían razón. De este modo, las cosas han ido de mal en peor. Ninguno de los dos se daba por vencido. A la menor oportunidad, los dos han mandado cartas denunciando al otro. Cuando las cosas estaban así, vino una Comisión de Moscú para suavizar la pelea. Llegaron a un acuerdo estricto. Pero en cuanto se fue la Comisión comenzaron de nuevo las discordias.

Ahora el asunto estaba ante la C.C. Michailo Pavlovitch trataría de arreglarlo pacíficamente. El director trabajaba en su propio dominio. El Comité Central estaba satisfecho. Y, realmente, no había nada de que pudiera ser acusado. No podía haberlo. Michailo estaba seguro de ello. Conocía al "norteamericano", al anarquista. Todavía recordaba cómo habían organizado ambos el Soviet en 1917, y cómo habían trabajado juntos. En cuanto a su manera de vivir "a lo grande", su no ejemplar conducta y sus costumbres alejadas de las de un compañero, ¿estaba

[6] Comisión de Control.

alguno de ellos libre de aquellas faltas?

Sin embargo, el presidente y los otros miembros de la Comisión querían aquel asunto para hacer un escarmiento en el director y para demostrar que el partido no tomaba aquellas cosas a la ligera. Para prevenir que otros hicieran lo mismo.

- Pero ¿qué es lo que hace Vladimir Ivanovitch? ¿Es porque tiene la casa muy bien puesta? ¡Pero no es de su propiedad! Pertenece al Estado y ha sido puesta a disposición del director.

- No es sólo por los muebles. La gente se pregunta de dónde saca dinero para mantener dos casas.

- ¿Cómo dos casas? ¿Crees que Vladimir me ha estado manteniendo? ¿Cómo puede ocurrírsete tal cosa? Si realmente quieres saber la verdad, yo he contribuido con mi dinero a los gastos de la casa. Porque a Vladimir no le basta el suyo. Y su trabajo le obliga a recibir mucha gente, a tener convidados.

Mientras Michailo Pavlovitch escuchaba a Vasya, ésta creyó ver compasión en sus ojos. No le gustó eso. ¿Por qué le tenía lástima? Hace ya mucho tiempo que cuando ella comenzó a ir con Vladimir, Michailo Pavlovitch juzgó mal su elección.

- ¿Por qué estás contra mí? ¿No me crees? ¿Cómo puedes creer que yo le obligaría a hacer cosas incorrectas por dinero?

- No hablo de ti, querida. Pero, ¿está bien que tenga amigos tan poco correctos?

Y escudriñó a Vasya mientras hablaba.

- ¿Aludes a Savelyev?

- Sí, a Savelyev también, y a los demás....

- Savelyev ya no viene más a casa. Vladimir me ha prometido no tener con el más relaciones de negocios. Y con los demás se relaciona por su trabajo. ¡Hay mucha gente con la que no le gusta tratar, completamente distinta de nosotros. Pero ¿qué puede hacer? Están en el negocio, son técnicos o tienen participación.

- Sí... -murmuró Michailo, acariciando pensativamente su barba.

Vasya le dijo que ella tampoco podía comprender muchas cosas. Algunas veces no podía decir lo que estaba bien o mal, qué era lo que le estaba permitido y qué no debía hacer un comunista. La gente había cambiado. También el trabajo.

A ella le hubiera gustado estar más tiempo; pero Michailo tenía que ir a la C.C.

Al separarse quedaron en que Michailo Pavlovitch daría a conocer a Vasya los muchachos de la fábrica. En cuanto a la cuestión del director pensaría el asunto de nuevo. Pero debía tener presente una cosa: si Vladimir continuaba como hasta ahora, estaba amenazado con la expulsión.

CAPITULO VIII

- ¡Por fin, vuelves, cariño mío ¿Dónde has estado peleándote? ¿En el local central del partido? ¿Qué dicen por allí?

Vladimir salió a la escalera para recibir a Vasya. Debía de haber estado acechando su llegada desde la ventana.

Escuchó la información que Vasya traía, paseando arriba y abajo de la habitación y fumando. Su cara parecía preocupada.

- ¿Dices que me acusan de mantener dos casas? Bueno. Supongamos que mantuviera cinco. ¿Qué les importa a esos hipócritas? Mis cuentas están en orden, no robo ninguna mercancía ni me dejo sobornar. ¿Tienen derecho a exigir más?

Y de nuevo Vasya no se preocupó acerca de la significación que pudiera tener aquello de "dos casas".

Pero se mantuvo firme en lo referente a Savelyev. Esa amistad debía acabar. Que fuese a la oficina si quería; pero había que alejarlo de la casa. También quiso saber sus relaciones con los trabajadores. ¿Era verdad que Vladimir era mal hablado y les insultaba?

- Eso es pura mentira. Tonterías. Difamaciones. Claro que alguna vez les grito y reniego de ellos, pero todo es por la causa y nunca sin motivo. No se les puede dejar solos. Especialmente los cargadores son un grupo de holgazanes estúpidos.

Vasya no le dijo a Vladimir que estaba amenazado con la expulsión. Estaba ya bastante deprimido sin saberlo. Pero dijo que era necesario organizar la casa de otra manera. Comida sencilla y nada de invitados innecesarios. Vladimir tendría que deshacerse del caballo que había comprado. ¿Para qué necesitaba el caballo si tenía un auto?

- Vladimir se enfadó de nuevo. Era un caballo bien domado para la silla, que hasta podía montarse con montura de señora.

- Es imposible comprar uno igual ahora. Lo compré como verdadera ganga. Hoy día un caballo representa un capital.

- ¿Capital? ¿Tienes la intención de llegar a ser capitalista? No bromees así, Vladimir. Tal vez tengas que llorarlo después.

- ¿Crees que me van a echar del partido? ¿En qué se ha convertido el partido para echar a la gente por razones morales? Deja que me echen. Trabajaré en la organización económica.

Viendo que volvía a ponerse furioso, Vasya no le contradijo. Sólo insistió en que todo debía cambiar. Toda su vida debía ser más retirada, más sencilla. Y lo más importante era alejarse de amistades sospechosas. Le prometió hablar de nuevo con Michailo Pavlovitch. Si lo peor llegaba, iría a Moscú y se entrevistaría con Torpokof.

Sentada en el poyo de la ventana, Vasya parecía más delgada y pálida. Nada más que ojos. Y sus ojos expresaban tristeza.

Vladimir la contemplaba. Tiró su cigarrillo al suelo; se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su corazón.

- Vasya, adorada mía; no me abandones. No,

Vasya, ahora no. Ayúdame, aconséjame. Sé que soy culpable. No ante ellos, sino ante ti.

Y apoyó la cabeza contra sus rodillas, como un niño.

- ¿De qué eres culpable, Volodya?

El vaciló.

- ¿No lo comprendes, Vasya, no lo sientes?

- ¿Es porque te haces daño a ti mismo? ¿Porque traicionas al proletariado? No te acuses ante mí, sino ante ti mismo.

- ¡Oh, Vasya, Vasya!

Vladimir se alejó desilusionado. Cambió de conversación y preguntó:

- ¿Está ya la comida? Quiero comer. No he tomado nada desde esta mañana.

Vasya regresaba de un mitin. Trabajaba con las muchachas de las hilaturas y ayudaba a la mujer encargada del trabajo de organización, para conseguir que la fábrica marchase bien. Volvía a trabajar con la multitud, con toda naturalidad, como si estuviese en su casa. Michailo Pavlovitch la veía mucho por aquel entonces y ella había entablado amistad con "sus muchachos". El grupo no era muy homogéneo; pero se mantenían unidos, "luchaban" contra el presidente del Comité Provincial y se oponían a la política de los "economistas". Toda su admiración estaba concentrada en un viejo obrero, que había llegado a ser el director de la fundición de acero. Pertenecía a "los suyos". No se había distanciado de la masa, ni había adoptado "aires de gobernador militar".

El proceso contra Vladimir no se veía todavía. Michailo Pavlovitch decía que había que agregar nuevo material, que no era favorable. Aconsejó a Vasya para que pusiera sobre aviso a Vladimir. Era preciso que fuera más prudente, que se alejase de Savelyev, cuya reputación dejaba bastante que desear. Aunque los "economistas" protestasen, la G.P.U. no le permitiría que siguiese así mucho tiempo.

Vasya estaba preocupada. Sufría por Vladimir, especialmente en estos momentos en que trabajaba desde por la mañana hasta la noche. Tan pronto como llegaba a casa empezaba a ajustar sus cuentas. La Administración Central le había dado órdenes para que reorganizase el sistema de teneduría de libros. Había tomado un especialista, un empleado de Banco, para ayudarle, y se estaban hasta las tres de la madrugada echados sobre los libros. Vladimir adelgazaba, no dormía bien. Era natural, teniendo dobles preocupaciones. Tenía un puesto de responsabilidad, y, además, todas las intrigas y chismes que le atormentaban. Vasya se sentía triste por él. Su corazón se desbordaba de ternura.

Ya no recibieron más invitados, ni oía nada sobre Savelyev. Debía estar fuera. Mejor así. Vladimir había dejado de ir al teatro, y no visitaba tampoco a sus amigos. Pasaba las veladas en su casa, inquieto, silencioso, sombrío.

Vasya no sabía cómo apartar de su imaginación todas aquellas preocupaciones; cómo hacer más fácil el trabajo a su hombre, a su amigo.

Sólo le olvidaba cuando estaba en las hilaturas, cuando trabajaba por el partido. Las muchachas de la fábrica vivían miserablemente. Ganaban muy poco. No había habido tiempo de ocuparse de las tarifas y los jornales no se habían elevado. La Administración no podía arreglarlo. ¡Gente idiota! Vasya les acusó y defendió los intereses de las muchachas. Había puesto en marcha su Sindicato y llevado sus problemas hasta el departamento de cuentas.

En la fábrica estaba ocupadísima. Allí se olvidaba de todo y el día transcurría sin que se diera cuenta.

Una noche, Vasya regresaba a su casa con Lisa Sorokina, una de las organizadoras. Lisa era una obrera joven y sensata. A Vasya le gustaba mucho. Mientras andaban, trazaban un plan. ¿A quién podrían poner en movimiento para que el departamento de cuentas se uniera a ellas?

Llegaron a la casa de Vasya sin darse cuenta. Al entrar, Vladimir salió a recibirla. Parecía distinto. Alegre, sus ojos brillaban de contento.

Tan pronto como entró Vasya la estrechó entre sus brazos.

- Dame la enhorabuena, Vasyuk. He recibido una carta de Moscú. Me ofrecen un nuevo cargo mucho más importante. Voy a dirigir un distrito entero. Nos quedaremos aquí dos meses más, hasta que deje esto en orden. Veremos lo que hará ahora la Comisión de Control. ¿Qué dirá el presidente?

- No te regocijes tanto. La causa tuya puede verse antes.

- Tonterías. La Administración Central no permitirá que me insulten más. ¿No te das cuenta de que ahora soy una personalidad importante?

Gozoso como un niño, besaba y acariciaba a Vasya.

- ¡Mi incansable mujercita! Estoy tan alegre que te he traído un regalo.

La llevó al dormitorio. Sobre la cama había seda azul y batista.

- Mira; esta seda es para un vestido, Quiero que vistas bien, vida mía. El azul agrisado de la tela te irá muy bien. Y la batista, para ropa interior.

- ¿Para ropa interior? Pero, ¿cómo puede ocurrírsete eso, Volodyka?

Vasya decía riendo:

- ¿Una tela así para ropa interior?

- Es la mejor para eso. Batista sin apresto para ropa interior de señoras. Ya es hora de que dejes de llevar ropa de tela de saco, con la que pareces una bolsa de harina.

- No, prefiero hacerme blusas con ella. Y la seda, aunque es preciosa, no debías haberla comprado. Supongo que la habrás pagado al contado, ¿no? ¿Por

qué eres tan derrochador?

Vasya movía la cabeza. Los regalos de Volodya no la alegraban; ahora le acusarían otra vez de malgastador. Pero no quería lastimarle.

- ¿Es que no te gusta? -preguntó Vladimir.

- La tela es preciosa. Pero ¿en qué vaya usarla? Piensa un poco. ¿Para un vestido de teatro? ¿Quieres que vaya contigo al teatro como la "señora del director"?

Y Vasya se reía al verse a sí misma con un traje de seda azul.

- Pero la agradezco mucho; gracias de todos modos; gracias por tu atención y tu cariño.

Y, levantándose, abrazó a Vladimir, besándole con besos largos, ardientes.

- ¡Por lo menos no has olvidado besar, Vasyk! Ya comenzaba a creer que no me querías. Me has desterrado del dormitorio. Nunca vienes a buscarme. Nunca me acaricias.

- ¡Si no tenemos tiempo! Y tú tampoco estás para eso.

- ¿Me quieres todavía?

- ¡Yo! ¿Y tú?

- ¿Quieres que te recuerde cómo nos adorábamos antes?

Se echaron los dos a reír como si se hubieran encontrado después de una larga separación.

Vasya se daba prisa para ir a la fábrica. En las escaleras pensó que olvidaba coger *El A B* C *del Comunismo,* de Bujarin. Estaba en la librería de Volodya. Apresuradamente fue al despacho y abrió la puertecilla de cristal. Un paquete cayó al suelo, desenvolviéndose al caer. Vasya se inclinó y sintió que el corazón le dejaba de latir. Era un pedazo de la misma seda que Vladimir le había regalado, un pedazo igual de batista. Y, además, encajes y aplicaciones. ¿Por qué? ¿Para quién?

Vagamente recordó: "mantiene dos casas", ¡Imposible Vasya tenía miedo de pensarlo, miedo de mirar a la verdad cara a cara. Pero sus celos se despertaron.

"Mantiene dos casas". ¡Era tan variable! Tan pronto se distanciaba, apenas la miraba, para después mostrarse extraordinariamente afectuoso, como si quisiese que le perdonaran una falta. Recordó que Volodya siempre olía a perfume cuando volvía del teatro. Recordaba cómo se acicalaba ante el espejo antes de salir por las noches. Y de nuevo pensó en la ya tanto tiempo olvidada enfermera de labios gruesos… de aquella cama…

Los ojos de Vasya se nublaron; sus manos estaban como petrificadas; su corazón, abrumado por indescriptible dolor. Su adorado Volodya, su compañero, la traicionaba a ella, a su amiga, a su Vasyuk. Tenía otras mujeres a sus espaldas, estando ella allí. Sería distinto si estuviesen separados. ¡Pero así! Acariciaba a Vasya y le hacía sentir que eran sólo uno, con todo su corazón, con todo su amor y ternura.

¿Qué podría ser? ¿Habría dejado de quererla? ¡Era imposible? El corazón de Vasya no quería reconocer tal tormento. Buscaba un clavo ardiendo donde cogerse. Si ya no la quería, ¿cómo podría mostrarse tan cariñoso, tan atento? ¿Por qué la había llamado? ¿Podía suceder una cosa así? ¿Podía Volodya dejar de quererla? ¡Estaban tan unidos, tan íntimamente atados! ¿Qué es lo que no habían sufrido juntos? Y ahora, de nuevo, otra desgracia aparecía. Vasya no lo podía creer, se negaba a creerlo. Pero la serpiente de los celos vertía gota a gota su veneno en el corazón de Vasya.

¿Por qué pasaba tan poco tiempo en casa? ¿Por qué estaba tan melancólico, tan tétrico? ¿Por qué Vasya no le encantaba como antes? ¿Por qué había buscado un pretexto para dormir solo?

Los colmillos de la serpiente eran afilados, tan afilados que Vasya casi gemía de dolor. No quería oír sus silbidos. ¡Vladimir la quería, amaba a su Vasya! ¡La quería! Sí no, ¿cómo podía acariciarla como lo había hecho ayer? Y esa tela estaría destinada a alguna otra persona. Volodya podía haberla comprado para alguien. ¿Cómo sabía que el paquete le pertenecía? No tenía pruebas; todo eran imaginaciones suyas.

Vasya se avergonzó de sus sospechas, de haber querido dudar de su esposo como una mujer vieja.

Pero la serpiente de los celos todavía la mordisqueaba. ¡Vete, maldita serpiente! Cuando volviese Vladimir le preguntaría, tendría una larga explicación con él, para que todo quedase aclarado y ella conociese la verdad.

Cogió *El A B* C *del Comunismo* y salió corriendo para las hilaturas, porque con todo esto se le había hecho tardísimo.

Vasya volvía muy de prisa a casa. Tenía miedo de llegar tarde para la comida. En la fábrica, la serpiente de su corazón no había dado señales de vida. Pero apenas salió a la calle se despertó de nuevo. "Mantiene dos casas." Dos pedazos de seda, dos de batista. ¿Cómo sabía Volodya que esa tela se usaba para ropa interior? ¿Y quiénes eran las mujeres que la usaban? Muchachas de virtud fácil y mujeres de la "Nep", con dinero ganado fácilmente. ¿Cómo había llamado la ropa de Vasya? Tela de saco, bolsas de harina. ¿Pero es que la ropa interior podía hacer alguna diferencia? ¿No la había amado con aquellas camisas? ¡Y antes no la hubiera dejado sola el día de su llegada! Un mitin, había dicho. Pero ¿por qué se vistió con cuidado ante el espejo? ¿Por qué olía a perfume? ¿Por qué no miraba ya a Vasya con los ojos dulcemente picarescos? Se lo preguntaría en cuanto llegase a casa. Mira, las cosas han pasado así. Dime la verdad. ¿Para quién es la tela? ¿Por qué la escondiste en la librería? Si la hubiera comprado para

otra persona la hubiera dejado sobre la mesa. Ninguna excusa, ninguna mentira. Eso no te lo perdonaré nunca.

Vasya subió los escalones corriendo y tocó la campanilla. Tenía prisa.

El automóvil estaba a la puerta: luego Vladimir estaba en casa. Le hablaría inmediatamente y le exigiría una contestación. No le perdonaría un engaño. No permitiría que su marido jugase con ella como juegan los maridos con sus mujeres legales, a las que no quieren.

Se puso roja de rabia. ¿Por qué no le abrían la puerta?

Oyó que descorrían el cerrojo. ¡Al fin!

- Hay convidados de Moscú -le dijo María Sempyonovna-. Seis hombres. Y hay que darles de comer a todos. Y no es cosa fácil.

- ¿Convidados? ¿Quiénes son?

Oyó voces en la sala. Conversación animada. Vladimir estaba allí haciendo de huésped. Presentó a su mujer, Vassilissa Dementyevna. Los convidados eran miembros del Sindicato. Traían un nuevo programa de trabajo.

Vassilissa hubiera querido preguntarles noticias de Moscú, información sobre el debate político, en el que todo el mundo estaba interesado en aquellos momentos. Pero María Semyonovna estaba a la puerta haciéndole señas, llamándola disimuladamente. Debía necesitar ayuda. Vasya, el muchacho, había salido a buscar vino. Iván Ivanovitch se había ido a ver si encontraba "entrées". Y la insustituible María Semyonovna estaba desesperada. Tenía que guisar y poner la mesa. Vasya no tendría más remedio que ayudarla, porque a Vladimir le gustaba que todo estuviera bien. La mesa tenía que estar bien puesta.

Las dos mujeres trabajaban sin descanso. Menos mal que Iván Ivanovitch volvió y les echó una mano.

Vasya no pudo pensar en la seda azul. Y la serpiente de su corazón no dio señales de vida, como si se hubiera ido. Vasya sólo pensaba en ayudar a su hombre para que causase la mejor impresión en aquellos miembros del Sindicato.

El chico, Vasya, volvió sin alientos con el vino. Iván Ivanovitch descorchó las botellas. El aspecto de la mesa era magnífico, casi como comida de Pascuas. Había aperitivos, vinos, flores; las servilletas de hilo de Morosov y cubiertos de plata.

Los invitados pasaron al comedor. Vladimir echo una ojeada a la mesa y pareció quedar satisfecho de lo que vio. Pero ¿por qué no miraba siquiera agradecidamente a Vasya? ¡Había trabajado tanto! Se sintió herida, ofendida.

Vasya conversaba con los invitados. Pero no podía dejar de pensar en la seda azul. ¿Para quién era? ¿Para quién?

Miraba a Volodya. Lo veía con ojos distintos, como si fuera un extraño. Si estuviera tan unido a ella, si le perteneciese, tendría lástima de ella. No hubiera permitido nunca que se despertase la culebra en su corazón.

Vasya estuvo atormentada toda la velada.

Después tuvo que acomodar a los convidados. Envió al "botones" por almohadas e improvisó un dormitorio en el despacho. Allí no podía dejar de mirar a la condenada librería. ¿Estaría la seda azul? ¿Para quién sería? ¿Para quién?

Estaba extenuada. Sirvió el té. Los invitados hablaban sólo de sus asuntos, de los diversos géneros, de los varios medios de empaquetar, de presupuestos y computaciones.

Eran hombres de negocios. Habían sido comerciantes. Entre ellos había dos comunistas que buscaban la salvación en el comercio. Verdaderos "comerciantes rojos".

Vladimir se animaba. Estaba orgulloso de su negocio, de estar al frente de los demás. Su negocio era joven; pero se desarrollaba. El respeto que sentían hacia él los comerciantes era evidente. Todos le escuchaban. Nadie prestaba atención a los otros miembros de la Administración.

Vasya les observaba. En circunstancias normales se hubiera alegrado por Vladimir. Pero le parecía un extraño. Negocio, sólo negocio, y ni un solo pensamiento para ella. No veía qué atribulado estaba su espíritu después del día que había llevado. Y si la había engañado, mentido, ¿no podía ser un poco deshonesto en sus negocios? ¿No tendría justificación que el Comité del partido le pidiese cuentas?

¡Y esta gente del Sindicato no se cansaba nunca de discutir ¡Si pudiera estar sola con Vladimir! ¡Si pudiera averiguar algo sobre aquella tela azul!

Vasya se desnudó para acostarse, dispuesta a esperar a Vladimir. Aquella noche dormía con ella, porque la gente del Sindicato había tomado posesión de las demás habitaciones. Escuchaba para oír sus pasos. Los invitados se deseaban buenas noches. Ahora daba instrucciones a Iván Ivanovitch para el día siguiente.

Venía. El corazón de Vasya latía con violencia; las rodillas le temblaban. Se sentó en la cama. Le hablaría en cuanto entrase.

Pero Vladimir no le dio oportunidad para que le hablase. Tenía demasiadas noticias suyas. Quería que ella le aconsejase cómo debía reorganizarse la máquina, para dar más fuerza a los comunistas, para que los miembros del partido sobresaliesen sobre los otros miembros del Sindicato, sobre los "burshuis".

- Aconséjame, Vasya. Piénsalo detenidamente. Mañana revisaremos juntos el nuevo proyecto. Pero primero lee tú sola el programa y medítalo. Estos comerciantes quisieran apoderarse del Poder; secretamente traman complots contra los proletarios. Bueno; que intriguen. Tampoco hemos nacido ayer. Es nuestra tarea organizar la máquina de modo que

nada pueda hacerse sin el partido, sin los comunistas.

- Entonces ¿por qué no te atienes a las órdenes del partido? ¿Por qué dices tan a menudo que el que te expulsen del partido no es lo peor que puede sucederte y que puedes vivir sin el partido?

- ¡Ah, puede uno decir tantas cosas sin quererlas decir! -dijo riendo Vladimir-. Tú lo comprendes. Pero ¿puede uno vivir sin el partido? ¿Lo dejaremos algún día?

Vladimir hablaba razonadamente mientras se quitaba los zapatos.

- ¡Si pudiera estar fuera ya de la acusación contra mí! ¡Y cómo viviremos, Vasya! ¡Magníficamente! Ya verás qué comunista modelo seré tan pronto me trasladen a otro distrito. Y no tendré más peleas con el presidente. Seré tan bueno que me canonizarán.

Volodya estaba feliz, no sombrío como había estado tan a menudo en los días pasados. Sus ojos reían picarescamente.

- Vamos a dormir.

Vladimir intentó apagar la luz, pero Vasya retuvo su mano.

- No... espera... tengo que... quiero preguntarte una cosa.

Se apoyó en el codo para verle mejor la cara. Le latía el corazón; su voz sonaba extraordinariamente rara. Vladimir empezó:

- Di, Vasya. ¿Qué te pasa?

No miraba a Vasya, sino a la pared.

- Quería preguntarte por qué tienes esa tela en la librería. Seda y batista.

- ¿Seda? ¿Quieres decir las muestras?

- No, no son muestras; un pedazo, un pedazo grande, exacto al que me has regalado... ¿Para quién...?

Y miraba a Vladimir a la cara.

- ¿Quieres saber para quién es? ¿De verdad no puedes adivinarlo?

- No.

- Iván Ivanovitch me pidió que le procurase la misma tela para su novia. Quiere tener, ya lo sabes, todo lo que tengo. Me copia en todo.

Lo explicaba tan sencillamente, con tanta calma, que la sangre cubrió las mejillas de Vasya. Tenía vergüenza de sí misma.

- ¿Iván Ivanovitch? ¿Su novia? Y yo había pensado...

- ¿Qué es lo que habías pensado?

Vladimir se reía, volviéndose hacia ella.

- ¡Vida mía, niño mío, mi Volodya!

Vasya le besaba. ¿Cómo había podido pensar una cosa así de él? ¿Sospechar de un amigo?

- ¿Qué, qué es lo que pensaste? ¡Oh, pequeño detective!

Volodya abrazó a Vasya. Pero sus ojos parecían preocupados.

- Y ahora a la cama. Se acabaron los besos. Tendremos muchísimo que hacer mañana a causa de los convidados. Será preciso madrugar.

Apagó la luz.

Vasya sintió que le quitaban un peso de su corazón. Pero en el momento en que Vladimir se durmió, la serpiente levantó de nuevo la cabeza. ¿Por qué la había llamado pequeño detective? ¡Había algo oculto!

Vladimir dormía profundamente. Pero Vasya, acostada, arrollada como un puerco espín, estaba completamente despierta escudriñando en la obscuridad.

¿Debía creer o dudar? ¿Creer o dudar?

La gente del Sindicato se había ido. El trabajo de Vladimir era doble ahora. La reorganización le ocasionaba interminables preocupaciones. Pero había alegres compensaciones. Michailo Pavlovitch había llamado a Vasya y le había contado algunas instrucciones secretas de la Administración Central. El director no podía ser acusado de ofensas verdaderas, y casi todo se reducía a insubordinación y a no llevar la conducta debida. El asunto debía ser resuelto lo más calladamente posible, y sin obstáculos.

Vasya respiró libremente y casi volvió a caer en su vieja costumbre de decir: " ¡Gracias a Dios!" No pudo ocultar su alegría.

Michailo Pavlovitch se alegró también, por Vasya. La apreciaba y tenía lástima.

Vasya, sin embargo, no tuvo éxito. El departamento de cuentas se decidió a favor de la dirección. Las muchachas de las hilaturas no descansaban. Una huelga parecía inminente. Trabajando como bolcheviques no afiliados al partido, los mencheviques hacían todo lo posible para encender la hoguera.

Aunque tosía y estaba febril, iba a la fábrica todos los días. Luchaba contra la dirección, insistía, pedía concesiones. Después, intentaba calmar a las muchachas. Y este trabajo la absorbía tanto, que se olvidó por completo de la seda azul. Sólo una vez la serpiente que dormía en su corazón dio un signo de vida; se había, por lo visto, arraigado firmemente y era muy difícil echarla.

Esta vez fue a causa del perro, del perro de lanas blanco.

Vasya, el "botones", lo trajo a la casa. Llevaba un lazo de seda en el cuello.

- ¿De quién es este perro? ¿Por qué lo traes aquí? ¿De dónde viene?

Vasya dijo que Vladimir Ivanovitch le había dado órdenes de que trajese el perro a la casa, y que se quedase allí por ahora. Era de Savelyev, que estaba fuera y el perro tenía que quedarse solo en la casa vacía, sin nadie que le atendiese.

Vasya, sorprendida, se preguntaba desde cuándo le gustaban los perros a Vladimir. ¿Quería hacer un favor a Savelyev? Y su resentimiento contra

Savelyev surgió de nuevo. ¿Cómo es que Vladimir continúa siendo su amigo?

Cuando Vladimir volvió a casa, el perro salió a recibirle, como si hubiera encontrado un amo perdido hacía mucho tiempo. Acariciándole, Vladimir le hablaba.

- ¿De quién es eso perro, Volodya? ¿Es de Savelyev?

- ¡Qué va! Es de la novia de Iván Ivanovitch, que está de viaje y me pidió que le tuviese una temporada.

- Vasya me ha dicho que es de Savelyev.

- ¡Qué disparate! Es verdad que el perro ha estado estos días en casa de Savelyev. Vasya fue a buscarlo allí. Por eso cree que es de Savelyev.

Vasya escuchaba como si lo comprendiera todo. Pero la serpiente volvió a aguijonearla, estrujándole el corazón. ¿Podía creerle?

En cuanto llegó Iván Ivanovitch, Vasya voló hacia él. ¿De quién era aquel perro de lanas? Con muchos detalles Iván Ivanovitch le explicó que su novia le había pedido que cuidase de su perro. ¿Qué iba a hacer él? Así es que se lo mandó a Savelyev. Allí, sin embargo, sólo estaban los criados, que se marchaban y dejaban al animal encerrado.

Podía ser cierto.

Pero a Vasya no le gustaba aquel perrito de lanas.

Vladimir estaba fuera por unos días. Algo del Sindicato. Vasya estaba sola. Creyó que se sentiría sola y triste. Pero no fue así. Aunque estaba sola, parecía más contenta, más libre. No sentía el peso que en presencia de Vladimir la aplastaba como con una piedra. No sentía el desprecio de Volodya, que la ignoraba como si no estuviese. Sabía que estaba ocupado, que su cabeza estaba llena de mil cosas; pero su corazón, su tonto corazón de mujer, estaba triste, ansioso de cariño.

Estaba mejor con Vladimir ausente. Cuando estaba sola no podía ser de otra manera. No esperaba nada, no oía nada, no se sentía herida.

Invitó a su casa a sus amigos: Lisa Lorokina, los muchachos de la fábrica y Machailo Pavolovitch. Les dio una cena. Estaba alegre porque podía invitar a sus amigos.

Después de la cena discutieron los asuntos del partido, pasearon por el jardín, cantaron a coro. Todos estaban contentos y Vasya más que ninguno. ¡Qué distinto de las conversaciones con la gente del Sindicato, con Savelyev, en la sala ¡No se dio apenas cuenta de lo deprisa que pasaban los días durante la ausencia de Vladimir.

Regresó en un tren por la mañana temprano y encontró a Vasya sentada a la mesa del té.

Saltando, Vasya acudió a recibirle. No la besó, pero llevó su mano a los labios y allí los tuvo un gran rato. Cuando levantó la cabeza, Vasya vio lágrimas en sus ojos. El corazón se le oprimió.

- ¿Qué te pasa, Volodya? ¿Te sucede algo otra vez?

- No, Vasya, no pasa nada. Es que... la vida es dura para mí, Vasya. Estoy cansado de todo.

Se sentó a la mesa, apoyó la cabeza en la mano y dejó correr libremente las lágrimas.

- ¿Qué pasa, Volodya? ¿Qué tienes? Dímelo, vida mía; te sentirás mejor.

- ¿Tú crees, Vasya? -preguntó sarcásticamente-. Le he dado vueltas y vueltas en la cabeza. ¡He pasado tanto, Vasya! No, las cosas no pueden arreglarse! ¡No hay salida!

Una vez más el corazón de Vasya sufrió espantosamente.

- No me atormentes, Volodya. Dime la verdad. No puedo seguir así. Estoy muerta de cansancio; no puedo descansar...

No pudo seguir, porque comenzó a toser.

- ¿Ves? Ya toses otra vez. ¡Cómo quieres que te lo cuente!

¿Era un reproche o era pena lo que expresaba la voz de Vladimir?

Y Vasya tosía. La cara de Vladimir expresaba claramente pena; encendió un pitillo.

- ¿Por qué no bebes un poco de té? Puede que te calme -le aconsejó.

- No; tomaré la medicina.

Cuando se le calmó el golpe de tos, Vasya sirvió té a Vladimir y él volvió a decirle, en tono natural, lo difícil que era lograr que todo marchase bien. Los cargadores habían formulado una protesta. Querían más jornal por las horas extraordinarias, aunque había sido preciso reducir los salarios corrientes. El Sindicato perdía dinero a causa de ellos; pero amenazaban con la huelga si no se elevaban los jornales. Probablemente esto era debido a la actividad de algunos agitadores. Después de todo, uno no puede ocuparse de todas las cosas.

- Iván Ivanovitch me vino con estas noticias tan pronto como bajé del tren. ¡Quieres que esté contento! Me voy por un par de días y cuando vuelvo me encuentro con un conflicto entre manos. ¿Se puede saber lo que hacen los otros miembros de la Administración? No debían haber dejado que el asunto adquiriese esta gravedad. Ahora habrá complicaciones. Y el presidente tendrá algo nuevo también contra mí.

- ¿Por eso decías que la vida era tan dura y que no había remedio? ¿Por los cargadores?

- ¡Claro! ¿Qué creías?

Fumando un cigarrillo, Vladimir meneaba despacio el té y hablaba del problema. ¿Cómo podría suavizarse sin un escándalo público? Pero Vasya le escuchaba a medias. ¿Debía creerle? ¿Habría llorado a causa de los cargadores? No era natural en él. En su cabeza había algo más. La seda azul. .. Tal vez Vladimir estuviese cansado. La Comisión de Control le había atormentado tanto que ahora cualquier cosa

le desesperaba. Queda convencerse a sí misma de que las preocupaciones de Vladimir eran debidas únicamente a los negocios. Tenían la culpa aquellos miembros de la Administración de este conflicto de los cargadores.

CAPITULO IX

Al fin, Vasya consiguió lo que quería. Logró obtener concesiones de la dirección. Las muchachas de la fábrica estaban entusiasmadas; acompañaron a Vasya hasta la puerta de su casa. Pero ella sabia que a no haber sido por el presidente las cosas no se habrían resuelto tan bien. Vasya había llegado a apreciarle. Era inflexible, y sólo indulgente con respecto a los "economistas".

Cuando llegó a su casa, Vasya encontró toda la entrada llena de cargadores del muelle. Una torre de Babel de voces; discutían, gritaban: " ¡Precios más altos! ¡Nada de concesiones! ¡Si no, dejamos de trabajar! ¡Que carguen los directores y los empleados!"

Vasya se mezcló con la multitud, escuchando, haciendo preguntas. La reconocieron, la rodearon, sofocaron su voz. Querían contárselo todo al mismo tiempo. Las cuentas no se llevaban como era debido. Se apiñaban alrededor de Vasya, lanzando amenazas contra la dirección. ¿No era la mujer del director? Que le explicase todo el conflicto. En un caso así no podía haber consideraciones de familia.

Vasya escuchaba, hacia preguntas. Conocía y comprendía muy bien sus quejas. Los directores y empleados de las oficinas estaban bien tratados, bien alimentados; pero los cargadores eran verdaderos esclavos. Sus hijos estaban desnudos. Las cosas no podían continuar así. El Sindicato tendría que hacer presión sobre la dirección. No se podía hacer nada sin organización y sin un programa. Los jefes se destacaron para llegar a un acuerdo con Vasya. Debían formular sus demandas en un papel, y, si la dirección se negaba a todas las concesiones, apelarían directamente al departamento de contabilidad.

Vasya se exaltó. Olvidándose de su posición como mujer del director, hizo suya la causa de los cargadores. ¿Cómo no apoyar a los "suyos" de palabra y obra? Eran una masa sin experiencia, mal dirigida.

Dijo a los jefes que pasaran a la casa para formular sus pretensiones.

Pasaron; los cargadores miraron de refilón los muebles de la casa del director, al pasar por los salones para ir al dormitorio de Vasya. Sólo cuando estaban allí se le ocurrió a Vasya que no debía haber dicho a los hombres que entrasen. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Se sentaron alrededor de la mesa de Vasya y formularon sus demandas.

En el patio no había tanto ruido ni gritos. Los hombres, separados en grupos, paseaban hablando y fumando.

De repente, los murmullos comenzaron de nuevo. Un auto había pasado ante la casa. El director entraba en el patio.

- ¿Qué sucede? ¿Estáis celebrando un mitin aquí? ¿No estáis satisfechos? (La voz de Vladimir resonaba como un trueno.) No tengo el menor propósito de parlamentar con vosotros en este lugar. Esta es mi residencia particular. Iros a la oficina. ¿No estáis satisfechos con las cuentas? Ir al Sindicato. La dirección no tiene nada que ver con eso. Tiene otras cosas de qué preocuparse. ¿Vais a declararos en huelga? Ese es asunto vuestro. Hacerlo. Ir a la huelga si el Sindicato lo dice. Pero salir inmediatamente de aquí. No os escucharé. Sólo os atenderé en la oficina.

Vladimir dio un portazo, y, atravesando la casa, fue directamente a buscar a Vasya al dormitorio.

Al entrar se detuvo. Vasya estaba sentada en la mesa con los cargadores, "formulando" peticiones.

- ¿Qué significa esto? ¿Quién os dejó entrar? ¿Cómo os atrevéis a estar aquí sin mi permiso? ¡Fuera, fuera de aquí!

-Escucha, Vladimir Ivanovitch. No entramos por cuenta propia... Tu esposa...

- Fuera de aquí, he dicho, o...

Vladimir, blanco como el papel, levantó el brazo. Los hombres se retiraron hacia la puerta.

- ¿Estás loco, Vladimir! ¿Cómo te atreves! Deteneos, camaradas. ¿Adónde vais?

Vasya corrió tras ellos, pero Vladimir salió a su encuentro y la asió tan fuertemente del brazo, que gritó;

- ¿Les has invitado tú? ¿Quién te ha dado permiso? ¿Quién te ha pedido que intervengas en mis asuntos? Tú no eres la responsable ante el Sindicato.

- ¡Oh, me echas! ¡Porque me pongo al lado de mis hermanos! ¡Porque quiero la justicia! ¡Porque no tengo en cuenta tus intereses de director! ¡Porque disminuyo tu tanto por ciento!

- Debías avergonzarte de ti misma. Eres una repugnante hipócrita.

Vasya sintió como si la hubiese azotado con un látigo. ¿Repugnante? ¿Vasya repugnante?

Se miraron con odio, como enemigos. Pero su corazón se llenaba con dolor de agonía, con aguda pena. ¿Era el fin de su dicha?

Los cargadores se habían dispersado y Vladimir se había ido a la oficina. Echada sobre la cama, con la cabeza enterrada en la colcha, Vassilissa dejaba que sus lágrimas mojasen la seda. Su dolor no se aliviaba con lágrimas.

El corazón, dolorido, no porque la hubiera llamado odiosa, sino por su incapacidad para entenderse mutuamente. Como enemigos; en dos campos hostiles.

Los días que siguieron fueron lúgubres, sin alegría. Vladimir pasaba mucho tiempo en casa. Pero

¿para qué? Vivían como extraños, hablándose sólo cuando era completamente necesario. Cada uno vivía su vida. Vasya enfermó otra vez. Iván Ivanovitch fue a buscar al médico, que ordenó reposo absoluto y le prohibió toda emoción.

Vladimir estaba muy ocupado con su trabajo. La mitad de la noche se la pasaba en su despacho con Iván Ivanovitch y el tenedor de libros. Salían para cenar. Pero sus pensamientos continuaban ocupados con los negocios; siempre taciturno y de mal humor.

De cuando en cuando, Lisa visitaba a Vasya para hablarle de las hilaturas. Las muchachas sentían que estuviese enferma.

Y, sin embargo, su enfermedad no afligía a Vasya tanto como el convencimiento de que ella y Vladimir vivían apartados. Ninguno de los dos podía olvidar la discusión de los cargadores. Ninguno de los dos podía perdonar al otro.

Vasya pensó en volver a su casa, a su provincia. ¡Quería verse en su pueblo! ¿Pero a dónde iría? Grusha ocupaba su sotabanco; resultaría demasiado pequeño par dos. Tampoco podía pensar en ir con sus padres para reponerse, porque se lamentarían e insultarían a los bolcheviques. ¿A dónde ir entonces? Vasya escribió a Grusha pidiéndole que buscase un cuarto. Y escribió a Estéfano Alexeyevitch para que la procurase trabajo en el partido, entre las masas. Se iría tan pronto como recibiese sus contestaciones. ¿Para qué quedarse aquí? Nadie la necesitaba. Volodya se arreglaría bien sin ella. Los días se arrastraban lenta, pesadamente.

Mediaba el verano. Las cerezas del jardín estaban maduras; los ciruelos se cubrían de frutos purpúreos. Las azucenas, blancas y delicadas, brillaban sobre tallos largos, llenos de rocío. Pero ahora nada causaba placer a Vasya. Paseando por el jardín se acordaba cuando en la primavera, echada en la *chaise longue,* se había sentido feliz al sentirse con vida. Y estos recuerdos abrumaron aún más su corazón.

Sentía que aquélla era otra Vasya diferente; una Vasya joven y confiada. Algo se habría ido de ella. ¿El qué? No lo sabía exactamente. Pero así era. Algo había perdido, algo que no volvería nunca más.

Algunas veces, Vladimir se asomaba a la ventana y observaba a Vasya paseando por el jardín, indiferente, entristecida. Durante un rato permanecía junto a la ventana; entonces, volviéndose bruscamente, retornaba con Iván Ivanovitch a su trabajo.

Vasya suspiraba, con nuevo desencanto. Había confiado que bajaría a buscarla al jardín. ¡Y no venía! Así era. Era evidente que no sentía ningún afecto por ella. Para Vladimir el negocio era más importante que la angustia de un corazón de mujer.

Un ruido despertó a Vasya. Era ya por la mañana. Vladimir revolvía en su armario. Buscaba algo.

-¿Qué haces ahí tan temprano, Volodya?

- Tengo que ir a esperar un tren; viene una partida.

- ¿Tienes que ir personalmente?

- Tengo que inspeccionar.

Vladimir, ante el espejo, se ponía la corbata nueva; pero no le salía bien el nudo. Al mirarlo, Vasya sintió de nuevo que estaba muy dentro de su corazón, muy profundamente unido a ella.

- Ven, Volodya. Deja que te ayude.

Vino obedientemente y se sentó en la cama. Vasya le hizo el nudo de la corbata. Se miraron, y, de repente, sin pronunciar una palabra, se abrazaron.

- Mi pequeña Vasyuk. ¡Vida mía! ¡Me pesa tanto vivir a tu lado, y, sin embargo, estar tan terriblemente alejado! ¿No puede ser de otra manera? -preguntó quejosamente, apretando la rizada cabeza de Vasya contra su pecho.

- ¿Crees que no me duele a mí? No quiero vivir si ha de ser así.

- Pero ¿por qué reñimos, Vasyuk?

- No sé. Hay alguna barrera entre los dos.

- No, Vasya; nada puede interponerse entre nosotros. Mi corazón es todo tuyo, sólo tuyo.

- ¿Y no has dejado de amarme?

- ¡No seas tontina (La besó.) Ven; no peleemos más. Es idiota hacerlo y nos hace sufrir a los dos. Y yo no podría sufrir el perderte, Vasya. No puedo vivir sin ti. Así es que procuraremos no herirnos mutuamente. ¿No te parece?

- ¿No intentarás representar nunca más tu papel de director?

- ¿Y tú no incitarás a los cargadores contra mí?

Se echaron a reír,

- Bueno, duérmete ahora. Si no duermes, estarás todo el día mala. Yo volveré dentro de dos horas.

La tapó, besó sus ojos y se fue. Vasya se sentía feliz. Se durmió como si hubiera recuperado toda su dicha, como si no hubiera perdido nada.

Vladimir no volvió de la estación, pero telefoneó que tenía que ir a la oficina. Volver a para comer. Vasya se encontraba mejor, pero no fue a la fábrica. En cambio, se ocupó de las cosas de la casa, ayudando a María Semyonovna en la limpieza.

Poco antes de la cena, llamaron al teléfono. Vasya contestó:

- ¡Al habla!

-. ¿Está en casa Vladimir Ivanovitch?

- No, todavía no. ¿Con quién hablo?

- Con la oficina de administración.

- Pero, ¿por qué llaman aquí? El está ahí, en la oficina.

- No, no está aquí. Salió de la oficina hace un rato. Perdón.

¡La voz de aquella mujer otra vez! ¿Quién sería? A Vasya le desagrada aquella voz. Los primeros días de llegar llamaba con frecuencia. Después cesó. Vasya preguntó una vez a Iván Ivanovitch, casualmente, quién llamaba desde la oficina durante

las horas de trabajo. Iván Ivanovitch le explicó que serían los empleados. ¡Qué extraño! Sus voces sonaban muy iguales. Y, de nuevo, Vasya sintió los colmillos de la serpiente.

Vladimir trajo invitados a comer a dos miembros de la administración. Discutieron las partidas llegadas aquella mañana. Sin embargo, encontró ocasión de preguntar a Vasya cómo se encontraba y si se había echado al sol como el doctor le había mandado.

- No, no me eché al sol.

Vasya cortó secamente la conversación, añadiendo con intención:

- La joven esa que te llama con frecuencia desde la oficina, llamó otra vez.

- ¿Qué joven? (Vladimir parecía sorprendido.) ¿De la oficina? Entonces debe ser la mujer de Shelgunov. ¡Sí que es joven! Una venerable madre de familia. Tú la has visto, Vasya. Es la mujer gorda, de la verruga en la cara.

Hablaba sencilla, naturalmente. Pero Vasya se sintió inquieta.

No, aquello no era natural. Después de la cena, los señores de la dirección se fueron. Vasya se alegró. Quería estar sola con Vladimir, para aliviar su espíritu. La promesa de felicidad de aquella mañana tenía que realizarse.

Pero apenas se habían marchado los invitados, cuando el teléfono del despacho sonó de nuevo. Vladimir fue al aparato.

- Sí, soy yo. (Secamente.) ¿No te he dicho que no telefonees?

Una risa. "Claro, asuntos de familia." Reconviniendo: "De ninguna manera. Lo prohíbo terminantemente." Ansiosamente: "Bien, bien." Ablandándose: "Pero no por mucho tiempo. Adiós."

Vasya, en el cuarto próximo, escuchaba.

Vladimir fue del despacho directamente al dormitorio, pasando por delante de Vasya como si no la hubiera visto. Ella le siguió. Delante del espejo se peinaba.

- ¿Con quién hablabas, Volodya?

- Con Savelyev.

- ¡Con Savelyev! ¿Ha vuelto?

- Esta mañana.

- ¿Te has entrevistado con él?

- Oye, ¿qué examen es éste? ¿No sabes que estuve esta mañana inspeccionado la descarga de una partida?

Se veía que estaba molesto al hablar así.

- ¡Y te vas con él enseguida! ¿Se lo has prometido?

- Sí, voy allí.

Silencio.

Vasya sintió que su corazón le daba martillazos; latía con violencia, como si fuese a estallar. ¡Ojalá estallara! No tendría que sufrir más tiempo esta agonía. Se dirigió rápidamente hacia Vladimir y cogió dulcemente su mano.

- No lo hagas, Volodya. No empieces de nuevo...

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Vladimir de mal humor.

- No tengas ninguna relación con ese ladrón de especulador. Me lo han indicado. La principal cosa que tienen en contra tuya son tus relaciones con gente de mala conducta.

- Ya comienzas otra vez. ¿Estoy hablando con un miembro del Comité de Control? ¿Insistes en molestarme? ¿En tiranizarme? ¿Quieres atarme a las cintas de tu delantal?

Roja de indignación, Vasya retiró su mano de la de Vladimir.

- Basta, Vladimir, Basta. ¿Qué dices? ¿He intentado alguna vez encadenarte a mí? No pierdas la cabeza. Hablo de ti y no de mí. Ya tienes bastantes enemigos. Si reanudas tu amistad con Savelyev...

- ¿Qué tiene que ver Savelyev con esto?

- ¿Qué dices? ¿Que qué tiene que ver? ¿No vas a reunirte con él?

Los ojos de Vasya miraban inquietos.

- Claro que voy a buscarle. ¿No puedes comprender que me tenga que valer de él para los negocios? Es una cosa necesaria.

- No te creo -exclamó ella con vehemencia-. Aplázalo para mañana. Dile que vaya a la oficina.

- ¡Qué niña eres, Vasya! -dijo él, cambiando el tono de su voz-. Muy bien, te diré la verdad. Es cierto que Savelyev no me ha llamado para discutir ningún negocio. Eso puede resolverse en la oficina. Es que tiene gente en su casa; me ha invitado para jugar a las cartas. Tú sabes muy bien, Vasya, que no voy a ningún sitio hace casi un mes. Estuve en casa ocupado todo el tiempo con los asuntos del negocio. Déjame que por una vez cambie de aire. Soy joven, Vasya; quiero vivir. No puedo ser un ermitaño.

- Comprendo, Volodya -dijo ella tristemente-. Sí, todo ha pasado como dices. Y el que te diviertas un poco no es malo. Pero tienes también que tener en cuenta otra cosa. No debes volver a empezar, a estar siempre con ese Savelyev, ese especulador canalla. Tú tampoco sientes respeto por él. ¿Para qué lo necesitas? La gente dirá enseguida que Vladimir Ivanovitch y Savelyev son otra vez uña y carne. Y todo volverá a empezar. ¡Volodya mío! No vayas hoy, te lo ruego. ¡Anula la invitación!

- ¡Cuánta tontería

Volodya comenzaba a perder la paciencia.

- Si el Comité provincial no tiene otra cosa que hacer que proceder legalmente contra un individuo a causa de sus amistades, no es un Comité provincial, sino una letrina. Exageras, Vasya.

- Pero, ¡es que a mí tampoco me gusta que vayas! Sé que no puede verme. Te ha invitado sólo para molestarme. ¿No te oí decir por teléfono que no podías ir a causa de tu familia? Y después te echaste a reír, Volodya. (Se excitaba.) ¡Y me duele verte reír

con un extraño al hablar de mí, y sobre todo con Savelyev! ¡Como si yo te prohibiera ir!

- Pero ¡si no me dejas!

- ¡Si así lo quieres... Entonces, muy bien, vete. Pero acuérdate... (sus ojos llameaban). Acuérdate, que la paciencia se me acaba. Te he ayudado, sufrido por ti, defendido en todo. ¡Basta ya! Vete si quieres. Pero yo también sabré lo que tengo que hacer.

Su voz se alzó en un agudo e histérico chillido.

- Estoy harto de tus histerismos. ¿Por qué machacas tanto? ¿Qué quieres de mí?

- ¡Volodya!

(Había lágrimas en la voz de Vasya.)

- Nunca te he pedido nada. Pero hoy te pido que te quedes. Por tu felicidad y la mía.

- ¡Oh, las mujeres! Todas sois iguales. ¡Repugnantes!...

Pasando apresuradamente ante ella, atravesó el recibidor; la puerta de la calle se cerró de un portazo. El motor sonó...

- He venido a buscarte, Lisa. Deja que me quede contigo. Le he dejado para siempre.

Le faltaba la voz; pero sus ojos estaban secos. Su desgracia era demasiado intensa para poder verter lágrimas.

- ¿Te has separado de él? Ya hace mucho tiempo que debías haberlo hecho. Todos nos preguntábamos cómo podías resistirlo tanto tiempo.

- Vivíamos como extraños, Lisa. Es horrible - gemía Vasya.

- ¡Claro! Pero ¿cómo puedes quererle?

Vasya no lo sabía. Apenas podía pensar en lo que había pasado. Nunca le perdonaría; nunca olvidaría esta indignidad. Era la primera vez que ella le pedía algo. ¿Y qué había hecho? Podía lo mismo haber pisado su cadáver. ¿Y por qué? ¿Por qué? Para jugar a las cartas con aquel ladrón, con aquel especulador de Sevelyev, y una reunión de gente repugnante. ¡A él le daba lo mismo que Vasya se muriese de dolor! ¡Mientras él lo pasase bien, mientras tuviese las distracciones que le gustaban! ¿Era eso amor? ¿Era aquél su amigo y compañero? ¿Era eso un comunista?

Lisa no podía atar cabos en la explicación incoherente de Vasya. ¿Qué había pasado? ¿Qué tenía Savelyev que ver con todo aquello?

- ¿Que qué tiene que ver? Si ha sido por su culpa, por culpa de ese especulador ladrón. Vladimir ha ido a reunirse con él.

- ¿Crees que ha ido con él?

- ¿Con quién crees tú? ¿No crees lo que te digo?

- Pero ¿cómo puedes creer eso? Toda la ciudad lo sabe; sólo tú pareces ignorarlo. ¿O es que no quieres saberlo? ¿Es que te niegas a reconocerlo?

- Dime de qué se trata, Lisa; dímelo.

-Pues de que tu Vladimir tiene una amiga.

Vasya, al principio no entendió y se quedó mirando fijamente a Lisa. No sintió ningún dolor, ninguna pesadumbre; sólo sorpresa.

- ¿Dices que una amiga? ¿Quién es?

-No es una de nuestra clase, una obrera. Es una de las empleadas de la oficina.

- ¿La conoces?

- La he visto varias veces. Toda la ciudad la conoce.

- ¿Por qué?

- Siempre va muy elegante. Por eso están los compañeros tan indignados contra Vladimir. Michailo Pavlovitch te habló de esta amistad. ¿Cómo no te diste cuenta? Para otras cosas no eres tonta. Pero en esta cuestión has obrado como una niña.

Vasya, sin embargo, estaba preocupada por algo diferente.

- ¿La quiere él?

- ¡Cómo lo voy a saber yo! La gente creyó que la cosa terminaría con tu llegada; pero nada de eso ha sucedido. Continúa yendo a verla en su coche.

- ¿Tiene ella casa propia?

- Según dicen, mucho mejor puesta que la tuya.

Luego aquello era cierto: "mantiene dos casas".

Vasya lo comprendió todo. Todo menos un punto. ¿Por qué le había mentido Volodya? ¿Por qué la había atormentado y engañado?

- Pero ¿qué esperabas de él? ¿Tenía que ir a ti como un pecador arrepentido? ¿O crees que te iba a pedir permiso para visitar a su amiga? Tú eras la que tenías que haberlo visto antes. Si no lo has visto, has sido una tonta y sólo a ti misma puedes echar la culpa.

- ¿Por qué insistes en decir que he sido tonta? Eso no es lo importante. La cuestión es esta: ¿la quiere realmente o sólo le gusta?

- ¿Qué quieres decir? No sé lo que estás hablando. Debe quererla. ¿No la mantiene y la hace regalos valiosos?

- ¿Lo crees así...? Pero, mira, yo no sé...

- Seguramente no creerás que te quiere a ti. No te engañes a ti misma, Vasya, Eso sólo te causará más dolor. Le agradas y te estima. ¡Pero lo que es amarte! Eso hace tiempo que pasó. Lo sé muy bien.

Vasya movió la cabeza:

- Mira, no estoy conforme contigo.

Su estupidez aburrió a Lisa, que le empezó a hablar de la amiga de Volodya. ¡Bonita como un cuadro! ¿Y sus vestidos? Siempre vestida de seda, siempre rodeada de admiradores. Savelyev era uno de éstos; ella lo sabía. En su casa, por las noches, había mucha alegría. Y se murmuraba que los dos, Vladimir y Salveyev, estaban con ella.

Por un motivo u otro, esta idea repugnó a Vasya.

¿Era posible que Vladimir hubiera cambiado tanto? ¿Podría realmente amar a una mujer así? Vasya no creía las cosas que oía. Algo había en todo aquello que no era cierto.

Lisa se ofendió.

- Muy bien; no me creas. Pregunta a cualquiera: Todo el mundo te dirá lo mismo. Ella estuvo en la oficina de secretaria de Savelyev, hasta que el director comenzó a pagarla todos los gastos. Es posible que otros tengan también que ver con ella. Hablan de Iván Ivanovitch. Y algunos miembros de la Administración van de cuando en cuando a verla. Es una de "esas mujeres"; sólo que no está registrada. Su suerte es que hoy día no necesitan permiso.

- Vladimir nunca se hubiera enamorado de una mujer así -objetó Vasya.

- ¿Por qué crees eso? A los hombres les gusta esa clase de mujeres, especialmente a los hombres como tu Vladimir. Se le conoce en la cara; cuanto peor sea una mujer, más le gusta.

- ¡Cállate, Lisa! ¿Por qué dices eso? Tú no le conoces. ¿Por qué te atreves a juzgarle así?

- ¿Por qué le defiendes? ¿No te ha puesto en ridículo ante toda la ciudad? Sin embargo, le defiendes como si se tratase de una fortaleza...

- ¿Ponerme en ridículo? ¿Yen qué forma? Dime, Lisa. ¿Qué tengo yo que ver con las acciones de Vladimir? No sufro por eso. No es por eso.

- Sí, lo sé. Sufres porque ya no te ama.

- No, Lisa; tampoco es eso. Me duele, pero eso no es lo más importante. Sé lo que quiero decir; pero no encuentro las palabras. Éramos compañeros; vivíamos íntimamente unidos, y, de repente, te dicen: "Vladimir se ha alejado de ti, te ha mentido, ha tenido miedo." ¿De mí? ¿Por qué? ¿Me hubiera cruzado yo en su camino? ¿Le hubiera apartado de su amor? ¡No podía, Volodya no podía pensar eso! Debe pasar algo más. No debe querer tanto a esa muchacha.

- Vuelves a lo mismo -dijo Lisa enfadada-. Es imposible hablar contigo. Tú quieres todavía a Volodya. Te maltrata y sigues amándole... Yo no soy así. Hubiera concluido con él hace mucho y le hubiera dado bastante que pensar.

Vasya no lo negó. Pero cuanto más condenaba Lisa a Vladimir, más ardientemente le defendía ella. Quería convencer a Lisa de que él había obrado mal, no por tener una mujer, no por amar a otra mujer, sino por no habérselo dicho a Vasya. ¡Como si no fuese su amiga y su compañera! ¡Como si fuese una extraña! Aún peor; significaba para él menos que una extraña, porque no tenía fe en ella. ¿La creía dispuesta a luchar por sus derechos como una mujer legítima?

- ¡Claro que debes luchar por ellos! -exclamó Lisa-. ¿Cómo permites que te ponga en ridículo? Después, si quieres, puedes dejarle.

En el fondo de su corazón Vasya condenaba a menudo a Volodya. Pero en el momento en que alguien le atacaba se pasaba a su lado y se indignaba. La gente no le entendía. Sólo ella conocía a Vladimir, "el americano". Cuando dijo "el americano", se le saltaron las lágrimas. Recordó a Vladimir, "el americano", dirigiendo su grupo, luchando por el Soviet.

Llorando, se echó en los brazos de Lisa. No pensaba en Vladimir el director; pero gemía por "el americano", sufría por él inconsolable, mortalmente.

- Es muy fuerte este golpe, Lisenyka. No puedo más.

- Lo sé, querida. Ten paciencia. Pasará. Yo sufrí lo mismo hace un año. Y, sin embargo, ya no sufro...

Vasya no podía dormir, aunque Lisa le había dado su cama y ella dormía sobre unas sillas. Lisa había trabajado durante todo el día y dormía profundamente. Vasya, sin poder descansar, se volvía de un lado a otro; se sentaba, se volvía a echar... No podía descansar. Infinidad de pensamientos agitaban su cabeza y torturaban su corazón. ¡Como la noche aquella de la enfermera, cuando arrestaron a Vladimir!

No eran celos lo que sentía. Era la falta de confianza de Vladimir lo que le hería. Si no fuera por eso, lo perdonaría todo. Los hombres no saben dominar su corazón. Pero Vasya no creía que amase a la otra. No lo creía. Era sólo una "liason". Durante muchos meses había vivido solo. Tenía un temperamento ardiente (se acordó de Styosha). Había comenzado a vivir con ella y continuaba. Probablemente ella no le dejaría marchar. Lisa también creía que era un hombre que gustaba a las mujeres. Y si era así, no debía ser un enlace de amor. Volodya seguramente habría querido alejarse, pero no habría podido. Vasya recordaba lo mudable, lo variable que se había hecho. Había sufrido muchísimo. ¿Cómo podía vivir con la persona querida mientras la otra afilaba el cuchillo a su espalda? Recordaba cuantas veces Vladimir había querido confesarle algo; cómo no se había atrevido nunca. Había estado a punto de decírselo la mañana del motín de los cargadores. Ella tuvo miedo y, por desgracia, comenzó a toser y Vladimir ya no dijo nada. ¿Así es que él le tenía lástima? Si era así, la quería. Pero ¿la amaba? Fácil era decirlo. Pero ¿y la tela azul? ¿La misma para las dos?

"Te he comprado un regalo, adorada mía. Y he tenido que comprar también lo mismo para mi mujer. Toma la seda, pero no digas nada. "

"¡Maldito sea!" Vasya cerró sus puños como si quisiese pegar a Vladimir, Pensaba: ¿Dé modo que no iba a buscar a Savelyev ayer? Y Savelyev no tenía nada que ver en esto. Era sólo la pantalla. Si ella hubiera sabido que tenía una amiga que pretendía amarle, no se hubiera enfadado con Vladimir. Hubiera sido desgraciada; pero hubiera comprendido: ¡Pero humillar a Vasya!

Podía comprender el amor por la amiga. Pero ¿y perdonarle? ¿Como le había perdonado cuando la enfermera, cuando Styosha? ¿Sería posible que llegase a gustar el perro de lanas blanco y olvidar la

seda azul?

CAPITULO X

Apenas había salido Lisa por la mañana para el trabajo, cuando la puerta se abrió y María Semyonovna apareció con la cabeza cubierta por un velo de encaje. Venía sin aliento. Hacía calor; era pleno verano.

- Buenos días, Vassilissa Dementyevna. Te traigo una carta de tu marido. Quería que cogiese un coche para que llegase aquí más deprisa. Pero ¿quién encuentra un coche en estos tiempos? ¡Me ahogo!

Al querer Vasya romper el sobre con la dirección de la oficina, sus dedos parecían paralizados.

"¡Vasya! ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que quieres hacerme? ¿Por qué me torturas tan despiadadamente? ¿Quieres un escándalo que repercuta en todo el distrito, para que mis enemigos tengan nuevos motivos para acusarme? Frecuentemente has dicho que eras mi amiga; pero te unes a mis adversarios. Has destruido mi corazón. No puedo continuar esta vida. Si ya no me quieres dilo francamente. ¿Por qué me hieres por la espalda? Tú sabes que te quiero, que sólo a ti quiero. Todo lo demás que dice la gente es absurdo, efímero. Escucha: Te juro que no estuve con Savelyev ayer. Te juro que donde estuve ayer te fui fiel. Mi corazón sólo late para ti. Estoy agotado, Vasya. Tenme lástima. Ven conmigo; deja que me mire en tus adorados ojos y te lo cuente todo. ¡Toda la verdad! Si eres mi amiga y compañera, vendrás. Si no... Entonces, adiós para siempre. Pero debes saber lo siguiente: sin ti no quiere vivir tu desgraciado, *Volodya."*

Vasya leyó la carta dos veces. Su corazón se llenó de ternura, las lágrimas empañaron sus ojos. "Efímero". "¡Sólo te quiero a ti!" Pero a continuación se indignó. ¡Ella le torturaba! Le pedía que le tuviese lastima. ¿Había tenido él lástima de ella? Y él ¿no la había atormentado? Sus ojos se secaron; sus labios, pálidos, se apretaron en delgada línea.

"¡Desgraciado!" ¡Que se crea desgraciado! Toda la noche se la ha pasado haciendo el amor a otra mujer; le ha regalado seda azul. ¡Y cómo le había pedido ella ayer que no fuese! Quédate, le había dicho, con toda el alma puesta en los ojos. Y él la había rechazado; la había gritado como un marido legítimo, y se había ido. Ahora escribía: "Sólo te quiero a ti." ¡Mentira! No la quería. ¡Bonito amor el suyo! Sólo pena, amargura. Y aún había escrito: "Adiós; pero debes saber que no viviré sin ti." Sería verdad que... ¡Tonterías! Era sólo una amenaza para enternecerla, para hacerla volver a él como si nada hubiese pasado.

Leyó la carta otra vez.

Entretanto, María Semyonovna se había sentado, indiferente a todo, y se secaba el sudor. "Vladimir Ivanovitch volvió anoche casi enseguida después que te fuiste. Preguntó dónde estabas. Se metió en el despacho a escribir. A media noche entró en la cocina para preguntar si habías vuelto. "No", le dije, y se marchó. Entonces, acompañó a Iván Ivanovitch hasta la puerta y se fue al dormitorio. Vio tu carta. Le oí llorar como un niño desconsolado. Y no se acostó; toda la noche se la pasó dando paseos arriba y abajo. Esta mañana no ha querido ni el té. "No quiero nada", me ha dicho. Ve a buscar a Vassilissa Dementyevna. Ve a casa de todos sus amigos hasta que la encuentres. No te atrevas a volver sin ella."

Vasya escuchaba dolorida, al recordar su antiguo amor con Vladimir. ¡La había esperado toda la noche, había llorado y sufrido, la había llamado a ella, a su Vasya. ¡Qué duro había sido también para ella! ¡Cómo le había echado de menos! Había sentido celos. ¿De modo que los hilos que unían sus corazones no se habían roto? ¿Su amor no había desaparecido por completo? ¡Para prolongar la agonía! ¿Volvería con él? ¿Volvería para discutir nuevamente con él?

- ¿Qué hacía Vladimir Ivanovitch cuando saliste? ¿Iba a la oficina?

- ¿Cuándo salí? Telefoneaba a "su amiguita". Seguramente quería contarle sus penas. O tal vez quería que compartiese su alegría. ¿Quién es capaz de entender a estos hombres? ¡Menos mal si no hay escándalo!

¿Había llamado a "la amiguita"? ¿Ahora? ¿En estos momentos? ¿Escribía a Vasya y telefoneaba a la otra? Lisa debía estar en lo cierto. Quería continuar con ella sólo para evitar el escándalo. Si su mujer no estuviese tenida en tan alta estima, no se preocuparía de ella. La llamaba para humillarla de nuevo. ¡No! Ya era bastante. No volvería con él; no caería en la trampa que le tendía.

- Dile a Vladimir Ivanovitch que no tengo nada que contestar. Eso es todo. Y date prisa; haz el favor de marcharte enseguida.

- ¡Ya voy, ya voy! No conviene, además, precipitarse en estos asuntos. Debías haberlo meditado antes, Vassilissa Dementyevna. Claro que Vladimir Ivanovitch no se ha portado bien contigo, porque tú eres su mujer; pero tú tampoco tienes toda la razón. ¿Quién deja a un hombre así solo durante meses? Y si lo piensas bien, Vladimir Ivanovitch es un buen marido, al fin y al cabo. Siempre se preocupa por ti. Siempre quiere saber si has tomado el cacao; si te he traído huevos frescos... Se preocupa más que tú de tus vestidos. Nunca te niega nada. Y en lo que se refiere a mujeres, ¿quién es el que está libre de ello? Tú eres su mujer; la gente te respeta. Pero, ¿y en la otra parte? Paga, da regalos; eso es todo.

A medida que María Semyonovna hablaba, el corazón de Vassilissa Dementyevna se sentía más afectado. ¡Qué sencillo sería todo si ella pudiese pensar así! Pero María Semyonovna no podía

comprender lo que a Vassilissa la hería. Vladimir ya no era su amigo. Ella no tenía ya fe en él. ¿Y cómo iban a vivir juntos sin tener fe el uno en el otro?

- Debes esperar hasta la noche, Vassilissa Dementyevna. ¿No será mejor que yo vaya a casa y le diga a tu marido que estás pensándolo y que le darás la contestación esta noche? Esto es lo más razonable. Pero hablar, guiarse del impulso del momento... Es fácil equivocarse cuando uno está enfadado. Trato de evitarte arrepentimientos y lágrimas.

- No, María Semyonovna. No intentes convencerme. Hazlo como te digo. No vuelvo más. Esto ha terminado.

Sus labios temblaban al hablar, y grandes lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

- Bien; eso es una cuestión tuya. Ya he hablado bastante. Tú eres la que tienes que decidir.

Y María Semyonovna se fue.

De nuevo sintió Vasya deseos de gemir como un animal herido, de sollozar tan fuerte que la oyese todo el mundo en la casa, en la calle. Todo había terminado. Adiós para siempre, Volodya; adiós para siempre.

Vasya lloró inconsolablemente, hasta que se quedó dormida, con la cabeza enterrada en la almohada de Lisa. No había cerrado los ojos en toda la noche.

Se despertó con el ruido de un auto que pasaba bajo la ventana.

¿De quién sería el auto? Saltó apresuradamente de la cama. ¿Vendría Vladimir a buscarla? La esperanza y la alegría despertaron su corazón. Abrió la ventana; Vassya, el "botones" estaba ante la puerta.

- Vassilissa Dementyevna: ha pasado algo terrible. Vladimir Ivanovitch se ha envenenado.

- ¿Cómo? ¿Qué dices?

Vassilissa voló a unirse con el muchacho. Cogió su mano y preguntó:

- ¿Ha muerto?

- No; todavía no. Vive; pero está retorciéndose de dolor; está agonizando. Te llama. Iván Ivanovitch me ha dicho que viniera a buscarte en el auto.

Sin sombrero, a medio vestir, subió Vasya en el auto. Los dientes la castañeteaban como si tuviese fiebre.

¡Le había matado! ¡Le había herido de muerte! La había suplicado aquella mañana. ¡Cómo se lo había pedido!

Con los ojos dilatados, se horrorizaba de sí misma. No expresaban tristeza, sino muerte; lo inevitable.

El "botones" le contaba, con aire importante, lo que había pasado. En el fondo le agradaba que ocurriesen cosas tan interesantes.

Vladimir Ivanovitch había ido a la oficina por la mañana. Al cabo de media hora había vuelto a casa; se había metido en el despacho y Vassya le había visto revolver en el armario donde guardaba las muestras de los tintes, que debía probar para conocer su calidad. Vassya, entretanto, estaba ocupado barriendo el patio. Cuando terminó y entró en la casa oyó que alguien se quejaba en el despacho. Fue a ver lo que pasaba. Allí estaba Vladimir Ivanovitch, tirado en el sofá, con los ojos en blanco, la boca abierta y echando espumarajos. Y entonces fue cuando comenzó el jaleo.

Vasya había ido corriendo a avisar al médico, que vivía allí, a la vuelta. Le encontró comiendo. Pero él le explicó todo lo que sucedía: "Se está muriendo; después puede comer usted."

Vassya tuvo que hacer dos viajes a la farmacia a todo correr. Vino Iván Ivanovitch. Toda la casa se puso en conmoción.

Vasya escuchaba, pero sin darse cuenta de las palabras. También estaba más muerta que viva. Todo lo había olvidado; sólo tenía presente a Vladimir y sus sufrimientos. Si Volodya moría, su vida también habría terminado. Sólo quedaría un vacío, un vacío más horrible que la tumba.

Entró en la casa con el muchacho.

Iván Ivanovitch acompañaba al doctor hasta la puerta.

- ¿Vive?

- Estamos haciendo cuanto es posible. Hasta mañana no sabremos de una manera cierta si vivirá.

Entró de puntillas en el dormitorio. Los gemidos de Vladimir se oían cada vez más. Parecía que gemía por ella. ¿Podría Vladimir ser arrancado de ella, de su Vasya?

El dormitorio estaba cambiado, diferente. La alfombra recogida, la cama en otro sitio. Pero ¿dónde estaba Volodya?

Algo grande, blanco, largo, sobre el diván. Su cara estaba de un gris azulado; los ojos cerrados. Los quejidos cesaron. ¿Qué pasaba? ¿Estaba muerto?

- ¡Volodya, Volodya!

El médico se volvió furioso:

- ¡Silencio! Hay que calmar los nervios.

Asistido por una enfermera de gorro blanco, el doctor se ocupaba de Vladimir. Los dos parecían graves, serios. No dejaron que Vasya se acercase.

Abrió los ojos y respiró más apresuradamente. ¡Estaba vivo!

- Doctor -dijo Vasya con gran pena; dígame la verdad: ¿Hay esperanza?

- Siempre hay esperanza mientras el corazón late - contestó ásperamente el doctor, como si le hicieran preguntas tontas.

¿Qué querría decir? ¿Mientras late el corazón? ¿Y si deja de latir?

No preguntó más. El doctor estaba ocupado. Con ayuda de la enfermera levantaban la cabeza de Vladimir para echar algo en su boca.

Otra vez gemía Vladimir. Lanzaba gritos cortos, plañideros. Vasya escuchaba. Ya no experimentaba

ninguna sensación. Estaba como adormecida, como si el dolor hubiera paralizado sus sentidos, como si su existencia hubiera terminado.

Crepúsculo, oscuridad. La lámpara encendida en el dormitorio. Habían venido otros doctores para una consulta. El "botones" fue precipitadamente al Departamento de Higiene a buscar un medicamento especial.

A Vasya no le permitían ver a Vladimir. Tampoco él preguntaba por ella. Sin sentido, de vez en vez lanzaba gemidos de angustia. Al oírle quejar, Vasya pensaba que su alma luchaba con el cuerpo; pero el cuerpo rehusaba dejar en libertad el alma.

Desamparada, como una persona que está de más, Vasya andaba alrededor de los médicos sin saber qué hacer.

De repente se sobresaltó. Debían hacerse muchos comentarios por la ciudad. La gente diría: "Un comunista y ¡un suicidio! ¿Por qué?" Y empezarían las habladurías. Tenía que apresurarse, apresurarse a detener las habladurías. ¡Había que pensar algo! ¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué causa? Una idea luminosa: ¡Setas! Había tomado setas en el almuerzo y se moría. Recordó un caso semejante en la aldea de su abuela, una vez que fue a visitarla. Un sastre de la ciudad que había venido a pasar unos días con su hermano, había cogido setas en el campo. Y las había guisado. Murió a consecuencia de ello.

Vasya comenzó a telefonear.

Michailo Pavlovitch fue el primero en llegar. Le contó todos los detalles en cuanto le vio. Quería contarle cómo había sucedido la desgracia. Brevemente explicado, el caso había sucedido así: Vladimir había comido setas envenenadas y estaba agonizando.

Luego telefoneó al presidente y a los otros camaradas.

Después dio instrucciones a Iván Ivanovitch para que explicase lo sucedido a los miembros de la Administración, para que diese cuenta en la oficina. Y muy minuciosamente le explicó a Vassya, el "botones", y a María Semyonovna lo que debían decir: Vassya, ladino y pícaro, torció los labios, levantó los hombros y no dijo nada. A él le daba igual.

Sin embargo, María Semyonovna se ofendió; apretó los labios y cruzó las manos sobre el delantal. No quiso aceptar la historia de las setas.

- ¿Cómo puede un hombre envenenarse con setas? Todo el mundo dirá: ¡Pues sí que ha tenido cuidado la cocinera!

Pero Vasya insistió. Era esa la historia que debía contarse a todo el mundo. Había comido setas y le habían hecho daño.

-Se dirá lo que quieras; pero no es una idea muy luminosa. ¡Si hubiera sido otra cosa! ¡Pero con setas! ¿Qué cocinera es capaz de guisar setas malas?

Vasya salió de la cocina. María Semyonovna estaba furiosa y tiraba y golpeaba las cacerolas. "Lo enredan todo, lo echan a perder y ahora yo tengo la culpa. Primero hacen una cama que ni el diablo puede dormir, y ahora, si te da la gana, duerme tú en ella: ¡María Semyonovna tiene la culpa! ¡Yo no conozco qué setas son buenas y cuáles malas! ¿Cómo podrán insultar así a una persona? Me he pasado en la cocina veinte años; no hay otra cocinera como yo; sé más que un jefe. Hay que ver mi lista de servicios. Hasta la difunta madame Gollolobova, la mujer del general, que tan orgullosa era, no me llamaba más que María Semyonovna; y los Pokatilovs, los millonarios, me regalaron por Navidades un reloj de oro y una cadena porque mis guisos eran excelentes. Y ahora, ¡hay que ver lo que han discurrido! ¡María Semyonovna le ha dado al director setas venenosas! No creía que una ofensa así fuese posible. ¿No he hecho todo lo que he podido? Me da pena esta Vassilissa; nunca le he dicho nada de la amante de su marido. Pero así es la gente. Sólo injusticia. ¡Y son comunistas!"

- ¿Por qué te enfadas, María Semyonovna? ¿Por qué te ofendes? -dijo sentenciosamente Vasya, que entretanto tomaba la sopa con gran apetito.

- ¡Qué importa lo que nos han aconsejado que digamos! La verdad se sabrá de todos modos. No te harán responsable de nada; has inventado esta historia de las setas para que el escándalo no sea tan grande. Pero es gracioso. ¡Es muy interesante! ¿Qué valor tiene el cine comparado con todo esto?

- Tú tomas todo como cosa de diversión. Se está muriendo una persona y a ti te hace gracia. ¡Así marcha el mundo! A nadie le importa la vida. A la gente no le importa vivir. Todo porque han olvidado a Dios.

- ¡Oh, olvídate tú también de Dios! Yo no soy comunista; pero tampoco creo en Dios.

- Haces mal en no creer. Ahí le tienes sentado y charlando sin hacer nada. ¿Por qué no me ayudas a secar los platos? Esos hombres, los médicos, no saben más que manchar platos. Continuamente quieren té y todo lo demás. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Eso es lo que le he dicho a esa mona compuesta, a la doncella de la amante de Vladimir Ivanovitch. Acababa de servir la sopa a los médicos cuando entró corriendo por la puerta de servicio, levantándose las faldas, con un delantal de batista y una cofia con cintas como mariposas. "Mi señora me envía a saber cómo sigue Vladimir Ivanovitch." "Está tan bien -la dije- que creo que estará delante de Dios muy pronto, porque Dios castiga a todo el mundo por sus pecados. En cuanto a tu señora, dile a esa fresca que mejor es que vaya a la iglesia para hacer penitencia. Después de todo es la única culpable."

En presencia de Vassilissa, María Semyonovna estaba muy callada; pero en cuanto encontraba alguien con quien hablar no había medio de detener

el torrente de sus palabras.

La casa se llenaba aún más de gente. Vino gente durante todo el día; miembros de la Administración, compañeros de trabajo. Los médicos celebraron otra consulta. Lisa vino para estar con Vasya durante toda la noche, para velar, para que no se encontrase sola y sufriese esperando lo peor. Lisa sentía que en parte también era responsable. Había empujado a Vasya contra Vladimir.

- No digas eso, Lisa. Yo sola desperté contra él. Tuvo que ser una daga mortal la que me hiciese ver que no hay nada para mí en el mundo más querido que él. ¿Cómo podré vivir sin Volodya? Su sangre caerá sobre mi cabeza.

Vasya, con su rizosa cabeza apoyada en la mano, sentada a la cabecera de la cama de Vladimir, pensaba. Si Volodya se moría, ya no podría vivir sin él. ¿Qué sería de ella? ¿La Revolución? ¿El partido? El partido sólo quiere a aquellos que no tienen ningún crimen sobre la conciencia. Vasya no podría olvidar nunca que había matado a Vladimir, y si hubiera habido alguna buena razón.... ¡Pero por celos de mujer! ¡Y qué amigo! Ella había creído que no la quería ya. Pero debía quererla cuando se había suicidado. ¿De manera que era verdad que la vida sin ella no era nada para él? A pesar de su pena, al darse cuenta de esto, se echó a llorar, con dulces lágrimas de arrepentimiento.

Contemplando a su adorado, Vasya musitó tiernamente:

- ¿Me perdonarás, vida mía? ¿Podrás perdonarme, adorado amigo mío?

El se agitó, movió la cabeza con ansiedad.

- Agua... agua....

Dulcemente, levantó Vasya su cabeza de la almohada, corno le había dicho la enfermera, y le dio agua.

Vladimir bebió. Abrió los ojos, la miró; pero pareció no verla.

- ¿Estás mejor, Volodetchka?

Y decía esto al mismo tiempo que se inclinaba sobre él.

No contestó. Abrió los ojos y los volvió a cerrar.

- ¿Está ahí Iván Ivanovitch? -preguntó débilmente.

- No, se ha ido. ¿Le necesitas?

Dijo que sí con la cabeza.

-Hazle llamar; telefonéale.

- El doctor ha prohibido que te ocupes de los negocios.

Vladimir pareció impacientarse y molestarse.

- Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos. Llámale.

Cerró los ojos. Vasya sintió una puñalada. ¿Por qué había dicho eso? "Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos." Luego él no la había perdonado de ser la causa de aquella agonía mortal que sufría.

Mandó a buscar a Iván Ivanovitch. Cuando vino, Vladimir pidió a Vasya que le dejase solo con él. Ella se fue al jardín. Las rosas se habían marchitado; pero las dalias estaban en flor. El sol ardía sobre sus manos, sus hombros, su cabeza. No la acariciaba como en la primavera; la quemaba dolorosamente. El jardín, descuidado; las madreselvas se enredaban en los tilos como yedra. El cielo no era azul; el calor le daba aspecto de plata derretida.

Vasya paseaba sobre el ardiente suelo.

¡No, Vladimir no la perdonaría! No olvidaría lo pasado. Si ella hubiera ido cuando la llamó aquella mañana, nada hubiera pasado. Ahora le había perdido, perdido para siempre. Volodya ya no tendría nunca confianza en ella; ya no se apoyaría más en ella. Vasya estaba de pie ante la acacia que en la primavera había tenido tantas flores. Cerró los ojos. ¿Por qué no se había envenenado también? ¿Por qué vivía todavía?

- Vassilissa Dementyevna, Vladimir Ivanovitch te llama - decía Iván Ivanovitch al tomar el coche para irse en él. ¿Adónde iba? ¿Llevaría un recado a la amiga de Vladimir? Pero esto ya no le importaba a Vasya.

El pasado no volvería ya...

Hacía calor. El sol abrasador del verano era agotador. Las persianas estaban echadas. Vladimir dormía; Vasya, arrodillada al pie de su cama, le espantaba las moscas.

Tenía que dormir, recuperar sus fuerzas. Había sufrido ya bastante.

Vasya y Volodya estaban solos en la casa. María Semyonovna había salido de compras. Vassya, el "botones", estaba en un recado.

A Vasya le gustaba estar sola con Volodya. Sentía así que le pertenecía, que era su propiedad. ¡Estaba tan débil, tan inútil!

¡Si pudiera comprenderla, leer en su corazón! Vería que ardientemente le quería, cómo sufría, cómo ansiaba sus caricias, cómo su soledad le mataba. ¿Por qué estaba Volodya siempre taciturno, siempre hostil contra ella? Nunca la miraba a los ojos. Cuando no le arreglaba bien la almohada, decía agriamente: - ¡Y que se llame a esto una enfermera! ¡No sabe ni siquiera arreglar unas almohadas!

Claro que no se puede esperar mucho de un hombre enfermo. Sin embargo, ¿por qué era así? ¿Sería posible que no la perdonase? ¿Nunca? Y si continuaban juntos ¿tenía que ser siempre, como ahora: soledad, tristeza, frialdad?

Miró a Vladimir; contempló aquella cara tan querida, familiar, aquellas pestañas. Vasya se había enamorado de ellas desde el primer momento. Y él había quedado cautivado por su pelo; pero ella ya no tenía pelo.

Era como el viejo cuento de hadas. Su pelo le había encantado; cuando se lo cortaron, su amante la

dejó. ¡Cómo se adoraban en 1917! ¡Y más tarde, cuando comenzó la ofensiva de los blancos! La noche en que juntos arrestaron a los conspiradores, la decía: "Si caigo, Vasya, no pierdas ni una sola hora de tu trabajo; tus lágrimas pueden esperar". "Y lo mismo te digo a ti, Volodya. Nos lo prometemos mutuamente." Se estrecharon las manos, mirándose a los ojos, y se fueron a su trabajo. Hacía frío entonces; las estrellas brillaban; la nieve crujía bajo sus pies, mientras Vasya y Vladimir iban a reunirse con sus compañeros.

Con estos recuerdos, el corazón de Vasya se enternecía, como si el calor que irradiaba de su perdida felicidad lo derritiese. Vasya no lloró cuando el desastre sobrevino; no se había lamentado, olvidándose de sí misma. Pero ahora, las lágrimas corrían por sus mejillas; no lágrimas amargas, abrasadoras, sino lágrimas de dulce tristeza. Lloraba por la felicidad del pasado.

- Vasya, pero Vasya, ¿qué tienes?

Volodya había levantado la cabeza de la almohada y la miraba. Sus ojos no parecían ya distantes; ya no parecía pasarla por alto. No eran fríos. Eran "sus ojos", los ojos cariñosos, amantes, de Volodya, aunque su expresión fuese triste todavía.

- ¿Qué tienes, Vasyuk? ¿Por qué lloras, nenita? Puso su mano con cariño sobre sus rizos.

- Volodya, vida mía. ¿Me perdonarás? ¿Me perdonas?

- ¡Vasya! ¿Qué quieres que te perdone? No, no llores más, para que podamos hablar. Siéntate aquí más cerca a mí. Aquí vivimos uno junto al otro, sin decirnos nada y sufriendo tanto.

- Pero tú no debes excitarte. Tengo miedo por ti, cariño mío. Otro día hablaremos.

- No, no puede ser mejor otro día. ¡Soy tan desgraciado! ¡Por eso quise morir! Y aun ahora, aunque quiero vivir, no veo solución...

- La buscaremos juntos, Volodya. Después de todo yo no soy una extraña para ti.

- ¿Estás segura que lo sabes todo?

Ella inclinó la cabeza:

- Sí; lo sé.

- ¿Entonces, ya sabes lo que me hiere? Y tú siempre reprochándome tonterías, siempre aludiendo a Savelyev.

-Lo sé, Volodya.

- Y has cometido otra equivocación. ¿Creías que era amor? ¿Lo creías? No, Vasya; te amo a ti, sólo a ti, mi ángel de la guarda. Pero allí, Vasya, es diferente, completamente diferente. Llámalo como quieras; llámalo falta de dominio de sí mismo; lo que quieras, pero no amor. Estabas celosa, sospechabas de mí, me espiabas.

- Nunca, Volodya; nunca.

- ¡Cómo puedes negarlo! ¡Acuérdate de la seda azul! Acuérdate de tus preguntas intencionadas: ¿Por qué hueles a perfume? ¿Dónde vas? ¿Dónde vive Savelyev? Dímelo.

- No te espiaba, Volodya. No lo hice; pero me imaginaba toda clase de cosas horribles. Quería apartar de mí esas fantasías, Volodya. Quería creer en ti, conservar mi confianza en ti.

- ¡Oh, no hables de tu imaginación! De todos modos estabas celosa. No lo decías abiertamente; pero me atormentabas, me torturabas. ¿Para qué volver sobre lo pasado? ¡Los dos tenemos culpa!

Silencio. Ambos pensaban...

- ¿Nuestra vida tiene que continuar así, Volodya? -preguntó tristemente Vasya.

- No sé, Vasya. Yo mismo estoy perdido. No sé qué hacer.

De nuevo quedaron en silencio. Los dos tenían mucho que decir; pero no sabían cómo comunicárselo.

- ¿No serías más feliz con la otra muchacha, Volodya? -preguntó Vasya con precaución. Ella misma se quedó sorprendida de que la pregunta no la hiriese.

- ¡Vasya, Vasya! Veo que no tienes confianza en mí. ¿No puedes ver a quién amo? ¿No me quise matar porque te había perdido?

Y en sus ojos y voz había reproches.

El corazón de Vasya temblaba de gozo.

- ¡Volodya!

Se abrazaron; sus labios se buscaron.

- No, así no, Vasya. Cálmate, Vasyuk. No tengo fuerzas todavía, ya lo ves... No puedo ni aun besarte...

Sonriendo, Vladimir besaba la cabeza de Vasya; pero sus ojos estaban nuevamente tristes. La barrera levantada entre los dos no podría ser derribada. No podrían encontrar el camino que les condujese desde el precipicio de la incomprensión a comprenderse mutuamente y amarse.

CAPITULO XI

Vladimir había vuelto por vez primera al trabajo; había ido a la oficina. Vasya recobraba su libertad. Por la mañana se fue en seguida al Comité del partido y de allí a las hilaturas. Lisa necesitaba ayuda; había que hacer preparativos para la reunión del Sindicato.

Vasya sonreía cuando iba camino del local del partido. Sentía como si se hubiese escapado de una jaula. Todo le encantaba. Le parecía que no había visto a los compañeros desde hacía muchísimo tiempo; ellos también se alegraron de verla. La habían echado de menos. Vasya era la más querida de todos. Trabajaba, no intrigaba y se interesaba por las desgracias de los demás. Tan pronto como llegó al local central del partido le dieron trabajo: determinar lo que tenía que discutirse en el mitin y clasificar el material con los oradores.

Vasya miró el reloj. ¡Imposible! Marcaba casi las ocho. Y Vladimir estaría esperándola impaciente.

¿Le habrían dado de comer según las órdenes de los médicos? Vasya se había olvidado de todo.

Regresaba con Lisa discutiendo las noticias que un compañero de la Administración Central traía de Moscú. Lisa se mostraba completamente en desacuerdo con la Nueva Política Económica. Ocurrían cosas extrañas en el partido de estos días. Ella defendía a los muchachos de la fábrica. Iban a llevar sus propios Sindicatos a la Conferencia del partido y se lucharía de nuevo contra el presidente.

Vasya la envidiaba. En realidad, desde su llegada no había tomado parte activa en nada, como si no fuese miembro del partido, sino únicamente "simpatizante".

- Ahora sólo eres la mujer del director. Si vivieras por tu cuenta, hubieras vuelto al trabajo en seguida.

Vasya suspiró. Lisa no tenía que decírselo; ya lo sabía. Pero no tenía tiempo de pensar en ello. Tan pronto como Vladimir estuviese completamente repuesto volvería a su provincia.

- ¡Oh, no te irás! Estás demasiado pagada de tu Vladimir Ivanovitch. Hoy día tú eres solamente una mujer casada -objetó Lisa enfadada.

Vasya se quedó silenciosa. ¿Qué podría decirle? Lisa tenía razón. ¡Pero habían pasado bastante ya ¡Que viviera Volodya, que viviera sin sufrimientos!

Cuando Vasya llegó a la casa él no estaba.

- ¿Dónde está Vladimir Ivanovitch? ¿No ha vuelto todavía?

- Claro que regresó. Estuvo aquí desde las tres y te esperó para comer. Pero no pudo esperar más. Cuando comprendió que no venías comió con Ivan Ivanovitch. Se fueron no hace mucho -le dijo María Semyonovna. Pero te ha dejado una nota sobre la mesa.

Vasya la cogió.

"Querida Vasya: Hemos convenido ser siempre francos el uno con el otro. Me has dicho que siempre me comprenderás. Tengo necesidad de ir allí hoy. Ya te diré por qué después. Entonces comprenderás cómo no tenía más remedio que hacerlo. Te suplico que te acuerdes de nuestro convenio, y no te aflijas. Tu *Vladimir."*

Cuando Vasya leyó la carta dejó caer pesadamente sus manos sobre la falda.

¿Otra vez? Luego aquello no había terminado. Pero ¿cómo se le había ocurrido pensar que se había acabado? ¿Lo había dicho acaso Volodya? ¿No sabía que Iván Ivanovitch estaba continuamente yendo y viniendo, haciendo de eslabón entre Vladimir y la otra mujer? Volodya era ahora franco como ella se lo pedía. ¡Franqueza, sólo franqueza! ¿Por qué entonces le dolía tanto? ¿Por qué se despertaban en su corazón una gran amargura e indignación, como si Volodya la hubiera engañado otra vez?

María Semyonovna ponía la mesa; miraba con desaprobación a Vasya.

- ¿Quieres comer? -preguntó-. ¿Vas a comenzar de nuevo? Nadie come aquí, y, sin embargo, una tiene que guisar. Y en seguida otra vez a comenzar vuestras riñas y lágrimas interminables. Te ofendas o no, Vassilissa Dementyevna, debo decirte la verdad. Tú no eres la mujer para Vladimir Ivanovitch. Ahora estás desesperada por su carta y lloras porque se ha ido con su amante. Pero yo digo que tú también tienes la culpa. Ese hombre ha salido de la muerte, como si dijésemos. Se envenenó por ti. Y en el momento que sale, tú te marchas también. Si fueras a tu trabajo sería distinto. Los negocios tienen sus derechos. ¡Pero para ir corriendo de una reunión a otra, soliviantando a nuestras ingenuas mujeres! ¿Por qué no arreglas tu casa antes de enseñar a las demás? ¡Es una vergüenza trabajar para ti!

Cerrando la puerta de un golpe desapareció en la cocina. Pero a los pocos minutos volvió más amable, con una tortilla recién hecha y una taza de cacao.

- Come, Vassilissa Dementyevna, y no pienses más. Al fin y al cabo no puedes estar en todo.

María Semyonovna se sentó a la mesa al lado de Vassilissa y la refirió sus propias experiencias. Algo parecido había pasado en casa de madame Gollolovoba, la mujer del general, a causa de la institutriz francesa. Pero el general y su mujer se reconciliaron después y vivieron juntos hasta que ella murió. Y lo que es aún más, hasta felices.

Vasya escuchaba a medias, pero no la interrumpía. Había conocido lo que era María Semyonovna durante la enfermedad de Vladimir. María Semyonovna tenía lástima de Vasya y la reconocía como a uno de los "suyos". Odiaba a los especialistas, a los médicos, a los doctores. Decía que todos eran "burshuis". Pero ahora Vasya tenía que oír las interminables historias de cómo había vivido el millonario Pokatilovs, y lo que a la mujer del general le gustaba comer. Estas historias aburrían a Vasya, pero no quería herir los sentimientos de María Semyonovna. Era un alma cariñosa, aunque a primera vista pareciese arisca.

Sus historias eran en estos momentos más desagradables aún para Vasya, porque quería pesarlo todo, aclarar todo en su espíritu, pensar las cosas desde el principio al fin.

- Gracias por la cena, María Semyonovna. Ahora volveré con mis papeles.

- ¿Eso es todo lo que comes? Si lo sé no guiso nada. Te estás matando, Vassilissa Dementyevna. Y la cosa no lo vale. Porque, a decirte verdad, no daría nada por la amante de Vladimir Ivanovitch. No te llega ni al dedo meñique.

Lisa había dicho lo mismo.

- ¿Por qué dices eso, María Semyonovna? Dicen que es muy hermosa.

- ¿Qué hay de bonito en ella? Va pintada y empolvada como un clown. No se interesa más que en los trapos, para sacar más y más de los hombres.

- ¿La conoces? ¿La has visto?

- Claro que la conozco. ¡Pues no ha dormido aquí pocas veces, antes de que tú vinieses! Necesita toda clase de cosas. Agua caliente por las noches. Necesito esto y esto y lo otro. Pretende ser una señora y dice que está acostumbrada a esa vida desde pequeña. Pero miente. No lo parece. La verdadera gente distinguida está mejor educada. Siempre dicen "haga el favor" y "gracias" a los criados. Pero esa sinvergüenza sólo sabe dar órdenes. ¡Tráeme eso! ¡Haz eso! ¡Llévate esto!

- ¿Cómo se llama?

- Su nombre es Nina Constantinovna. No me acuerdo de su otro apellido. Pero toda la ciudad la conoce por Nina Constantinovna.

- Me gustaría verla alguna vez -dijo Vasya pensativamente, mientras daba vueltas en sus manos a la nota de Volodya.

- La cosa es fácil. Va al parque todos los días que toca la música. Vamos mañana y podrás echar una ojeada a esa mona compuesta. En los tiempos pasados esa clase de mujeres paseaba de noche por las calles de Moscú.

- ¿Dices que cuando toca la música? Muy bien, iremos. Quizá me encuentre mejor después de haberla visto.

María Semyonovna movió la cabeza; pero no intentó disuadir a Vasya. Deseaba ver cómo las dos rivales se contemplaban.

Vasya se paseaba por la casa a obscuras. No quería encender las luces. Le parecía que la obscuridad la calmaba. No podía dormir.

Por la mañana todo marchaba bien; Volodya se encontraba bien y comenzaba a trabajar de nuevo, y ella también estaba ocupada, porque pronto regresaría a su provincia. No quería continuar siendo la "señora del director". Desde que ella y Vladimir habían decidido hablarse con franqueza, se encontraba mejor. Pero la pena permanecía. No eran celos, Vladimir no había faltado a su palabra. Le había dicho la verdad como a un amigo. Y, sin embargo, no se sentía satisfecha.

Se riñó a sí misma. ¿Se podría saber lo que quería? De ninguna manera debía pensar que Vladimir hubiese vuelto a ella, que hubiese echado a la otra de su corazón. Pero ese era precisamente su deseo. Lo que Vasya había pensado, deseado, anhelado por tanto tiempo.

¿Y cuál era el resultado? Después de todo lo que habían sufrido no habían adelantado nada.

Vladimir volvía a pasar las veladas con la otra, mientras Vasya se paseaba sola por la casa, a obscuras. No tenía compasión de ella. ¿A quién amaba? ¿A ella, a Vasya, a su amiga, a su compañera, o a la otra? El decía que amaba a Vasya; pero no era verdad. Estos pensamientos sólo aumentaban sus penas. Si supiera que había dejado de amarla, se marcharía. Pero tal y como estaban las cosas, ¿cómo podría abandonarle? ¿Y si ella se equivocase? Vasya no podía abandonar a Vladimir. ¿Cómo podría vivir tan lejos, con aquella agonía en el corazón? Era más soportable su dolor allí, a su lado. Sucediese lo que sucediese, ella amaba a Vladimir.

Le amaba, pero cada día le comprendía menos. Era como si hubiesen entrado en una selva por dos veredas distintas. Cuanto más penetraban en ella más distancia les separaba. Amaba a Volodya; pero en su interior cada día le acusaba más. ¿Cómo podría tener relaciones con una mujer así? ¡Si fuese una de "los suyos", una muchacha comunista! Entonces no se sentiría tan herida. Pero era una "burshuika" de los pies a la cabeza.

El mismo Volodya le había dicho a Vasya que era una extraña, una joven de la aristocracia. No podía comprender a los comunistas, a los bolcheviques; suspiraba por su vida pasada. Había sido educada con lujo. Había tenido diez y siete criados en su casa, y un caballo propio, con montura de señora. Su padre fue un soldado blanco. Su madre murió durante la Revolución. Su hermano, que era oficial, figuraba entre los desaparecidos. Sólo ella quedó. Buscó trabajo. Como sabía idiomas, la admitieron en las oficinas de la Administración como secretaria. Allí la conoció Volodya. Nina se enamoró de él y le escribía cartas.

Vasya estaba muy lejos; Volodya solo. Así comenzaron sus amores. Pronto se dieron cuenta de ello en la oficina. Nina Constantinovna fue mirada con hostilidad en la oficina y tuvo que abandonar su puesto. Entonces Savelyev la hizo su secretaria.

- ¿Sólo su secretaria? -no pudo por menos de exclamar Vasya. Quería herir a Volodya. Pero también deseaba saber la verdad sobre la otra.

- ¿Por qué repites esas historias? -dijo con indignación Vladimir-. ¿No te avergüenzas de decir esas infamias? No creí que fueses capaz de calumniarla como si se tratase de una mujer cualquiera. ¿Por qué haces eso, Vasya? Eso no es natural en ti.

Le explicó que Savelyev era una especie de padre o tutor de Nina Constantinovna. Había conocido a sus padres, y cuando Nina se quedó sola en el mundo la atendió, la aconsejó y la ayudó materialmente. Le consiguió también la colocación en las oficinas de la Administración. Luego, cuando abandonó su cargo en las oficinas, volvió a ayudarla. Tuvo que dejar su habitación. ¿Dónde vivía? ¿Con Vladimir? No era posible. Savelyev le ofreció su casa. Pero Nina Constantinovna no quiso aceptarla. No podía dejarla en mitad de la calle. Savelyev encontró una casa pequeña, donde instaló su oficina y ofreció allí un cuarto a Nina. "Porque es una especie de tutor para ella. Le da pena lo que le pasa, la cuida." Vasya no pudo contenerse y dijo:

- Y le hace el amor.

Vasya estaba enfadada; Volodya hablaba demasiado bien de aquella mujer. Siempre había sido un alma confiada. Vasya desconfiaba de la muchacha. Todo el mundo afirmaba que era una de tantas...

- ¡Es mentira! ¡Una mentira infame! ¿Por qué sientes placer repitiendo todas esas infamias? Nina sólo piensa en mí. Nina sólo es mía. Y aunque fuera verdad, Savelyev no sería el único que la hiciera el amor. ¿Conoces a Maklejof, de la Oficina de Comercio Exterior? Le ofrecía una vida de lujos; pero Nina le enseñó la puerta. No niego que a Savelyev le guste Nina. Quizá su cariño no sea completamente paternal. Pero Nina, como hombre, no puede soportarle. No hay ni que pensar en eso. Conozco a Nina y puedes estar segura.

Comprendió que se excitaba, como si no se tratase solamente de convencer a Vasya, sino de convencerse a sí mismo. Pero lo que a Vasya le hería más era la relación que Savelyev tenía con todo aquello. Desde el primer día sintió repugnancia hacia él. Había, pues, motivos para que la Comisión de Control le dijese que Vladimir Ivanovitch debía apartarse de Savelyev.

- Pero lo que no comprendo es por qué Savelyev tenga que estar mezclado en este asunto. Por eso dicen que los dos estáis con ella, que vais a medias.

- Si alguien se atreve a decir eso, escúpele a la cara. Tienes que comprenderme, Vasya. Lo peor de todo es que Nina era pura cuando la poseí... Era pura...

- ¿Pura?

Vasya sintió una puñalada en el corazón, como si una aguja finísima lo atravesase. Hacía mucho tiempo, en el "17", la noche aquella, en el cuartito de Vasya, él la había dicho: "Reservo mi corazón para una muchacha pura", y después, la primera noche de su amor, mientras la acariciaba: "No, no hay nadie en el mundo más puro que tú."

- ¿Pura? ¡Qué tonterías dices, Vladimir? ¡Qué tiene que ver el cuerpo con la pureza! Hablas ya como un "burshui".

- Intenta comprenderme, Vasya. Yo no lo pienso, pero ella sí. Para ella es una tragedia el que yo la haya poseído sin casarme. Ahora piensa que está "perdida" para siempre. No puedes comprender todo lo que sufre. Llora constantemente. Intenta comprenderlo, Vasya. Ella piensa de distinta manera que nosotros los proletarios. El primer hombre que la posea debe casarse con ella.

- ¿Por qué no me has dicho eso antes? ¿Quién te impide que te cases con ella? ¿Soy yo?

- ¡Oh, Vasya! Eres muy inteligente, pero en tocando al amor eres una mujer como todas las demás. ¿Cómo puedo casarme con ella? Somos extraños, distintos en todo. No es amor lo que siento. Es más bien lástima. ¿No lo ves tú misma?

- ¿Lástima solamente? ¿Sería posible?

Ella quería creer que sólo era lástima.

- Si no la quieres o no os comprendéis, ¿por qué no os separáis? ¡Es un tormento para los dos esta situación!

Vasya no habló de sus sufrimientos.

- ¡No puedo dejarla! No es tan sencillo, Vasya. ¿Dónde irá si la abandono? ¿Con Savelyev? ¿A registrarse como una prostituta?

- ¿Por qué tanta preocupación? ¡Que busque trabajo!

- ¿Trabajo? Eso se dice más fácilmente que se encuentra en estos tiempos que todo el mundo está de más. Además, ¿en qué va a trabajar? Al fin y al cabo, Nina no puede entrar de obrera en una fábrica.

Vasya hubiera querido contestar: "¿Por qué no en una fábrica?" Pero se contuvo por Vladimir. No estaba completamente restablecido, y el médico había recomendado que no se excitase. Esta conversación le afectaba mucho.

Más tarde, cuando vagaba por la casa a obscuras, Vasya sentía haber callado. ¿Por qué le había ocultado la verdad? ¿Por qué no le había dicho a Vladimir todo lo que pensaba de aquella mujer? Ella no comprendía que Nina Constantinovna le amase. Sólo le tendía lazos para conseguir más de él. Vasya la odiaba, no por lo que decían de ella, sino porque su corazón no era puro. Muchas prostitutas eran mejores que la llamada mujer decente. Vasya recordaba a Sinka, la del cabello rizado, muerta por los blancos, que gritó al morir: "¡Viva el Gobierno de los Soviets! ¡Viva la Revolución!" Era una mujer de la calle, de lo más bajo; pero al estallar la Revolución se dignificó trabajando en los puestos más difíciles, de más peligro. Trabajó en la Checa con alma y vida. Vasya hubiera comprendido que Vladimir se enamorase de una mujer así. ¡Pero de una "señora" como aquella, de una "burshuita" ¡Era extraña a él, después de todo! Y no tenía corazón; no hacía más que engañar a Vladimir. El era un ser confiado, tenía fe en ella. Por eso sufría tanto Vasya. Nunca podría resignarse.

¿Qué era lo que le unía a ella? ¿Lástima?" ¡Soy tan débil, estoy tan abandonada!" Vladimir afirmaba que era pura. ¡Pura! Pero ahora no quedaba ni la más pequeña señal de aquella pureza. La había cambiado hacía ya mucho tiempo por regalos de los hombres. El, sin embargo, aún creía en ella. Vasya estaba indignada contra aquella mujer.

- ¿Cuánto tiempo vas a estar dando vueltas por la casa como una loca? -dijo María Semyonovna rompiendo los pensamientos de Vasya-. Debes preocuparte de tu salud. Necesitas todas tus energías para tus reuniones. ¿Por qué no intentas descansar? Es absurdo que esperes a tu marido. No le querrás recibir en tu cuarto cuando vuelva de estar con la otra. Le voy a hacer la cama en la sala.

Vasya abrazó a María Semyonovna. Pero se sintió aún más triste. Una extraña le tenía lástima, mientras

él, su amor, su marido, su compañero, sólo compadecía a la otra, a la mujer sin corazón que se arrollaba a él como una serpiente.

- ¿Duermes, Vasyuk? -dijo Vladimir entrando en el dormitorio y encendiendo la luz.

Vasya estaba echada en la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Cómo era posible que durmiese con aquella agonía en el corazón?

- No, no duermo.

- ¿Está mi Vasyuk enfadada conmigo? -dijo sentándose en la cama y queriendo besar a Vasya.

Ella le rechazó.

- Ya veo que estás enfadada. ¿Y nuestro convenio? Te lo he contado todo como a un amigo. Tú misma me lo has pedido. Y ahora... ¿Es entonces mejor mentir?

Vasya no contestó.

- No está bien, vida mía, que empecemos a reñir y a hacernos acusaciones otra vez. ¿Por qué te enfadas? ¿Porque he ido a ver a Nina? Piénsalo bien. Yo estoy siempre contigo; ella está sola. ¿Crees que no ha sufrido mucho cuando yo he estado malo?

Vasya quiso gritar: "¿Qué me importa a mí todo eso?" Pero apretó los labios para no decir nada. Callaba, pero el corazón le latía con violencia.

- No creas que ha pasado nada, Vasyuk. No estaba solo con ella. Estaban allí también Salveyev e Iván Ivanovitch. Teníamos que ponernos de acuerdo. ¿Sabes por qué fui hoy? Mira, Vasya: fui a despedirme. ¿Por qué te sorprendes? ¿No me crees? Pregúntaselo a Iván Ivanovitch. Por eso le hice venir aquí, para que lo dispusiese todo, para que ayudase a Nina a irse, a pagar el alquiler y todas las demás cosas.

- ¿Dónde se va?

La voz de Vasya sonaba hueca.

- A Moscú. Salvelyev la acompañará, porque tiene parientes con los cuales vivirá Nina y le buscarán trabajo. Es mejor para todos nosotros.

Vasya callaba. Sus ojos expresaban recelo.

¿Por qué aquel cambio repentino? ¿Qué pasaría? ¿Es que ya no la quería?

- No hablemos de amor. Eso es otra cuestión. Pero Nina comprende también que las cosas no pueden continuar así. Está decidida a irse a Moscú. Ya hace tiempo que lo decidió. Me lo dijo la mañana que tú me abandonaste. Me llamó por teléfono para decirme que ella no podía continuar con esta vida. Una cosa u otra. Y si no se iba a Moscú...

- ¡Ah, por eso! ¿Por eso te envenenaste? Una mujer te dejaba y la otra te amenazaba también con abandonarte si no te casabas. ¡Qué tonta! Ahora lo comprendo. Y yo que creía que era por mi causa por lo que querías morir.

Vasya se reía amarga, nerviosamente.

- ¡Cómo lo cambias todo, Vasya! ¡Qué rencorosa te has vuelto! No eres la Vasyuk de antes -respondió Vladimir tristemente, levantándose de la cama-. ¡Para qué continuar hablando! Yo quería contártelo todo para que no hubiera secretos entre nosotros. Pero veo que cuanto más sincero soy las cosas se ponen peor. ¡Te has hecho cruel!

- ¡Oh, no! ¡Calla, Volodya!

Su voz sonaba como un cristal roto; temblaba con toda la desesperación encerrada en su alma.

- Si vas a decirlo todo, hazlo. ¿Por qué la mandas a Moscú? A ella la quieres, a mí no. Si me quisieras te hubieras quedado conmigo hoy. Pero sólo piensas en ella, sólo sientes compasión por ella.

- Vasya, Vasya, eres injusta. ¡Si supieras lo que ha sufrido Nina durante todos estos meses! ¡Es tan joven! No tiene ni un amigo verdadero. Todo el mundo le arroja cieno. ¿Y por qué, Vasya? Porque ha tenido la desgracia de enamorarse de mí. Tú, Vasya, tienes tu partido, tienes amigos. Pero ella sólo me tiene a mí. Soy el único que la protege, el único que la defiende.

Paseando arriba y abajo de la habitación, con las manos a la espalda, Vladimir le contó que Nina había quedado embarazada. ¡Un niño! ¡Su ilusión! ¡Tanta alegría y tanto dolor!

- ¿Dónde está el niño? -preguntó Vasya temblando.

- ¿No pensarás que Nina ha dado a luz? ¡Qué escándalo hubiera sido? ¡Y lo que tú hubieras sufrido! Pensamos en ti también. Nina sufrió lo indecible; pero por ti decidimos no tenerlo.

¿Por ella? El había hablado con otra mujer "pensando" en ella, como si Vasya no fuese su amiga, sino un enemigo. No era con ella con quien había contado para aliviar sus penas, sino con la otra, con Nina. Aquella mujer estaba cerca de Vladimir. Vasya ya no le pertenecía.

- El día de tu llegada supe que Nina estaba embarazada. Ahora ya sabes lo que entonces me atormentaba.

Ella inclinó la cabeza silenciosamente.

Vladimir continuó contándole que Nina, para evitar habladurías, se fue a otra ciudad. Savelyev le encontró una casa donde estar. Y allí abortó. Pero surgieron complicaciones. Vladimir fue a verla.

- ¿Eso ocurrió cuando los cargadores iban a declarar la huelga?

- Sí, por entonces.

Por eso lloró aquel día en el comedor, y no por los cargadores.

- ¿Volvió la semana que regresó Savelyev? -continuó diciendo Vasya.

-Sí.

- Ya comprendo.

Los dos callaron; los dos esperaban. Ahora volvería a pronunciar palabras duras, crueles. Más tarde se arrepentirían. Pero ya estarían dichas.

Destrozaban su amor, lo hacían pedazos. Ya no quedaba felicidad en sus corazones amantes.

- Vasya -fue Vladimir el que rompió el silencio-,

¿por qué sufrimos todos así? ¿Quién tuvo la culpa? Te juro que te fui fiel, te fui fiel hasta que no pude más.

- No era necesario, Volodya. Yo sólo hubiera querido que me consideraras como tu amiga.

Sentándose de nuevo en la cama, Vladimir le cogió la mano.

- Sí, Vasya; sé que eres mi amiga. ¡Pero eso es tan horrible para mí!...

Apoyó la cabeza sobre el hombro de Vasya, como tenía por costumbre hacer. Al acariciar aquella cabeza, Vasya sintió un suave placer que atenuaba su dolor. A pesar de todo, estaba allí con ella. ¡Aún la quería a su modo!

- ¿No sería mucho mejor, Volodya, que yo me fuese y ella se quedase? -preguntó Vasya con temor.

- No empieces otra vez, Vasya. No me atormentes. En lugar de ayudarme me apartas del camino recto. Te he abierto mi alma como al mejor amigo. No tengo ningún secreto para ti y dices que te quieres ir.

- Por tu felicidad, Volodya. ¡Si es a ella a la que amas!

- ¿Por qué hablas de amor, Vasya? El amor tiene que ser recíproco. ¡Y yo veo tan claramente que Nina y yo no tenemos nada de común, que ella no es mi compañera, que nunca podrá ser mi amiga como tú! Me da pena; no hago más que atenderla. ¿Qué sería de ella si la abandonase, si la dejase? Soy el responsable de su vida. ¿Comprendes? Ella era pura cuando la poseí.

- Esas son tonterías, Volodya. ¿Por qué has de ser tú el responsable? Ella no era una niña. Ya tenía edad de saber lo que hacía. Además, ¿quién se preocupa de esas cosas en estos tiempos?

- Tú tienes ideas proletarias, Vasya. Pero Nina, no. Para ella es una tragedia.

- Lo sé; por eso digo que me iré para que tú te cases con ella.

- ¿Otra vez, Vasya? ¿No te he suplicado que no me atormentes? Además, ya es tarde. Todo está decidido. Nina Constantinovna se va a Moscú el jueves. No hay que hablar más de esto.

Vladimir hablaba con tanta calma, con tanta seguridad, que Vasya tuvo que creerle.

- Pero ten un poco de paciencia, Vasya. No hagas ninguna locura. Ella se irá y nosotros viviremos como antes. No, mejor que antes, porque hemos sufrido mucho juntos y todo lo pasado nos unirá aún más.

Volodya la abrazó y besó sus ojos.

- Me gustaría dormir contigo esta noche, Vasyuk. ¿Quieres? ¡Estoy tan cansado!

Con la cabeza apoyada en el hombro de Vasya se durmió en seguida.

Vasya no dormía. Si la quisiera la hubiera acariciado. Si la quisiera comprendería su sufrimiento. Le contemplaba. ¡Aquella cabeza tan querida ocultaba pensamientos tan extraños, tan incomprensibles! Aquellas grandes pestañas ocultaban miradas dulces que no iban dirigidas a ella. Aquellos labios ardientes cubrían a otra mujer de besos anhelantes, para despertar su pasión.

Alejó a Volodya de su hombro. ¡Para ella era un extraño!

- ¿Por qué apartas a tu adorado Volodya? -exclamó en sueños Vladimir.

¿Tu adorado Volodya? ¿Quién le llamaba así? Ella no. Las confundía. Hasta en sueños pensaba en la otra.

Vasya miraba con indignación a su marido dormido. ¿Era posible que este hombre fuese su amante, que alguna vez hubiera sido su amigo y compañero? ¿Era este el hombre con el que había luchado por el Soviet?

Era un extraño. Un desconocido. ¡Qué sola estaba!

CAPITULO XII

El parque. Polvoriento, seco por el sofocante calor del verano. La lluvia, por tanto tiempo y tan anhelosamente esperada, no caía. Habría limpiado los árboles del polvo de la ciudad; hubiera saciado la sed de la hierba.

La banda tocaba ante escaso público. Los niños corrían alrededor. Algunos soldados rojos estaban sentados en grupos o paseaban con sus novias. En un banco, a la sombra, un sacerdote con traje seglar meditaba. A su lado, una niñera vigilaba a un niño.

Vasya y María Semyonovna se sentaron; aunque estaban un poco distantes podían verlo todo. Esperaron a Nina Constantinovna. "¿Cómo no habrá venido ya la señorita? Generalmente llega en el momento que la banda empieza a tocar, para lucir sus vestidos. Todas las señoras distinguidas vienen para ver lo que se estila este año. Lo saben por Nina, que siempre va vestida a la última."

Vasya escuchaba, deseando ardientemente conocer a Nina. ¿Cómo sería? Al mismo tiempo tenía miedo. ¿Se atrevería a mirarla?

- ¿Es esa, María Semyonovna? ¿Allí, en ese banco, a la derecha de la banda? ¿La del vestido rosa?

- Pero ¿cómo se te puede ocurrir eso? Nina Constantinovna no es así. Verás en seguida la diferencia entre ella y las demás. Es una mujer verdaderamente elegante.

Se sentaron para esperar. Nina no venía. Cuando ya se iban para casa, pensando volver al día siguiente, apareció. Venía por el otro extremo del parque, y se paró ante la banda. Paseaba con Salvelyev y otros dos miembros del Comité. No pareció notar los ojos que se clavaban en ella. ¡Era aquélla! Llevaba un traje blanco, que envolvía su cuerpo con pliegues suaves, que revelaban la curva de sus senos. En las manos, guantes de color de arena

y sombrero del mismo tono metido hasta los ojos. Vasya no podía distinguir sus facciones; sólo veía los labios, rojos como de sangre.

- ¡Qué labios tan rojos!

- Es el lápiz rojo -explicó María Semyonovna. ¡Pues si le vieras los ojos! Parece que se los haya teñido con hollín. Habría que pasarle una esponja para quitarle toda la porquería de la cara. Entonces la debías ver. Yo sería hermosa también si usase polvos y colorete.

Nina Constantinovna se apoyaba en su sombrilla blanca, dando golpecillos en el suelo con la punta de sus zapatos blancos. Reía, echando un poco atrás la cabeza. Los miembros del Comité se reían también.

Savelyev, aparentemente aburrido, se había apartado y hacía dibujos con su bastón en la arena.

- El sombrero le tapa casi toda la cara -dijo Vasya, lamentándose.

- Ven, adelantémonos. Así podrás ver mejor a esa desvergonzada. No es bonita, Cuando serví a madame Golloloba, entonces sí que veía a señoras distinguidas de verdad y verdaderas bellezas. Comparada con aquéllas, ésta no vale nada.

Vasya ansiaba saber por qué Volodya amaba a aquella mujer.

En el preciso momento que Vasya y María Semyonovna se adelantaban para ver pasar a Nina, ella se despedía de los miembros del Comité, exclamando en voz tan alta, que Vasya pudo oír: "Nos veremos en Moscú." Dando la vuelta, se dirigió a la puerta, seguida de Savelyev.

- Me parece que no querrás salir corriendo detrás de ella. No hagas eso, Vassilissa Dementyevna. Tendrás que dejar que se vaya la pájara. La gente te conoce y te criticarán.

Aunque le hiciese perder la calma, Vasya no podía apartar sus ojos de la otra.

Era alta, esbelta; inclinaba los hombros un poco al andar. Al alejarse del quiosco de la música llevaba la cabeza inclinada. Savelyev, inclinado también, la convencía de algo; pero Nina negaba con la cabeza. "No", dijo, levantando su mano enguantada hasta la cara, como para secarse una lágrima. ¿Lloraría? ¿Habría venido a despedirse de la música? Luego... luego acaso llamase a Volodya. ¿O sólo quería sacar algo de él? Vasya se quedó confusa, No se encontraba mejor después de haber visto a Nina Constantinovna. Era un sentimiento nuevo el que le inquietaba. Algo parecido a lástima por Nina. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué había venido a oír la música? ¿Para despedirse de su felicidad?

Vasya sintió un nuevo peso sobre su corazón. Estaba indignada con ella misma. No la hacía falta más que esto. Sufrir por la otra mujer, por la que se había cruzado en su camino. ¡Bonita situación!

Nina estaba en Moscú. Habían transcurrido casi dos semanas desde que ella y Savelyev dejaron la ciudad. Lógicamente pensando, Vasya debería gozar otra vez de la vida. La que se interponía entre ellos se había ido. Vladimir se quedaba con Vasya, y, por lo tanto, ésta debía serie más querida y la otra debía ser una unión meramente temporal.

Vasya reía. Tosía menos y asistió regularmente al Comité del Partido. Vladimir trabajaba también; reorganizaba el negocio, según el nuevo plan de la gente del Sindicato. Cuando terminase este trabajo, Vasya y él irían a Moscú, desde donde se trasladarían a su nuevo cargo. Vladimir estaba contento, abstraído completamente en su trabajo.

Pero faltaba la, energía, la alegría sin límites de los tiempos pasados. No se podía remediar. No es que Vladimir estuviese frío con ella. Pero no era el mismo. Con frecuencia se ponía de mal humor y se irritaba por cualquier cosa.

¿Por qué regresaba Vasya tan tarde del Comité del partido? Era un inconveniente para los invitados, que no podían ponerse a cenar no estando el ama de la casa. Otro día se enfadaba por los cuellos; no tenía ni uno solo limpio. Vasya entonces se enfadaba también. Ella no tenía la culpa: que se ocupara él de sus cosas; que María Semyonovna se entendiese con él. Vasya no era la lavandera. Se separaban regañando. Y todo ¿por qué? Por un cuello. Un día que llovía mucho, Vasya dejó su sombrero en el local central del partido y se puso su chal a la cabeza. Al verla, Vladimir frunció el entrecejo y refunfuñó: "¡Cómo te vistes! ¡La falda es una porquería! Y vienes a casa con el chal por la cabeza como una campesina. ¡Qué astrosa! "

Ella perdió otra vez la calma. "No todas podemos lucirnos como láminas de un figurín; pero tampoco tengo que aceptar favores de Savelyev."

Vladimir la quiso atravesar con la mirada. No contestó nada. Vasya pensó que quería ahogarla.

Pero Vladimir se contuvo.

Una barrera se interponía entre los dos. Vasya y Vladimir querían ser amigos; pero la más pequeña provocación hacía que se desbordase su odio. Vladimir soñaba con el nuevo empleo. ¿Cómo arreglaría la casa, cómo lo organizaría todo?

Estas cosas aburrían a Vasya. ¿Por qué amueblar una casa? ¿Qué placer podía haber en esto? Sería diferente si tuviese algo que ver con el bienestar común. Vladimir no pensaba como ella y la acusaba de tener ideas limitadas. Vasya le contaba una discusión del Club Marxista sobre si la Historia estaba sólo determinada por cuestiones económicas o por las ideas también. Se animaba queriendo que Vladimir escuchase todo lo que habían dicho; pero él se aburría. Todo eso eran discusiones sin interés. Aumentar las ganancias de las empresas, eso era lo importante. ¡Y riñeron otra vez!

Cuando se quedaban solos no tenían nada que decirse. ¿Qué harían? Telefoneaban a Iván Ivanovitch. Su presencia hacía que se encontrasen

más a gusto. Vasya esperaba carta de su provincia; pero nunca llegaba. Ni Grusha, ni Estéfano Alexeyevitch escribían una línea. ¿Qué pasaría? Aunque Vasya no quisiese admitirlo, sospechaba en lo más hondo de su corazón que la llamarían para que regresase a su provincia a trabajar. ¿Se quedaría? ¿Se iría?

Llegó una carta certificada. De Estéfano Alexeyevitch. Corta, pero suficiente. Proponía a Vasya que se ocupase del grupo de las fábricas textiles y organizase el trabajo allí de una manera que indicaría la Administración Central. Vasya tendría que vivir allí y no en la ciudad. Pedía que le contestase si aceptaba.

El corazón de Vasya latía con violencia. Añoraba a los suyos. Porque ¿qué clase de vida llevaba aquí? No trabajaba, no tenía alegrías; sólo una preocupación. ¡Que no pase nada! Parecía estar atada de pies y manos. Se acordaba de un grajo que su hermano Kolyka tenía. Lo había cogido en el bosque y atado las patas para que no pudiese irse. El pájaro daba saltos en el suelo, abría el pico y dirigía sus negros ojos, brillantes, hacia la ventana. Probaba a agitar sus alas, que estaban fuertemente sujetas. Probaba otra vez, y por tercera vez graznaba con angustia y volvía a dar saltos solemnemente sobre el suelo, como si nunca hubiera intentado querer volar. Esto era lo que le pasaba a Vasya ahora. Tenía también atadas las alas y le era imposible volar. Pero ¿qué era lo que le ataba las alas? ¿Alegría o amor? No; ni lo uno ni lo otro. Encadenada por el temor de que sucediese otra vez algo a Volodya. Por gratitud, por haberse quedado con ella, por haber alejado a la desvergonzada. Hilos delgados, pero sujetos fuertemente a Vasya. Le parecía que estaba enredada sin esperanza en las tramas de una red. Lisa le decía: "No te entiendo, Vassilissa. Te digo que te estás convirtiendo en una verdadera "señora del director". No puedes librarte de ello."

¿Cómo rompería los hilos? ¿Desgarraría la red?

Vasya tenía aún la carta de Estéfano Alexayevitch en la mano. No quería separarse de ella, como si fuera un talismán que le ayudase a encontrar su camino como en los cuentos de hadas.

"Vassilissa Dementyevna, la cerveza se ha concluido. Tendrás que decirle a Vladimir Ivanovitch que encargue más de la fábrica. Si no, cualquier día vienen convidados de repente y no sabemos de dónde sacarla. No se puede hacer del aire."

María Semyonovna contemplaba de mal humor a Vasya.

- Siempre estás preocupada, Vassilisa Dementyevna. Y ¿por qué? ¿Se puede saber? La señoritinga ha aterrizado por fin en Moscú, y Vladimir está contigo y nunca va a ninguna parte. ¿Por qué estás siempre triste? A los hombres no les gusta. Quieren que sus mujeres estén alegres; quieren oírlas reír; quieren pasarlo bien en casa, después de estar todo el día trabajando y con preocupaciones.

Al escucharla, Vaysa sonreía y pensaba: "Tal vez tenga razón. Yo debería enmendarme y ser otra Vasya, la muchacha del 18. Aquellos tiempos eran de mucho trabajo, pero de mucha alegría también."

¿Por qué no ir a la oficina a ver a Volodya? ¿Una visita inesperada? Le contaría lo de la carta y alegremente le diría que rehusaba, que ella no podía dejar a su Volodya. Y él comprendería ¡cuánto le quería! Se alegraría, la abrazaría gozoso y besaría sus ojos castaños.

Escogió una blusa blanca y se puso una corbata azul. Mientras se ponía el sombrero se miraba al espejo, arreglando sus rizos. Quería gustar a Volodya, porque le traía un regalo, un don inapreciable: su negativa a aceptar el ofrecimiento de Estéfano Alexayevitch. Se iría con Vladimir cuando éste fuese a ocupar su nuevo cargo y emprendería allí algún trabajo.

Cuando llegó al edificio de la Administración se dirigió a la oficina del director. Estaba vacía. El director celebraba una conferencia. Pero pronto terminaría. Volvería probablemente dentro de diez minutos.

Vasya esperaba, hojeando los documentos de Moscú. Ahora compensaría a Volodya de todo, de su separación de la otra, de su mayor lealtad para con ella.

Alguien trajo el correo, dejándolo sobre la mesa del director. Tal vez hubiera cartas para Vasya. Pasó por alto los sobres de negocios. Allí... Repentinamente, su corazón latió locamente; luego dejó de latir. Un sobre pequeño, de color, una letra delicada, como si estuviese grabada. Esa carta sólo podía ser de aquella mujer: Nina Constantinovna.

¿No había terminado todo? ¿Todo estaba igual que antes? ¿Mentiras? Vasya sintió como si volase, remontándose mucho, mucho, infinitamente. Debió perder el equilibrio, porque tiró un cenicero que había en el escritorio.

Mientras miraba aquel sobre pequeño, de color, Vasya sintió que contenía su destino. Desapareció dentro de su bolsillo. Ahora sabría la verdad. Ahora se acabarían las mentiras.

Vladimir entró con un miembro de la Administración.

- ¿Tú aquí, Vasya? ¿Quieres algo o vienes solamente a verme?

- No hay cerveza. Tendrás que encargar más de la fábrica.

- ¡Te ocupas de eso! ¡Te estás convirtiendo en un ama de casa! No puedo reconocer a mi querida Vasya.

Vladimir se reía gozosamente.

"Ríe, sí, ríete. Pero yo destrozaré la red con que me aprisionas. Llegaré hasta el fondo de este engaño."

- ¿Qué tienes, Vasya? ¿No puedes quedarte más

tiempo? ¿Tienes que marcharte?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Temblaba de ira, que podía estallar en cualquier momento. No podía esperar llegar a casa para leer la carta. Fue al parque, e impacientemente rompió el sobre de color.

"Mi adorado Volodya: ¡Mi rey, mi adorado tormento! Otro día sin una palabra tuya. El tercer día sin recibir una línea. ¿Has olvidado ya, no quieres a tu caprichosa Nina? ¿A tú pequeño monito egipcio? Pero es terrible, sin embargo. Estás con ella y yo estoy sola. Tu "mentora" podrá cambiarte, convencerte de que nuestro amor es un "pecado" contra el comunismo, que debes ayunar comunísticamente, perdiendo todo lo que pueda agradarte y viviendo sólo para los fanáticos. Le tengo miedo. Sé todo el poder que tiene sobre ti. Pero, ¡Dios mío!, yo no le quito nada. ¡Me contento con tan poco! Después de todo, pasa por tu mujer; tú estás todo el tiempo con ella y yo sólo suplico unas pocas horas para nuestro amor. Sólo quiero que tengas compasión de mí. .. Sólo a ti tengo en el mundo.

"Me despierto por la noche temblando; no me quiere, va a abandonarme. ¿Qué será de mí entonces? Miedo me da pensarlo. Sabes que Nikanor Platonovitch espera como una araña. Claro que todavía representa el papel paternal; pero ya sabemos por qué. Está esperando ansiosamente el día que me dejes, cuando esté sola sin que nadie me proteja o ayude. Será un día de fiesta para él. A veces le odio tanto que preferiría verme por las calles a estarle obligada de alguna manera. ¡Volya, Volya, mi locamente adorado amante! ¿Nunca terminará este tormento? ¿No libertarás nunca a tu Ninyka? ¿No te da lástima de ella? ¿No quieres protegerla?

"Lloro, Volodya. No tienes compasión de mí. No piensas nunca en mí, hombre cruel, sin fe. Acaricias a otra. La quieres. ¡Sé que la quieres! ¡Y duele eso tanto! ¡Mucho, mucho!

"Te deseo, ansío tu amor ardiente, insaciable. ¿No añoras mis labios? ¿Ni mis abrazos? Mis brazos suaves quieren rodearte, mi pecho ansía tus caricias...

"No puedo más, Volodya. No puedo estar más tiempo lejos de ti. ¿Por qué me has mandado a Moscú? ¿Por qué?

"Esta será nuestra última separación. En tu nuevo distrito me buscarás una casita en las afueras de la ciudad. Nadie sabrá que vivo allí. "La casita misteriosa", a la que irás al anochecer. Y yo te enseñaré que un amor como el nuestro es lo mejor y más importante del mundo. ¿Cuándo vienes a Moscú? ¿Viene allá contigo? ¡Si pudiéramos pasar una semana solos para resarcirnos de esto? ¡Una semana entera para nosotros!

"Nikanor Platovitch dice que en el nuevo distrito tendrás una casa espléndida, con un comedor gótico. No hay lámpara en el comedor. He visto un candelabro espléndido aquí, un poquito caro, pero muy artístico. Sé que te gustará.

"Ya te he contado bastantes cosas. ¡Qué carta más larga! No podrás esconderla. Te gasto bromas; pero verdaderamente son ganas de llorar lo que siento. ¿No comprendes todo lo que sufro? ¿Por qué, ¡oh!, la vida no nos deja gozar un poco de felicidad? No te inquietes. No me quejaré más. Después de todo lo que he pasado me he hecho más razonable. Haz lo que creas que debes hacer y yo estaré conforme con todo. Dame sólo una cosa: tu ternura apasionada, tu amante compasión para tu pobre, desgraciada y caprichosa Nina.

"Moscú, Ostoshenka 18, número 7, y no 17, como pusiste la última vez, que casi se pierde la carta.

"Soy tuya, enteramente tuya, desde los pies a los labios, *Nina."*

Y en el margen:

"Figúrate mi alegría al encontrar en Moscú polvos "L'Origan de Coty".

Vasya leyó la carta de Nina despacio, cuidadosamente, palabra por palabra. No sólo con sus ojos, sino con su corazón también.

Cuando terminó dejó caer la carta sobre sus rodillas; miró la hierba seca y polvorienta, escuchando el zumbido de una avispa. Volaba afanosamente sobre las hojas, se remontaba por el aire, y desilusionada, volvía a caer sobre la hierba. En la primavera, cuando las lilas florecían, había también avispas; pero aquéllas eran felices. Esta estaba furiosa, como si el verano la hubiese engañado. Vasya se dio cuenta de que pensaba en la avispa y no en la carta. Su corazón parecía endurecido, indiferente a todo; no le dolía. "Brazos suaves", "ternura apasionada". Despacio, dolorosamente, Vasya dobló la carta y la metió otra vez en el sobre.

Se levantó; al dirigirse a la salida del parque pasó por el quiosco de la música. El parque estaba vacío, silencioso. No tocaba la música. Ya sabía Vasya a quién amaba Vladimir; sabía que no era ella, sino la otra, la que le pertenecía.

Vasya atravesó la puerta del polvoriento Parque Municipal para ponerse en contacto de nuevo con el ruido de la calle. Sentía que en el parque había dejado una tumba. Volvía a casa después de un entierro: del entierro de su felicidad.

CAPITULO XIII

Vladimir volvió más pronto que de costumbre. Sonreía lleno de alegría por las buenas noticias. Había recibido de la Administración Central lo tanto tiempo esperado: su nombramiento para el nuevo cargo. Tendría que ir a Moscú inmediatamente.

- ¿A Moscú? Muy bien; vete en seguida. Yo también me voy; pero no a Moscú. Me voy a casa, a mi provincia.

Exteriormente, al hablar, Vasya parecía tranquila. El sobre pequeño de color estaba en su bolsillo con la

carta de Nina,

Vladimir no se dio cuenta del cansancio que exteriorizaba la cara de Vasya. No vio tampoco la luz que brillaba de sus ojos castaños. Ni se preguntó por qué Vasya arreglaba sus cosas, las empaquetaba.

- ¿Quieres ver a tus amigos? Muy bien. ¿Nos reuniremos en Moscú o irás directamente al nuevo distrito?

El corazón de Vasya perdió la última esperanza: que pusiese dificultades a su viaje, que no la dejase marchar. Esto también había terminado.

- No voy contigo al nuevo distrito. Me llaman para que vuelva a trabajar y me voy a quedar allí. No por una temporada, sino para siempre. Ya he descansado bastante en esta prisión. Estoy cansada de representar el papel de "la señora del director". Debes buscarte una mujer que sepa apreciar este género de vida.

Parecía que algo moría en Vasya. Un torrente de palabras se escapaba de sus labios. No se dejaría engañar de nuevo. Se alegraba de que su amor hubiese muerto. Había sido una prueba para ella, sin trabajo, entre aquella gente del Sindicato, entre aquellos "burshuis". Se había quedado sólo por el bien de Vladimir, y se resentía porque ya no la necesitaba. La quería sólo para que fuese el ama de casa y una pantalla. "¡Pero si mi mujer es comunista!" Pero era la otra la que le daba placer y amor en la "casita misteriosa". ¡Una combinación magnífica! Pero había algo que Vladimir y Nina olvidaban: si ella, Vasya, estaba conforme en vivir de aquella manera tan repugnante.

Sus ojos parecían verdes, rencorosos. Tuvo que hacer una pausa porque le faltaba el aliento.

Vladimir movía la cabeza con asombro.

- ¿Eres tú, Vasya? No te reconozco. Si te he ocultado alguna cosa ha sido siempre por tu bien.

- Gracias. No necesito tu compasión. Soy fuerte. ¿Crees que tu amor llena mi vida por completo? Estoy harta de tu amor. Es sólo una espina que hiere mi carne. Quiero apartarme de ti lo más pronto posible. No me interesa lo que haces. Ama, besa cuanto quieras. ¡Miente, engaña! ¡Olvídate de quién eres! ¡Traiciona el comunismo; no me importa!

- ¡Vasya, Vasya! ¿Y nuestra amistad? ¿Y tu promesa de comprenderlo todo?

- ¿Nuestra amistad? ¿Dónde está? ¿Dónde está esa amistad? Ya no creo en ti más, Vladimir. Has matado mi fe en ti. Si hubieras venido y me hubieras dicho: "Vasya, algo terrible, espantoso, pasa; quiero a otra", ¿crees que te hubiera acusado? ¿Crees que me hubiera interpuesto en el camino de tu felicidad? Ya ves, Vladimir; te has olvidado de que yo no soy meramente tu mujer, sino tu amiga y tu compañera. Y eso es lo que me duele, lo que nunca perdonaré.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Para secárselas con la manga se volvió de espaldas a Vladimir.

- Creía en ti como en mi compañero. Pero has deshecho mi fe sin piedad. Y ¿cómo vamos a vivir juntos si la confianza mutua ha desaparecido? Ahora comprendo claramente que nuestra vida juntos, nuestra felicidad, terminó para siempre.

Un gran peso oprimía el corazón de Vasya; sus hombros temblaron. Se sentó sobre la cama, arrugando la colcha con las manos. Vladimir se sentó a su lado y la estrechó con su brazo.

- ¿No dices que somos corno dos extraños y que ya no me amas? Si no me quisieras no sufrirías tanto. ¿Y yo? ¿He dejado de quererte? ¡Por favor, intenta comprender! Sí, amo a Nina; pero de distinta manera. Mi cariño por ti es más fuerte, más profundo. Yo no puedo pensar en comer sin tenerte a mi lado. Cualquier cosa que hago me pregunto siempre: ¿qué le parecería a Vasya? ¿Qué me aconsejaría? Tú has sido la estrella que me ha guiado, y te necesito.

- Continuamente hablas de ti -alegó Vasya-. Y te olvidas de mí. No puedo vivir así. No me importa tanto que tengas esos amores. Lo que me hiere es que ya no seamos compañeros**.**

- ¿Crees que yo no lo veo? Pero, ¿por qué? No lo sé. Cuando nos separamos suspiramos por el otro, cuando estamos juntos nos sentimos aprisionados. Tú dices que antes no eras así. Pero ¿hemos vivido juntos alguna vez? Nunca hicimos vida familiar. Siempre estábamos trabajando y sólo nos veíamos a ratos. ¿Debemos volver a vivir así, Vasya? ¡Por una temporada! ¿Te gustaría? Cada uno viviendo independientemente del otro, y cuando queramos vernos nos reuniremos. Di, ¿quieres? Entonces Vasya volverá a ser mi adorada muchacha, la única en el mundo. Y terminarán las mentiras. No debemos romper para siempre, excitados por la discusión. Eso es perjudicial. Ten lástima de mí.

Vladimir hundió la cabeza en su regazo como lo hacía siempre y se tapó la cara con las manos, que le ardían.

El cuarto estaba silencioso. Una ola del deseo vehemente, que pensaban habían olvidado, les cubrió a los dos con ardiente desbordamiento.

Las pequeñas ascuas de la pasión, enterradas en las cenizas de las sospechas y de las ofensas, se inflamaban de nuevo más brillantemente.

- ¡Vasya, vida mía

Los brazos de Vladimir abrazaban a Vasya, arrastrándola sobre sus rodillas. Cubrió sus labios de besos y su cuerpo de caricias apasionadas.

Vasya no se resistió; cedía al dulce desfallecimiento que había olvidado casi.

¡Que fuese así! En este instante Vladimir la amaba como antes. Por completo. A ella sola le pertenecía, olvidándose de Nina. Le era infiel, no sólo con el cuerpo, sino con el corazón y el alma.

Vasya experimentó un goce malicioso, no usual en su carácter. Le pesaba; pero al mismo tiempo le causaba alegría. ¡Que fuese infiel!

Los días que siguieron fueron extrañamente ardientes. El ascua de pasión, resplandeciente bajo las ascuas de la cólera y desvío, ardía como una pira de carbón vegetal hasta convertirse en llamas por el viento de otoño.

Vladimir estaba muy afectuoso; Vasya, amante y complaciente. Parecía que otra vez se amaban. No podían vivir sin estar juntos. Por la noche dormían abrazados, como si tuviesen miedo de que el otro se escapase. Vladimir besaba los ojos castaños de Vasya; Vasya apretaba la cabeza de Vladimir sobre su corazón. Nunca se habían amado, nunca se habían poseído como ahora, con este deseo y goce amargamente dulce. ¿Habían renovado su amor o se despedían de él? ¿Adiós a su felicidad irrecuperable?

Cuando Vasya sonreía y bromeaba tenía miedo de que en cualquier momento se le saltasen las lágrimas. Vladimir la acariciaba y se miraba en sus ojos castaños; pero ella leía una infinita tristeza en su mirada. No el malicioso centelleo del placer. Sus ojos no se miraban en el amor de Vasya. Parecía que silenciosamente se despedían de ella.

Para no ver los ojos de Vladimir y sus lágrimas, para atenuar aquella infinita tristeza, Vasya rodeaba con sus delgados brazos el cuello de Volodya. Ella buscaba sus labios; él la estrechaba contra su corazón. Ella se sometía a sus caricias apasionadas. El aspiraba su cuerpo insaciablemente, hasta que los dos, extenuados, se dormían.

¡Qué días tan extraños! Calurosos, sofocantes, melancólicos. No encerraban felicidad, ni goce sin preocupaciones, nacido del amor.

Discutían de todo. "Mientras tanto", Vasya se iría a su provincia a trabajar. Cuando Vladimir estuviese instalado en su nuevo cargo, convendría por carta donde se reunirían. ¿Dónde? No lo decían. Ni una palabra de separación se pronunciaba. Todo parecía natural, claro y comprensible, como si entre ellos hubiese confianza ilimitada. Pero había una cosa que Vasya no mencionaba nunca: que había cogido y escondido la carta de Nina, que conservaba porque algún día podía serle útil. Ella insistía en que telegrafiase a Moscú diciendo que iba solo. ¿Por qué deseaba que hiciera eso? Le molestaba, pero por algún motivo lo creía necesario. Al principio Vladimir se negó a hacerlo y miraba con recelo a Vasya, como si temiera algo. Pero, al fin, telegrafió. Después se manifestó más enamorado y ardiente.

Tenía que ser así. Estaban bebiendo las últimas gotas de felicidad que quedaban en la copa de la vida, y contenían el violento vino de la pasión, la amarga dulzura de la ruptura.

Vasya, contenta, animada, bulliciosa. Volodya no la había visto así en mucho tiempo.

- Como no me gustaba mi piel, la he mudado como las serpientes. ¿Qué tal "señora del director" hago? Necesitas otra clase de mujer. Además que yo no puedo adaptarme a la "Nep".

Y riendo gastaba bromas a Volodya.

- No sé lo que eres. Lo único que sé es que eres otra vez Vasya, mi querida muchachita. Y yo no perderé mi Vasya aunque cinco Comités del partido te reclamen. Por una temporada, sí; pero para siempre, no, nunca.

Vasya se reía. Así sería. Se reunirían casualmente como camaradas libres. Pero no como marido y mujer. Sería mejor.

Vladimir convenía también en que sería mejor. Pero no podría vivir sin la inteligente cabecita rizada de Vasya.

- ¡Hay tan pocos amigos en el mundo, Vasya! Especialmente en estos tiempos. Ya no existen; cada uno sólo piensa en sí mismo. Pero nosotros somos amigos fieles y verdaderos, ¿no es cierto, Vasya?

Hablaban como si la pared que se alzaba entre ellos no existiese, como si se hubiera derrumbado. La serpiente del corazón de Vasya estaba dormida. Ella pensó que sus celos habían desaparecido. Pero repentinamente, sin esperarlo, sintió los agudos colmillos otra vez. Vladimir no podía libertarse del pasado. Hablaba de Nina, dejando ver cuán frecuentemente pensaba en ella. ¡Estaba tan bien educada! -decía-. Hablaba francés correctamente con los franceses, alemán con los alemanes. Había aprendido idiomas en el colegio.

- Si está bien educada, ¿por qué no puede encontrar trabajo? ¿O es que prefiere vivir a expensas de otras personas? Supongo que tiene holgazanería en la sangre. Además de que es mucho más cómodo ser tu querida.

Vasya sabía que no debía decir esas cosas; pero no pudo contenerse. La serpiente le lastimaba y por eso quería herir a Volodya. ¡Que sufriese él también! Volodya se enfadó y dirigió a Vasya una mirada llena de reproches.

- ¿Por qué hablas así, Vasya? Está feo. Mi muchacha Vasya no lo diría. Ha sido otra Vassilissa Dementyevna.

Le clavó el aguijón; Vasya se avergonzó de sí misma. Pero no podía detenerse y continuó hiriendo a Volodya hasta que él se puso furioso. Entonces ella reaccionó.

- No te enfades, cariño mío. ¡Perdóname! Te quiero. Si no te quisiera no te atormentaría, si...

Besos apretados, dos cuerpos buscándose para ahogar pensamiento y sufrimiento, para olvidar, para esconder la verdad inevitable.

Vasya se despidió del Comité del partido; recogía todo lo de la casa. Se preocupaba de todo; pedía consejo a María Semoyonvna, celebrando importantes conferencias con ella. Cómo debía empaquetar cada una de las cosas para que nada se estropease o rompiese, para que todo llegase bien a la nueva casa del director.

- ¿Por qué te preocupas tanto? -decía María Semyonovna-. Si no te vas con él, ¿para qué te tomas todos esos trabajos? Fíjate en lo que te digo: en cuanto te vayas, la señorita ocupará tu lugar. ¡Y tú estás trabajando y preocupándote por ella!

¿Por qué no? ¡Qué más daba! Ella no le ayudaba a él como si fuera su mujer; una mujer no lo haría nunca, hubiera condenado a Vladimir, ¡porque se había convertido en un "burshui"! Pero ahora esto no tenía nada que ver con ella. Vivía independiente de ella. Cada uno seguía su camino. Pero eran compañeros. ¿Por qué no ayudarle entonces? No porque fuese su marido, no porque él lo pidiese, lo expresase o desease, no, sino porque era un compañero, un amigo. Tampoco se sentía enojada con él. Si quería llevarse todos aquellos trastos y cargar los trenes con sus cajas, sus platos y sus baúles con sedas, era asunto suyo. Ella no podía ya ir a través de la vida cogida de su mano; pero, ¿por qué no ayudarle a embalar?

Volodya no podía creer lo que sus ojos veían. ¿Desde cuándo se había hecho una mujer de su casa? Hablaba de ella, alabándola, a Iván Ivanovitch y a los miembros de la Administración. Y una vez y otra preguntaba a Vasya cómo pondría su nueva casa en orden si ella no se iba con él.

- ¿Quién? Eso le corresponde a Nina Constantinovna. ¿O es que no quiere estropearse las manos? Como es una "gran señora", todo tiene que dársele hecho y presentado en una bandeja de plata. Por otros, a expensas de otros, claro está.

Había herido a Volodya y lo sentía. ¿Por qué? El la miraba como preguntándole: ¿Por qué haces eso, Vasya?

- ¡Vida mía, adorada mía! Soy mala, lo sé. Pero es que te quiero. No te enfades, vida mía. Era sólo una broma.

Escondió su cara en el pecho de Volodya, intentando tragarse las lágrimas que la ahogaban. Porque, a pesar de todo, le quería. Le adoraba, sufría. Le asustaba perderle. ¡Oh, mejor sería morir!

- ¡Pobrecita mía, mi Vasyuk! Te conozco; por eso te quiero; por eso no puedo arrancarte de mi corazón. No hay otra Vasya en todo el mundo. Y nunca tendré un amigo como tú.

Y una vez más aquel opresivo delirio embotó sus sentidos; otra vez buscaron ahogar sus sentimientos en amor.

- ¿Guardarás un rinconcito de tu amor siempre libre para tu rebelde "anarquista"?

- Cuando seas feliz, ¿te acordarás de tu muchacha Vasya?

Días extraños, apasionados, melancólicos...

CAPITULO XIX

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Vasya llamaba a la puerta de su antiguo ático, donde vivía ahora Grusha. Volvió a llamar. Abajo le habían dicho que Grusha había regresado del trabajo. Pero la puerta continuaba cerrada. ¿Dónde podría estar?

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¿Dormiría?

Se volvió y vio que Grusha venía por el extremo del corredor con una jarra de agua caliente.

- ¡Grusha!

- ¡Vassilissa! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué sorpresa!

Dejó la jarra en el suelo para abrazar a Vasya.

- Pasa. Este es tu sotabanco. Vivo aquí por ti. Espera que abra la puerta. En esta casa roban de un modo terrible. Cierro la puerta incluso cuando salgo por agua. No hace mucho se llevaron un abrigo que estaba colgado en el cuarto de Furyashkin. Un abrigo de entretiempo completamente nuevo. Registró toda la casa e incluso fue a la policía; pero no pudo encontrarlo. ¡Por fin has vuelto, Vassilissa! Quítate el abrigo. Quítate el polvo del viaje. ¿Quieres comer algo? Tengo huevos, pan y manzanas.

¿Su casa? Grusha le había dicho que estaba en su casa. Pero ¿las personas como Vasya tienen una "casa"?

Miró en derredor. ¡Aquel sotabanco le era tan familiar! Pero no parecía ya el de Vasya. Había una máquina de coser, un maniquí de modista en un rincón y pedazos de retales por el suelo. Las paredes, desnudas. Ni Marx, ni Lenin, ni el grupo de inquilinos celebrando la inauguración de la comuna. En su lugar un abanico de papel desconocido. Al lado una postal con un huevo y una inscripción dorada: "Cristo ha resucitado". Una imagen en un rincón. Grusha no pertenecía al partido. Creía en Dios y ayunaba, aunque era partidaria del Gobierno soviético y tenía muchos amigos comunistas.

Había tenido un novio con el cual pensaba casarse; pero había luchado con los blancos y probablemente muerto. Y si había muerto lo más seguro era que lo hubiesen matado los rojos. Por eso Grusha no quería hacerse comunista. Guardaba el recuerdo del amado.

Antes Vasya no podía comprender a Grusha. ¿Cómo podría amar a un blanco? Pero ahora ya sabía que el corazón no obedece órdenes. Vladimir y ella se habían separado, pero su amor vivía y no la dejaba descansar. Grusha se alegró muchísimo del regreso de Vasya. No sabía qué ofrecerla. Le abrumó con todas las cosas que habían ocurrido durante su ausencia y se extrañaba de que Vasya no se hubiese repuesto durante la temporada que había pasado con su marido. Estaba tan delgada como cuando se fue, o más delgada aún. Vasya no decía nada. Había creído que en cuanto viera a Grusha caería en sus brazos llorando y le contaría todas sus penas. Pero al verla no pudo abrir la boca, no encontraba palabras. ¿Podría contarle a alguien su sufrimiento?

La noticia del regreso de Vasya se extendió en

seguida por toda la casa. Los antiguos inquilinos se mostraban encantados, mientras que los nuevos deseaban conocerla para saber cómo era. Uno de los miembros del Comité de la casa dijo que seguramente ahora querría ocuparse nuevamente de la Administración. Los primeros que acudieron a la habitación de Grusha fueron los niños, los viejos amigos de Vasya del "Club de los niños".

Los mayores expusieron una queja: el Club de niños había sido disuelto cuando se instituyó la Nep. Dijeron que no compensaba y que las habitaciones se necesitaban para otras cosas.

Pero, ¿dónde estudiarían los niños sus lecciones? Sus colecciones habían sido deshechas y su biblioteca repartida; incluso se habían vendido algunos libros.

Vasya escuchaba. ¿Pero era posible? Se interesó en seguida. No permitiría que la cuestión quedase así. Iría inmediatamente al Comité del partido, a los departamentos de Educación y Viviendas. ¡Que la Nep se ocupase de sus asuntos, pero que dejase en paz las cosas que los obreros habían edificado laboriosamente!

"Lucharé con ellos. No lo permitiré. No os preocupéis, muchachos. Yo haré que se os dé aquello a que tenéis derecho, aunque tenga que ir a Moscú."

Los mayores se echaron a reír llenos de alegría. Creían en Vasya. No dejaría de ocuparse y lucharía hasta conseguirlo. En toda la casa la conocían por "la luchadora". Todos los chicos eran partidarios de ella.

Después de los muchachos entraron a saludarla los antiguos inquilinos. Pero en cuanto decían "buenas tardes", cada uno de ellos tenía una demanda urgente que hacerle; todo el mundo venía a contarle sus contrariedades y desgracias. Vasya les escuchaba pacientemente a todos. Como siempre, se interesaba por todo, les aconsejaba, les consolaba.

El sotabanco se llenó con tanta gente que era imposible moverse.

- Esperaros un poco, camaradas -rogaba Grusha-. No la dejáis ni comer. Y está cansada, porque ha viajado durante varias noches. Venís con vuestros asuntos y la mareáis.

- No importa, Grusha. ¿Qué me decías, Teimofeiyevitch? ¡Ah, sí! de los impuestos que tienes que pagar. ¿Por qué? No eres propietario, ni empleado, ni director...

Al pronunciar la palabra director pensó en Volodya. Pero su dolor quedó sumergido en las penas de los demás. No le quedaba tiempo para ocuparse de él.

Los viejos amigos se retiraron uno a uno. Y olvidándose de su debilidad, Vasya decidió ir al domicilio central del partido y ponerse a trabajar inmediatamente.

Mientras escuchaba las noticias que le daba Grusha, se puso el abrigo. Uno se había casado y dejado el partido; aquella muchacha era ahora un miembro del Consejo. De pronto oyeron la voz de la mujer de Fedoseyev que resonaba a través del corredor.

- ¿Dónde está nuestra amiga, nuestra defensora? ¡Mi querida Vassilissa Dementyevna!

Le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos. Al mismo tiempo las lágrimas corrían por sus mejillas y mojaban la cara de Vasya.

- ¡Cuánto tiempo te he esperado, querida mía! ¡Te echaba tanto de menos! ¡Te he esperado como al sol! Cuando venga Vassilissa Dementyevna, nuestra protectora, lo arreglará todo. Cuando esté aquí, ese infame no se atreverá a convertir a su mujer en un hazmerreír. Se avergonzará de deshonrar toda la casa con esa mujer. Me tendrá lástima, porque tengo que cuidar sola a mis hijos. Le llevará a los tribunales. Y por lo menos tendrá que someterse al partido. Tú, querida Vassilissa, eres mi única esperanza.

Generalmente Vasya adivinaba las penas de los otros a las primeras palabras. Pero ahora no entendía de lo que hablaba la mujer de Fedosseyev. ¿De quién se quejaba? Había cambiado tanto que casi era imposible reconocerla. Antes era una mujer joven, robusta, en la plenitud de la vida; ahora estaba delgada, aviejada y amarilla.

¿Qué pena atormentaba su corazón?

Fedosseyev se había enamorado de Dora, una judía "no bautizada". No quería saber nada de su mujer y la convertía en el hazmerreír de todo el barrio. Nadie podía hacer que se avergonzase de sí mismo. Había abandonado a sus hijos y todo se lo daba a su amante. "¡Toma, nenita; eso es para ti! ¡Que la familia se muera en un rincón! Pero no me dejes, no abandones a tu amante picado de viruelas."

"¿Pero qué había visto en él la gansa de Dora?", se desgañitaba diciendo la Fedosseyeva. "¡Si fuera un hombre! ¡Pero es repugnante! ¡Es tan sucio! Yo le he resistido durante ocho años, besado su cara picada de viruelas, por el bien de los míos. Vassilyevitch, creo que eres un asno; pero el destino nos unió y la Iglesia nos casó y tengo que aguantarme. Pero le he soportado. Nunca he mirado a nadie. Creía que me lo agradecería. Le he dado toda mi juventud a esa bestia repugnante. Y esta es mi recompensa. Ya no soy guapa y él se va con una joven. ¡Y se enreda con una muchacha judía! ¡Es una vergüenza para todo el barrio!"

La mujer de Fedosseyev lloraba sin consuelo. Vasya escuchaba. Y su corazón se llenaba también de pena. Volvía a enfrentarse con su propio dolor e indignación. Tembló de pesar. ¡Adónde se había marchado su resolución? No tenía ya deseos de ir al Comité del partido. Deseaba solamente enterrar la cabeza bajo la almohada y no ver nada más.

La otra, sin embargo, continuaba sollozando, besando el hombro de Vassilissa, suplicándola que diese la razón a la esposa, que defendiera los intereses de sus hijos. Debía amenazarle con llevarle

ante los tribunales.

Al regresar a su casa, desde el domicilio central del partido, los compañeros rodearon a Vasya. Todos hablaban a un tiempo. Ella se sentía feliz y contenta. Todo lo había olvidado, como si nunca hubiera vivido y se hubiera preocupado más que por el partido.

Se excitaba, discutía, mantenía su punto de vista; hizo preguntas de cómo marchaba y encontró que todo estaba bien. Quedó interesada y satisfecha. Su cabeza trabajaba.

Se apresuró a subir a su sotabanco, sin preocuparse de las escaleras. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de su estado de debilidad.

Mientras Grusha preparaba cena, Vasya se echó en la cama e inmediatamente se quedó dormida.

Grusha contemplaba a su amiga sin decidirse a despertarla. Sentía pena por ella. Vasya estaba extenuada; que durmiese.

Desnudó a Vasya como si fuese un niño. Le quitó los zapatos, la arropó. Puso una pantalla en la lámpara y se sentó a hacer ojales.

¡Pum! ¡Pum!

"¿Quién demonios vendrá ahora?", murmuró entre dientes y enfadada Grusha. "No pueden dejar a una persona tranquila."

Abrió la puerta. Era Fedosseyev, el marido.

- Quiero hablar con Vassilissa Dementyevna. ¿Está en casa?

- ¿Estáis locos? Acaba de llegar de un viaje larguísimo; está cansada, no ha podido dormir y caéis sobre ella como una jauría de perros hambrientos por un hueso. Vassilissa Dementyevna duerme.

Grusha y Fedosseyev discutieron. Fedosseyev se aferraba en querer convencer a Vassilissa; pero Grusha se negó a dejarle entrar. Mañana. Quedaron, por fin, conformes para el día siguiente. Cerró la puerta en las mismas narices de Fedosseyev. ¡Un hombre repugnante! Tenía mujer y tres hijos. Y Dora también tenía la culpa. Aquello era demasiado para Grusha.

Ella juzgaba que Fedosseyev hacía mal. Y culpaba también a Dora. ¿Por qué había comenzado a tener relaciones con un hombre casado? ¿Es que no había tenido bastantes solteros? La moral de Grusha era muy recta. Todavía recordaba a su novio.

Cuando Vasya se despertó se sintió en paz y calma con el mundo. La luz del otoño brillaba a través de la ventana, lanzando un rayo dorado sobre la costurera. Grusha calentaba una plancha en la estufa de petróleo; se disponía a planchar un vestido.

- ¿Para quién es?

- Para un miembro del Comité Ejecutivo, para un bautizo.

- ¿Qué? ¿Celebran los bautizos ahora?

- Ya lo creo. Debías verlo. Mucho mejor que antes la gente rica. La mesa cubierta de aperitivos, vino...

La plancha de Grusha estaba ya caliente. Dejó de hablar. Vasya se estiró en la cama. Se acordaba muy bien. Era dura y estrecha, y, sin embargo, había dormido allí con Volodya. ¡Cómo cambian los tiempos! Ultimamente se estorbaban en aquella cama tan ancha. En sus antiguos tiempos no sucedía así.

¿Volvía la desgracia de nuevo a invadir su corazón, a perturbar su paz? No; todo parecía dormido en su corazón.

La calma que sigue a la tormenta.

Grusha se acordó de la cita que había dado a Fedosseyev y se lo dijo a Vasya.

- No me importa, que venga.

No quería tener mucha relación con los Fedosseyev. Parecía ofendida porque aquellos chismosos pasaran el mismo sufrimiento que ella.

Preguntó quién era Dora.

- ¿No te acuerdas? -dijo Grusha sorprendida-. Es morena, bonita; bailó con un tamboril en la fiesta de Komsomollsk.

Vasya la recordó favorablemente. Había trabajado con el Comité Central de los curtidores. Una chica inteligente y guapa. Además, cantaba bien. ¿Cómo podría la mujer de Fedosseyev compararse con ella?

Grusha protestó. Acusaba a Dora. Las leyes tenían que cumplirse. Si los comunistas iban a permitir que los maridos se portaran así, todos los hombres dejarían a sus mujeres y se irían con jóvenes. El partido iba a tomar medidas contra ella.

- ¿Tomar medidas contra ella? ¡Sólo a la mujer de Fedosseyev puede ocurrírsele una cosa así! ¡Una criatura repugnante!

Vasya defendía a Dora.

- No hay ley que pueda obligar a un hombre a vivir con una mujer que no ama. ¿Como quieres forzarle a abrazar a esa mujer? ¿Aunque le repugne? ¿Aunque sea una víbora?

Vasya se excitó. Estaba furiosa contra la mujer de Fedosseyev. ¿Por qué? No lo sabía. Al defender a Fedosseyev defendía a Vladimir. Al defender a Dora veía la sombrilla blanca de encaje y los labios rojos de Nina.

Grusha se sorprendió al ver que Vasya se ponía al lado de Fedosseyev.

- Te pones como si se tratase de tus mejores amigos. ¿No estabas siempre renegando de ellos? Bien sabes todos los disgustos que te han causado. Claro que es una cuestión absolutamente tuya. Pero yo te aconsejo que no te mezcles en ese lío. No hay por qué intervenir en una riña de perros.

Vasya era terca. Defendería a Dora si se tomaban medidas contra ella.

- Dime, haz el favor: ¿cree la mujer legal de Fedosseyev que ella es la única que tiene derechos? No, está equivocada. Hay otros derechos que no los dictan las leyes humanas. Y son los mandamientos del corazón.

Grusha, que planchaba el dobladillo del vestido,

miró a Vasya con gran atención, como para averiguar los más ocultos pensamientos de su amiga.

Vasya se enfurruñó. ¿Por qué protestaba Grusha? ¿No tenía razón? ¿Había alguna ley que pudiera mandar en el corazón?

- ¿Quién dice eso? El corazón es lo más importante. No se puede ser humano sin corazón. Pero cuando te miro veo claramente que tú también estás enferma del corazón. Vassilissa, veo todos tus sufrimientos. Por eso defiendes a Fedosseyev. Piensas en tu adorado, ¿no? Y quieres encontrar una disculpa para él. ¿Verdad que tengo razón?

Vasya no contestó; inclinó tristemente la cabeza.

Grusha ya no hizo más preguntas. Sacó el vestido de la tabla y quitó los hilvanes sueltos que se agarraban a la tela. Estaba terminado.

- ¿Has terminado? -preguntó Vasya, pensando en algo completamente distinto.

- Sí.

- Bien. Entonces iré al Comité del partido. Que espere Fedosseyev.

Los días siguientes fueron de mucho trabajo para Vasya. Se preparaba para irse a los telares. Conferenció con Estéfano Alexayevitch; se puso al corriente de sus instrucciones y pasaba las veladas en reuniones con sus compañeros. Las horas pasaban tan rápidamente, que no tenía tiempo de pensar o escuchar a su corazón.

Y también tenía preocupaciones a causa de los Fedosseyev y Dora. Sus disgustos no dejaban descansar a Vasya.

Fedosseyev la había ido a ver y se lo había contado todo. Conoció a Dora Abrarnovna en el Comité de Cultura. El cantaba en el coro. A Dora le gustó su voz de bajo y le llevó al profesor de música. Ella también sabía música. Y le había hecho entrar en el Comité de Cultura. Así empezó aquello. Pero pronto su mujer se enteró y los disgustos empezaron.

Fedosseyev se quejaba de su mujer, que inventaba toda clase de historias y enzarzaba a los compañeros contra Dora Abranovna. Decía que Dora le "robaba" su familia y permitía que Fedosseyev la mantuviese. Y la verdad era casi todo lo contrario. No sólo Dora se negaba a aceptar un solo céntimo de él, sino que ayudaba a su familia, partiendo todo cuanto tenía con Fedosseyev. Se preocupaba de los pequeños y había hecho que los niños entrasen en el "jardín de la infancia", y había dado libros de texto y cuadernos al mayor, que iba a la escuela.

Claro que él no podía decirle todo eso a su mujer. Además le había hecho a Fedosseyev una blusa y una corbata para que se la pusiese cuando organizaban conciertos. Pero las vecinas decían todo lo contrario, alentadas por su mujer.

Fedosseyev estaba indignado por Dora. No le herían a él. Pero se inquietaba por ella, por si tenía dificultades con el partido por su causa. Su mujer tenía la culpa, que insistía en interponerse en su camino.

Al escuchar a Fedosseyev, Vasya no podía menos de pensar en Vladimir y Nina. Ellos también habían sufrido así; se habían enfadado contra Vasya porque no les dejaba ser felices. Ella había aconsejado a la mujer de Fedosseyev que se quitase de en medio voluntariamente. Era imposible poner dificultades a la felicidad de otros. Pero ¿qué es lo que hacía Vasya? ¿No se interponía también ella en el camino? Fedosseyev amaba a Dora. Cuando hablaba de ella su cara resplandecía. También había observado ese cambio en Vladimir cuando pensaba en Nina.

"Dora Abranovna tiene un corazón de oro. En el Sindicato todo el mundo la quiere. Los que no pertenecen al partido no creen que pueda tomarse ninguna acción contra ella. Pero si acaso lo hicieran se alegrarían. Que venga con nosotros, los independientes. Defenderemos a Dora Abranovna, no tengáis miedo."

Apenas se había marchado Fedossyev, cuando su mujer fue a buscar a Vasya; la abrazó, besó y suplicó que se pusiese de su parte.

Vasya, a quien le disgustaba la Fedosseyeva, la alejó de sí. Desde entonces escandalizaba toda la casa con sus gritos contra Dora, contra su marido, contra Vasya, insultándoles a todos. Vasya vio a Dora en el domicilio central del partido. Encontraron un rincón donde la mecanógrafa estaba muy ocupada aporreando la máquina, donde aquel ruido permitía que pudiesen hablar sin ser oídas.

Dora era bonita. Tenía ojos inteligentes. A Vasya le gustaba. Disimulaba su embarazo con un chal.

Dora empezó a hablar la primera. No de ella, sino de Fedosseyev. Se cuidaba de él, le estimaba, admiraba sus dotes de cantante; su voz era excelente, tan buena como la de Chaliapin. Solamente necesitaba estudiar. Por eso quería Dora casarse con él. Para que rompiese con su familia y su oficio de zapatero remendón y pudiera dedicarse exclusivamente a educar su voz. Pero aunque Dora tenía en tan alta estima a Fedosseyev, lamentaba su falta de decisión. Mientras estaba con ella estaba dispuesto a todo, completamente decidido a dejar a su mujer y solicitar el divorcio. Pero en cuanto volvía a su casa perdía todos sus arrestos. Se amilanaba y ella tenía que comenzar a convencerle de nuevo. Durante meses y meses había querido convencerle, y siempre sin éxito.

Vasya se inquietaba oyendo a Dora, ¿No le hablaría Nina lo mismo a Vladimir?

A Dora no le importaban nada las formalidades del matrimonio y del divorcio. Todo eso eran para ella cosas sin importancia. Era partidaria de la unión libre. Pero la Fedosseyeva no les dejaría en paz hasta que se registrasen en el Comisariado; por eso Dora hacía todo lo posible por convencer a Fedosseyev e inducirle a conseguir el divorcio. No tenía miedo a

ser madre. Ella sabía defenderse en la vida aunque no tuviese marido.

¿Convencerle? ¿Obligarle a conseguir un divorcio? ¿Habría hecho Nina lo mismo? Dora, al hablar de Fedosseyev en tan buenos términos, lo que quería era que Vasya la defendiese.

Pero Vasya sólo pensaba en sus penas. Dora sólo veía las buenas cualidades de Fedosseyev. Probablemente Nina amaba a Vladimir de la misma manera. Vasya era diferente. Veía las cualidades malas de Volodya. Le amaba y sufría por sus faltas. La inquietaban y la impulsaban a reformarle. ¡Quizá esto hiriese a Volodya!

"¿Por qué su mujer se agarraba de aquella manera a él? ¿Por qué se querían antes? ¡Pero hacía tanto tiempo de eso! Ahora ya no tenían nada que les uniese. Ella no le comprende, no puede apreciarle. No le comprende absolutamente nada."

"¡Ah!, pensó Vasya. Eso es lo que nos pasaba a Vladimir y a mí. El nunca sabía lo que yo quería y yo no podía comprender sus ideas. Nuestros caminos seguían opuesta dirección."

"Es un extraño para su mujer. Son distintos en todo, en sus gustos, en sus ideales. Quiere conservarle como marido, pero no lo necesita como hombre. No es algo esencial en su vida."

Y Vasya, ¿necesitaba a Vladimir como hombre? ¿Era esencial a su vida?

Al preguntarse a sí misma esto, el corazón de Vasya respondió distintamente: "No, ella no le necesitaba ahora, no como era ahora."

Pero Dora continuaba diciendo:

- ¿Qué amor es el suyo? No pueden aguantarse. Parecen perro y gato. Ni amistad ni confianza en el otro.

- Sí -pensó Vasya-; sí, ni amistad ni fe en el otro.

- Y nosotros, el compañero Fedosseyev y yo, nos entendemos como si tuviéramos un solo corazón, una sola alma.

Así era el amor de Vladimir y Nina.

Vasya lo comprendía ahora. Se quedó pensativa.

Tenía mucho que hacer. Asuntos urgentes del partido; preparativos para su marcha. Sin embargo, no olvidó a los Fedosseyevs. Hizo todo lo que pudo para apresurar el divorcio; intentó reconciliar a Fedosseyev con sus compañeros y defendió a Dora.

Todo ello era muy importante para Vasya; pero no podía decir por qué.

Vasya volvía muy deprisa del domicilio central del partido. Salía para los telares al día siguiente. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo organizaría el trabajo? ¿Seguiría las instrucciones y se adaptaría a todas las que no pertenecían al partido? Los independientes eran en estos tiempos como los comunistas. Querían investigarlo todo profundamente. No se fiaban de nadie. Si uno tenía una sólida base para establecer sus informes, valía más no hablar con ellos.

Su cabeza estaba ocupada con todas estas cosas. Parecía que había olvidado su dolor. Como si no hubiera perdido a su hombre, a su amigo; como si no hubiera vivido todo un verano como "la señora del director".

Vasya iba deprisa, No había comido nada desde por la mañana. Y al pensar en la comida le daban náuseas; todo lo veía negro, perdía la cabeza. ¿Cuánto tiempo? ¿Iría a estar mala o...?

Una sospecha surgió en su mente. Casi no habían transcurrido tres meses desde su última menstruación. ¿No sería mejor que la reconociese María Andreyevna, la doctora? Vivía cerca, en una de las bocacalles. Habían trabajado juntas en la organización de la casa-cuna de la Comuna. Vería lo que pasaba. Y si estaba enferma, Vasya no podría desempeñar su cargo.

Tomó la bocacalle y se detuvo en la casita blanca donde vivía la doctora. Llamó a la puerta. María Andreyevna salió a abrir.

- ¿Tú por aquí? ¿Es un asunto de negocios o quieres mi ayuda profesional?

Vasya estaba tan azorada que se ruborizó. Después de observarla con atención, María Andreyevna le puso la mano en el hombro.

- Entra en mi clínica. Te examinaré detenidamente.

María Andreyevna inquirió el apetito de Vasya, sus períodos, sus mareos. Perecía que todo lo sabía de antemano. Examinó a Vasya, Era desagradable y vergonzoso para Vasya. Nunca había consultado un ginecólogo. Cuando se sentó en la silla para que la examinase estaba asustada. Al vestirse de nuevo, sus manos temblaban tanto que no podía abotonarse.

María Andreyevna, ante el lavabo, con su bata blanca, se lavaba las manos con jabón y cepillo.

Permanecieron calladas.

- Bien, querida compañera Vassilissa, Yo no sé si te alegrarás; pero no hay duda alguna. Estás embarazada.

Vasya se quedó sorprendida. Pero inmediatamente una sonrisa alegró su cara. ¿Un niño? ¡Qué alegría!

- ¿Ahora irás a reunirte con tu marido? -preguntó la doctora, mientras se secaba las manos en una toalla bordada.

- ¿Con mi marido? ¡No!

Vasya negaba con la cabeza.

- Ya no vuelvo con él. Nos hemos separado. Cada uno va a seguir su camino.

- ¿Os habéis separado? ¡En buena ocasión! ¿Cómo te las vas a arreglar ahora? Aún podemos hacer que la cosa no siga adelante. ¿Qué dices? ¿Vas a vivir sola con tu hijo?

- No estoy sola. Mañana me voy a los telares. Hay un grupo magnífico; casi todas mujeres, obreras textiles. Trabajaremos juntas, organizaremos una casa-cuna. ¡Oh, si esto es lo que quiero preguntarte! ¿Qué hay que hacer para que una casa-cuna se

mantenga a sí misma? Dime todo lo que sepas. Aconséjame.

Discutieron todo lo referente a la casa-cuna: los subsidios, las contribuciones, los salarios a los empleados profesionales, etc. Vasya se olvidó de las "noticias" que acababan de darle. María se lo recordó cuando se despedían.

- No trabajes demasiado. Acuérdate de que no tienes mucha salud. Tengo miedo por ti, querida.

Dio varios consejos últimos a Vasya. Una cosa le estaba prohibida, otra era buena para ella. Vasya escuchaba para no olvidarse de nada, por el bien del niño. Tenía que ser un nene robusto. ¡Tan pequeño, tan necesitado de cuidados!...

Por la calle, sonreía.

¡Un nene! ¡Qué gusto! Ahora podría enseñar a las otras mujeres cómo se educaba un niño comunista. No había necesidad de familia; todo eso eran tonterías. Lo que había que hacer era organizar una casa-cuna capaz de mantenerse a sí misma. La práctica era mejor que la teoría. Vasya pensó tanto en esta idea de la casa-cuna que se mantuviese a sí misma, que casi se olvidó del niño. Sin embargo, no se acordó de Vladimir. Como si no tuviese nada que ver con aquello.

Vasya hacía su equipaje. Sele cayó una caja con el retrato de Volodya y sus cartas. La de más arriba era de Nina Constantinovna, en el sobre pequeño de color.

Vasya le dio vueltas entre sus manos. Se la sabía de memoria y, sin embargo, sintió deseos de leerla otra vez. Renovaría su dolor; pero no podía resistir la tentación. Siempre que la leía, el dolor ahogaba su corazón. Luego se preguntaba: "¿Por qué había mentido, por qué la había engañado?"

Tomó la carta y se fue más cerca de la ventana. Obscurecía. Desdobló aquella hoja tan conocida. La leyó atentamente, palabra por palabra.

Pero la pena que la roía el corazón había desaparecido. Y la serpiente, aquel tormento ponzoñoso, parecía haber perdido su fuerza.

En cambio, Vasya sintió que la piedad inundaba su corazón. Sentía simpatía por todas las lágrimas que Nina Constantinovna había derramado. Recordó a Nina alejándose del quiosco de la música, secándose las lágrimas con los dedos.

¿Por qué había sufrido tanto? ¿Por qué le había causado ella aquella angustia? Había esperado un hijo y se había deshecho de él. ¿Por qué? Fue a la mesa, separó las telas de Grusha y se puso a escribir una carta.

"Nina Constantinovna: No te conozco y no tengo idea de cómo eres. Sólo te he visto una vez. Y te lo diré francamente: no me fuiste simpática. Pero al verte llorar al separarte del quiosco de la música, mi corazón comprendió tu pena y lloró contigo.

"Acabo de releer tu carta a Vladimir Ivanovitch. Te la devuelvo. Sé que el apoderarme de ella no estuvo bien. Pero ha servido para mucho. Por eso no te enfades conmigo, por haberme apoderado de ella.

"He pensado mucho en tu carta. Ahora que acabo de releerla, sé que no guardo ningún rencor contra ti, que ya no estoy enfadada contigo. Por eso deja que te diga lo que ya he repetido a Vladimir: ya hemos jugado bastante al escondite. Debes casarte con Vladimir Ivanovitch, ser su mujer legal. Vosotros os comprendéis mejor. Yo no soy la mujer que él necesita, porque nuestros gustos son distintos y nuestras vidas corren en opuestas direcciones. Yo no sé nunca lo que piensa, y él nunca me comprende.

"Cuando Vladimir y yo nos separamos no es porque tú me lo hayas robado; te has apoderado de su corazón porque ya no me amaba. Continuaré viviendo como hasta ahora sin Vladimir. Tú, en estos momentos, no puedes vivir sin él. Pasa siempre así cuando dos personas se aman.

"Vladimir Ivanovith y yo vivíamos en unión libre; por lo tanto, no necesitábamos divorciarnos.

"Yo no te acuso. Si hubiera sabido hace mucho tiempo cómo os queréis, hubiera hecho esto antes. Dile a Vladimir Ivanovitch que no siento ningún resentimiento contra él. Siempre será mi amigo como antes. Y si algún día necesitas algo de mí, siempre estaré dispuesta a ayudarte o a servirte. Hubo una época en que no te quería. Pero ahora que todo lo comprendo, sólo siento simpatía hacia ti por todas tus lágrimas, por todos tus sufrimientos y dolores de mujer. Te deseo que seas feliz, como se lo desearía a una hermana. Da recuerdos míos a Vladimir y dile que cuide mucho a su esposa.

"Te mando mi nueva dirección. Si quieres escribirme te contestaré, porque no somos enemigos, Nina Constantinovna, aunque sin proponérnoslo nos hemos causado mutuamente mucho daño. Pero ninguna de las dos queríamos hacernos daño.

"Adiós. Te deseo toda la felicidad de la tierra, *Vassilissa Malygina. "*

Al final de la carta escribió claramente sus señas. Después metió las dos cartas en un sobre, humedeció la goma con la boca y la cerró. Entonces sintió que su alma le decía: "Esto es el fin".

¿El fin? ¿Y sufría?

No, no sufría.

¿Dónde estaba su agonía? ¿Su dolor que la destrozaba, que la entumecía?

El dolor había desaparecido. Volodya, "el americano", quedaba; pero no Vladimir Ivanovitch. Pensaba en Vladimir, y veía a Nina, Pensaba en Nina, y Vladimir se le aparecía a su lado.

Como si se hubieran convertido en uno para Vasya. En un ser indivisible, inseparable.

¡Uno! Este pensamiento no le hería. ¿Por qué no habían de serlo? Su corazón estaba en calma, lleno de paz. Como un jardín después de la tempestad.

Vasya, asomada a la ventana, gozaba de la puesta del sol. El sol desaparecía detrás de nubes purpúreas

con bordes dorados. Los cuervos giraban sobre la tierra graznando y buscando un cobijo para la noche.

El aire olía a hojas secas, a setas, a tierra de otoño. Fragante, refrescante, familiar. No era aromático ni enervador como en el país de Volodya.

Vasya aspiró profundamente, bebiendo aquel aire con avidez.

Sí, la vida era bella.

Sacó el cuerpo por la ventana. En el pequeño patio Grusha se apresuraba a recoger la ropa de las cuerdas aprovechando la luz que quedaba del día.

- Grusha, Grusha, ven corriendo. Tengo noticias, buenas noticias...

Llegó y echó la ropa limpia sobre la cama.

- ¿Qué noticias tienes? ¿Has recibido carta?

- ¿Carta? Sí es una carta; pero no la he recibido, sino que la he escrito. A ver si adivinas a quién.

-A Vladimir Ivanovitch; estoy segura.

- Pues te equivocas. No le he escrito a él, sino a su mujer, a Nina Constantinovna.

Grusha no lo quería creer.

- ¿Para qué le has escrito?

- Mira, Grusha, al leer una vez más la carta de Nina sentí pena por ella. Después de todo, también ha sufrido por mi culpa. Y ha perdido un niño por mí. Lo soportaba todo; sufría esa desgracia. Y todo, ¿por qué? No somos rivales, no somos enemigos. Si me hubiese quitado a Vladimir a sangre fría, no la hubiese perdonado nunca, siempre la hubiera odiado. Pero ahora la comprendo... Ella quiere a Vladimir. Le quiere mucho, mucho, más que yo. ¡Y tiene la razón! "La vida sin Vladimir no significa nada para ella", dice en su carta. "¡No puedo vivir sin ti!" ¿Necesito yo a Vladimir? Lo he pensado mucho; lo he pensado muchas veces. Ahora me doy cuenta de que puedo vivir sin él. Si Volodya, "el americano", volviese, sería diferente. A él es al que quiero, Grusha, al viejo Volodya. Pero "el americano" murió. ¡Nunca volverá! Entonces, ¿por qué atormentar a Nina? ¿Por qué perturbar la felicidad de esa pareja? ¿Qué me importa a mí "el director"? No lo necesito.

- Sí -convino Grusha-; para nada necesitas al "director". Eso es lo peor de todo; el modo como nuestros hombres desertan para convertirse en directores. Pero no te sientas desgraciada, Vasya. ¡Quedan muchos más de los nuestros! Fíjate en esos que no pertenecen al partido. Entre ellos encontrarás comunistas de verdad, proletarios comunistas sinceros.

- Claro, cada día hacemos nuevos afiliados. Pero ¿y los otros? Hace tiempo que cambiaron sus ideas proletarias por lámparas y colchas. No nos comprenden. Por eso, Grusha, pensé: "¿Por qué atormentar a Nina? ¿Por qué permanecer unida a Volodya? El no era ni casado ni libre. ¿Para qué mantener así las cosas? Tenía que resolverse y sin amargura. Han sufrido bastante. Todo esto no podía comprenderlo cuando me separé de Vladimir. Entonces todavía esperaba algo, no sé qué. Deseaba algo. Creía que si Vladimir me dejaba por otra mujer me moriría de pena. Cuando llegué aquí estaba extenuada por el dolor. No me di cuenta ni del viaje. Cuando comencé a trabajar en el Comité del partido, cuando otros vinieron contándome sus penas y amarguras, me pareció que mi pena desaparecía. ¿Queréis creerme? Sinceramente puedo decirte que no siento ni amargura ni celos. Gozo de calma, de paz.

- Madre de Dios, gracias -dijo Grusha santiguándose y mirando la imagen del rincón. ¡No me he arrodillado y rezado a la Santísima Virgen todas estas noches en vano, Vassilissa! "Compadécete del corazón de esa mujer", rezaba. "¡Ayuda a Vassilissa!"

Vasya sonreía:

- Calla, Grusha; eres incorregible. ¿Pero es posible que creas todavía en esos iconos? ¿Pero lo que dices es cierto? Estoy completamente curada. ¡Cuántos meses he vivido como una sonámbula! No tenía conciencia de mí misma. No vivía. Llegué a olvidar el partido. Pero ahora estoy bien otra vez. Todo me encanta, todo es nuevo para mí. El mundo sigue dando vueltas. Vladimir puede irse; pero el partido queda. Así me sentía después del tifus, durante la convalecencia.

- Sólo temo que vuelvas a recaer si tu marido te escribe una de sus malditas cartas.

- No, Grusha. Eso no sucederá ya -y Vasya decía que no con la cabeza-. Mi corazón es distinto. No estoy ofendida por nada; mis celos de Nina han desaparecido. Pero queda mi compasión por ellos. Los tres nos habíamos perdido en un laberinto. Los tres nos sentíamos indignados unos contra otros. Y no podíamos hallar la solución. Cuando he comprendido a Nina he podido salir de ese laberinto de sufrimientos. y no es porque la haya perdonado. ¿Qué es lo que tengo yo que perdonarla? Simpatizo con ella como por una hermana, porque ella también ha sufrido el dolor de mujer y ha padecido como yo. No por su culpa, sino porque la vida no ha alcanzado todavía el ideal. Me da pena de ella y me siento mejor.

- Y así tiene que ser, si ya no le quieres. El amor siempre trae consigo el sufrimiento. Te da un poco de placer; pero la tristeza le sigue como una sombra. Y cuando ya no se siente dolor, el amor ha desaparecido también.

- Eso no es cierto, Grusha. No debes ver las cosas de esa manera. Yo no he dejado de querer a Vladimir. Le tengo todavía en mi corazón. Mi amor es el que es distinto. Ya no me hace desgraciada, ya no estoy ofendida con él. Le agradezco todo el amor pasado, toda la felicidad que gozamos juntos. ¿Por qué he de sentirme ofendida con Vladimir? Mientras me quiso fuimos felices. Ahora ya no me quiere. Pero, ¿quién tiene la culpa? Le doy las gracias por

todo lo gozado. Siento que Vladimir es mi hermano y Nina mi hermana.

- Es extraño oírte considerar a Nina como una hermana. Tratas de engañarte a ti misma, Vassilissa. No quieras ser demasiado inteligente, no pretendas ser supercomunista. Claro que es mejor que hayas perdonado a Vladimir. Perdonado y olvidado. Fuera de tu corazón y de tu cabeza. Pero tu amor, tu amor no. Guarda tu amor, tu corazón para los trabajadores; su situación es difícil ahora. Muchos de ellos han perdido la fe en sí mismos. No sacan mucho de las doctrinas del partido. Dales más, el calor de tu corazón. Ya no pertenezco al partido, pero lo comprendo todo. Pregúntame siempre a mí, Vassilissa, que siempre te diré la verdad.

- Ya sé que estás con nosotros, Grusha. Todos lo sabemos. ¿Por qué crees todavía en los iconos? No te enfades, no te ofendas. No hablaré más de esto. Ya no te gastaré más bromas, ni discutiré por este motivo contigo. ¡Estoy hoy tan contenta! ¡Contenta, feliz, libre! ¿Sabes quién me ha curado? ¿Sabes? ¡Adivínalo!

- ¡Yo qué sé!

- Los Fedosseyevs.

- ¡No es posible! Bueno; si es así, que a la Fedosseyeva le sean perdonados todos sus pecados y mala voluntad.

Se echaron a reír.

- Pero aún no te he dicho la noticia más importante de todas. He visto a la doctora. Voy a tener un nene.

- ¿Un nene? -dijo Grusha con gran alegría-. ¿Estás segura? ¿Cómo dejas entonces que se te escape tu marido? ¿Vas a dejar al niño sin padre o vas a seguir la moda y abortar?

- ¿Por qué? ¡Que crezca el niño! No necesito al hombre. ¡Eso es lo único que ellos pueden hacer: ser padres. Mira a la mujer de Fedosseyev con sus tres hijos; eso no le ha impedido a su marido irse con Dora.

- ¡Está bien! Pero, ¿le vas a educar tú sola?

- ¿Yo sola? No, toda la organización. Voy a organizar una casa-cuna. Tú vendrás conmigo. A ti también te gustan los niños. Será nuestro nene. Lo tendremos en común.

Otra vez se echaron a reír.

- Ahora, querida Grusha, tengo que ponerme a hacer mi equipaje. El tren sale por la mañana temprano. Mañana vuelvo al trabajo. Voy a organizarlo todo conforme a mis ideas. Estéfano Alexeyevitch me ha dado su bendición. ¡Otra vez a trabajar! Grusha, ¿te das cuenta de la alegría que eso significa?

Cogió a Grusha por las manos y se pusieron a bailar como dos niñas. Casi tiraron un maniquí.

Se echaron a reír ruidosamente. Hasta los que vivían en el patio podían oírlas.

- ¡Vivamos, Grusha, vivamos!